

MUNDO HISPANICO



LAS FUERZAS AERONAVALES
DE LOS EE. UU. Y LA U. R. S. S.

UN DESTINO
QUE NADIE
IGUALO: SAN
VICENTE FERRER

SEVILLA VISTA POR
LOS EXTRANJEROS

"CHAMACO":
UNA REVOLUCION
EN EL TOPEO

NUMERO
85

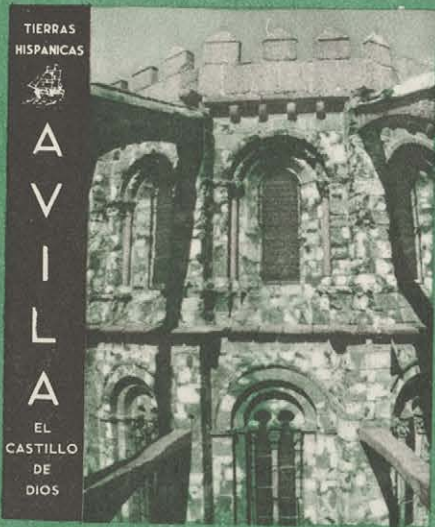
15
PESETAS

TRES BIEMBIOS ESPAÑOLES DE ARTE

EDICIONES MUNDO HISPANICO



EUROPA PARA 1955
 LA ESCUELA DE CENTAUROS
 MODAS FIGURINES DE CONCURSO
 DIPLOMÁTICOS HISPANOAMERICANOS EN MADRID
 CESAR GIRON EL TORERO DEL ANO
 VIDA DE HUGO WAST
 15 Ptas.



MUNDO HISPANICO

- LA REVISTA PARA TODOS.
- LOS MEJORES REPORTAJES GRAFICOS.
- LA MEJOR INFORMACION DE ESPAÑA Y DE HISPANOAMERICA
- PAGINAS A TODO COLOR.
- ACTUALIDAD.
- MODAS.
- NARRACIONES.
- LAS CIUDADES. LAS COSTUMBRES. EL PAISAJE.
- PUBLICACION MENSUAL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

España: un año, 160 ptas.; dos años, 270 ptas. Otros países: un año, US \$5; dos años, US \$8,50; tres años, US \$12.

«EL CASTILLO DE DIOS»

Un libro sobre Avila en la nueva colección «Tierras Hispánicas»

El segundo volumen de la colección "Tierras Hispánicas", publicada por Ediciones "Mundo Hispánico", está consagrado a Avila, la mística ciudad amurallada. Un ensayo de Ernesto La Orden Miracle, titulado significativamente *El Castillo de Dios*, sirve de portada a una magnífica serie de fotografías en huecograbado y en color, acompañadas por una perspectiva a la acuarela que da una visión de conjunto de la maravillosa ciudad de Santa Teresa.

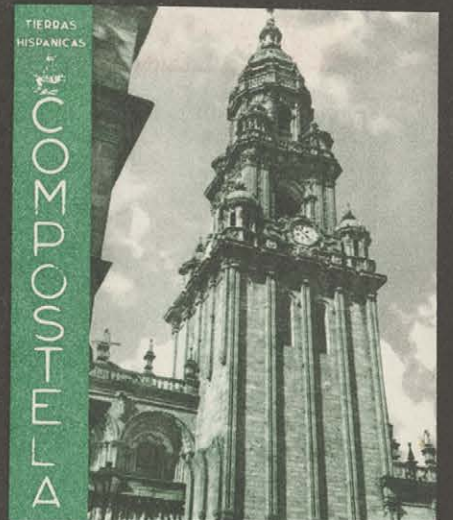
PRECIO: 120 PESETAS

«LA CIUDAD DEL APOSTOL»

Un gran libro sobre Santiago de Compostela

"Tierras Hispánicas" es el título de una nueva colección de Ediciones "Mundo Hispánico", que va a presentar con esplendor gráfico inusitado, en huecograbado y en color, las bellezas de los dos mundos de la Hispanidad. El primer volumen de esta colección está consagrado a Santiago de Compostela, con un magnífico ensayo de José Filgueira Valverde, en el que se recoge la quintaesencia histórica y artística del gran santuario gallego. En la misma colección aparecerán en breve otros cuadernos consagrados a Cartagena de Indias, Salamanca, Quito, El Escorial y otras ciudades de ambos mundos hispánicos.

PRECIO: 120 PESETAS



PEDIDOS A
E. I. S. A.
 PIZARRO, 17-MADRID



"CERVANTES, S. A."

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Avenida de Calvo Sotelo, 6
MADRID



VIDA • TRANSPORTES • INCENDIOS • ACCIDENTES INDIVIDUALES Y DEL TRABAJO
RESPONSABILIDAD CIVIL • AUTOMOVILES • ROBOS • REASEGUROS

La Edición Semanal Aérea de A B C es un periódico español editado en Madrid para los españoles e hispanófilos de todo el mundo. Todos sus números se componen de treinta y dos páginas, impresas en huecograbado sobre papel biblia.

La Edición Semanal Aérea de A B C tiene corresponsales administrativos en casi todos los países de América

ARGENTINA

Buenos Aires: Sr. D. César Fossati. Méndes de Andes, 1.641.
Buenos Aires: Ediciones Antonio Fossati. Chile, 2.222.

BRASIL

Río de Janeiro: Fernando Lladó López. Rua Senador Vergueiro, 69. Apartado 101.
Sao Paulo: D. J. Figueruelo Toledo. Rua 24. Maio, 276. Sala 32.

COLOMBIA

Barranquilla: Librería Nacional Ltda., 20 de Julio-San Juan-Jesús. Apartado Nal. 704. Apartado Aéreo 327.

COSTA RICA

San José: Librería López. Avenida Central.

CUBA

La Habana: Sr. D. J. Suárez Somoano y Compañía. Sociedad en Comandita. Oficios, 104. Departamento 601-602.

CHILE

Santiago de Chile: Distribidora General de Publicaciones, Huérfano, 830. Santiago.

ESTADOS UNIDOS

Nueva York: Roig Spanish Books, 576, 6th Ave., New York II. N. Y.

FILIPINAS

Manila: Univers, P. O. Box 1.427.

GUATEMALA

Quezaltenango: Victoriano Gamarra. 50 Avda. norte N. 20.

HONDURAS

Tegucigalpa: Benito Larios S. Librería San Antonio. Avenida Jerez, entre 5.ª y 6.ª calle.

MEXICO

México (D. F.): Libros y Revistas Culturales, S. A. Calle de Donceles, núm. 27. (Apartado Postal núm. 651).

PANAMA

Colón: Librería Cervantes, de F. Santos Vega. Calle 9.ª, núm. 4.009.

Panamá: Agencia Internacional de Publicaciones. D. J. Menéndez. Apartado 2.052. Plaza de Arango, núm. 3.

PARAGUAY

Asunción: Don Antonio Pardo Ludeña. Teniente Fariña, 389.

PERU

Lima: Librería "Studium", S. A. Amargura, 954.

R. DOMINICANA

Ciudad Trujillo: Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Arzobispo Nouel, 86.

URUGUAY

Montevideo: Don Germán Fernández Fraga. Calle Durazno, 1.156. Teléfono 800818.

VENEZUELA

Caracas: Distribuciones Eume. Don José Agero. Edificio "Ambos Mundos". Oficina NR 412.

PRENSA ESPAÑOLA, S. A.

Serrano, 61

Madrid

Informaciones de toda España, actualidad gráfica, deportes, toros, teatro, bibliografía, crítica de arte, "cine", humor, pasatiempos, reportajes, editoriales, financieras, etc., y la colaboración de las firmas españolas de más crédito y prestigio.

LINKER PRINCIPE, 4 · MADRID
TELEFONO 31 35 13



MINIATURES
PORTRAITS
IN OIL

PASTEL
CRAYON
FROM ANY
PHOTO



TRABAJO REALIZADO
OLEO DE 80 x 60 cm.

ORIGINAL



TRABAJO REALIZADO
MINIATURA DE 57 x 73 mm.

RETRATOS
AL OLEO
DIBUJOS
PASTEL
MINIATURAS
DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA



ORIGINAL

**CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES**

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA
Redacción y Administración:
Serrano, 117. Teléfonos 33-39-00 y 33-68-44

SUMARIO DEL NUMERO III,
CORRESPONDIENTE AL MES DE MARZO
DE 1955

ESTUDIOS:

«Inquietudes metodológicas en teología moral»,
por *Marcelino Zalba*, S. J.
«Sobre la moderna teoría de la información»,
por *P. Puig Adam*.

NOTAS:

«La clase media y su significación», por *Manuel
Alonso García*.

«Sobre la naturaleza y origen de los virus», por
Miguel Rubio Huertos.
«Un exponente estético de nuestro tiempo», por
Luis Cencillo, S. J.

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO:

«Planificación urbana y rural en Gran Bretaña»,
por *John M. Todd*.
«La segregación racial en Estados Unidos», por
Ricardo Pattee.

Noticias breves:

Nueva edición completa de las obras de Bach.—
«Situación demográfica en la U. R. S. S.», por
Nicolás de Rouzsky.—El año geofísico interna-
cional.—«Los textos gnósticos del *Codez Jung*»,
por *Raimundo Drudis*.

Del mundo intelectual.

INFORMACION CULTURAL DE ESPAÑA:

«Crónica cultural española», por *Alfonso Candau*.

Noticiero español de ciencias y letras.

BIBLIOGRAFIA:

COMENTARIOS: «Cincuenta años de fecundo his-
panismo», por *R. Olivar Bertrand*.
«Los Estados del Sur y la literatura norteameri-
cana», por *Emilio Lorenzo*.
Reseñas y libros recibidos.

SUSCRIPCION ANUAL: 160 PESETAS
NUMERO SUELTO: 20 PESETAS
NUMERO ATRASADO: 25 PESETAS

Pídolo a su librería o a la
LIBRERIA CIENTIFICA MEDINACELI: Medinaceli, 4. - Madrid

PRIMERA MARCA ESPAÑOLA
ALFA

B

MODELOS

E

Doméstica, bobina cen-
tral, tira-hilos por excén-
trica. Avance del tejido
reversible.

Doméstica, bobina cen-
tral, tira-hilos por excén-
trica. Avance del tejido
reversible.
Sub-clase E 1, portátil
Sub-clase E 2, para mueble.

D

F

Universal para costura
recta y en zig-zag. Rota-
tiva doble rápida, tira-hilos
articulado. Avance del te-
jido reversible.

Doméstica, bobina cen-
tral tira-hilos articulado.
Avance del tejido reversi-
ble.

EIBAR

ALFA
MAQUINAS DE COSER

ESPAÑA

El pequeño coche de dos ruedas...



PARA LA MUJER



PARA EL SACERDOTE



PARA EL MEDICO



PARA EL REPRESENTANTE

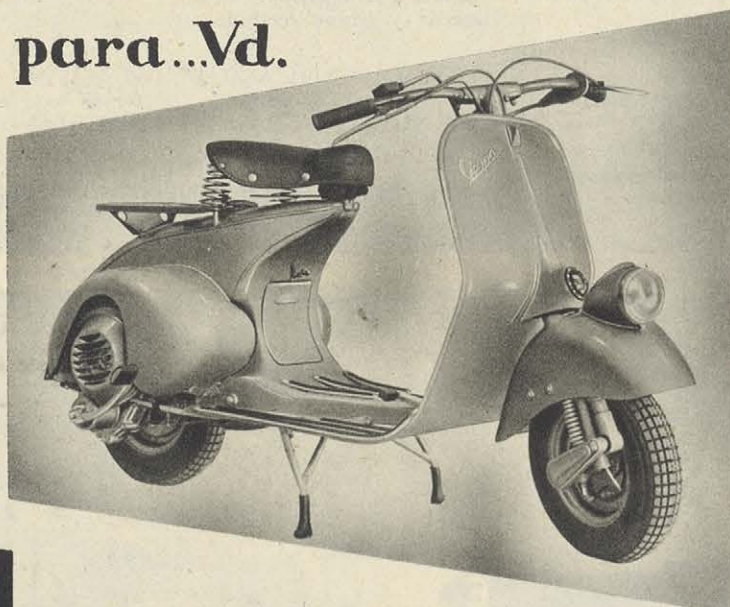


PARA EL ESTUDIANTE



PARA EL EMPLEADO

para...Vd.



- COMODA** : por la posición natural del que conduce
- ELEGANTE** : por su línea
- ESTABLE** : por su perfecta compensación
- SEGURA** : por su solidez y simplicidad
- LIMPIA** : por ir aislado su depósito y motor
- MANEJABLE** : por tener cambio al puño

Vespa

Conjunto de cualidades

que la hacen preferida



por todos en el mundo entero



BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

Domicilio social: ALCALA, 14 - MADRID

CAPITAL DESEMBOLSADO: 389.812.500,00 pesetas - RESERVAS: 531.204.577,66 pesetas

467 dependencias en España y Marruecos

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales

Departamento de extranjero: Cedaceros, 4 - MADRID

Está especialmente organizado para la financiación de asuntos relacionados con el comercio exterior

SERVICIO NACIONAL DEL TRIGO
LIBRETAS DE AHORROS.

¡4575 veces



LA VUELTA AL MUNDO!

es el equivalente del recorrido efectuado por la

PANAIR DO BRASIL

ALGUNOS DATOS INTERESANTES SOBRE LOS SERVICIOS REALIZADOS POR LA PANAIR DO BRASIL DURANTE 25 AÑOS.

Kilómetros volados.....	183.000.000
Pasajeros transportados.....	2.630.000
Pasajeros-Kilómetro.....	2.760.000.000
Carga transportada.....	40.600 tons.
Equipaje transportado...	41.700 »
Correo transportado....	3.500 »



Cuando proyecte viajes de Madrid a:
AMERICA DEL SUR, EUROPA, ORIENTE MEDIO
Y AFRICA OCCIDENTAL,
vuele por la

PANAIR DO BRASIL

Agentes Generales para España:

E. DURAN E HIJOS, S. A.

Pza. de las Cortes, 4 • MADRID

Tels. 22.46.43 • 22.46.44 • 22.46.45 • Telegrs. "DURAN"

FILATELIA

Por JOSE M. FRANCÉS

NUEVA SERIE ESPAÑOLA



Los cuatro valores de la nueva serie para correo ordinario con efígie del Generalísimo Franco que han aparecido en primer término han sido los de 10, 30 y 80 céntimos y 3 pesetas, que fueron puestos en circulación el 14 de febrero pasado.

La serie completa se compondrá de veinte valores, todos en dibujo idéntico al del sello de 10 céntimos que reproducimos. Dichos valores serán los siguientes: 10, 15, 20, 25, 30, 40, 50, 60, 70 y 80 céntimos, y 1, 1,40, 1,50, 1,80, 2, 3, 5, 6, 8 y 10 pesetas, que forman la serie.

En la fecha antes señalada, es decir, el 14 de febrero, se utilizó un matasellos especial de primer día de circulación, que insertamos en esta página y que reproduce el victor del Generalísimo Franco.



UNA NUEVA ASOCIACION FILATELICA ARGENTINA

En alguna ocasión hemos señalado con toda satisfacción el aumento de sociedades filatélicas en la mayor parte de los países y hemos citado cómo en España se ha llegado ya a contar con más de 70 asociaciones en plena actividad.

En la Argentina, donde existen muchas y muy buenas sociedades filatélicas, acaba de constituirse una más.

El 28 del pasado mes de agosto se fundó el Centro Filatélico «Deseado», cuya sede social ha sido instalada en la calle 15 de Ju-

lio, núm. 1256, de Puerto Deseado, en el Gobierno Militar de Comodoro Rivadavia (Argentina).

Esta sociedad, de la que es presidente don Segundo Alberto Ale y secretario don Mario D. Giráldez, ha sido recibida con verdadera satisfacción por todos los filatelistas de la zona patagónica, que, conocedores del entusiasmo y capacidad de los componentes de la comisión directiva, esperan con todo fundamento una eficaz labor por parte del centro filatélico «Deseado».

CURIOSA EMISION DE HAITI

La Administración Postal haitiana emitió el 14 del pasado mes de diciembre una serie de dos sellos del mismo valor, 50 céntimos, para correo aéreo.

Estos sellos reproducen un dibujo, obra de Cristóbal Colón, en el que aparece el «Fuerte de la Natividad», y así se hace constar en la leyenda de los sellos.

La historia de este fuerte es muy conocida. Colón mandó construirlo cuando, al naufragar la «Santa María», la carabela propiedad del famoso navegante santónés Juan de la Cosa, autor luego del primer mapa en que apareció ya América, necesitó albergar su gente en tierra firme, ya que lo reducido de los otros dos buques impedía alojar en ellos a la tripulación de la «Santa María».

El naufragio de ésta ocurrió en el puerto que hoy se llama Cabo Haitiano, durante las Navidades de 1492, y Colón levantó el fuerte, que llamó de la Natividad, por haberlo terminado en este día, en las proximidades del puerto en que naufragara, sirviéndole para edificarlo parte de las maderas de la carabela «Santa María».

En Haití, y aprovechando esta emisión de sellos, se han confeccionado unas tarjetas muy curiosas con el dibujo del «Fuerte de la Natividad».



SELLO Y MATASELLOS DEL BRASIL

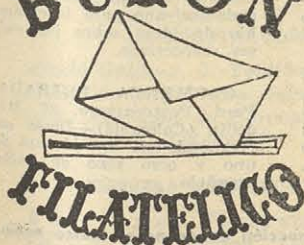
En el pasado mes de noviembre se celebraron en el Brasil los VI Juegos Deportivos de Primavera.

Con este motivo la Administración Postal brasileña emitió un sello de 60 centavos para conmemorar aquel acontecimiento deportivo.

Y junto con este sello puso en servicio un matasellos alegórico que reproducía los rasgos fundamentales del sello.

Sello y matasellos, que reproducimos, constituyen una demostración de lo mucho que puede lograrse en cuanto a propaganda por medio de los sellos y matasellos.

BUZON



Angel Alba. Parque Central I. Ceuta (Marruecos español).—Desea correspondencia para intercambio de sellos de Correos.

Roberto Valladosera. San Miguel, 52, 1.ª. Sabadell (Barcelona).—Desea correspondencia para intercambio de sellos de Correos.

Los LECTORES también describen

Creo que no será exagerado imaginar que entre los numerosos lectores de MVNDO HISPANICO se encuentre un buen número de aficionados a construir reproducciones en escala de barcos antiguos.

En su nombre y en el mío me permito indicarles la conveniencia de insertar en su revista los planos detallados de la «Santa María», a los que podría acompañar algún artículo técnico, quizá de don Julio Guillén, indiscutible autoridad en la materia, explicando las características de la nave de Colón.

No creo que la materia se salga de los límites de su revista. Después de todo, fué la quilla de la «Santa María» la que trazó el eje de rotación del mundo hispánico.

El día de mañana, un facsímil de la «Santa María» en la repisa de cualquier chimenea hispanoamericana será pretexto para que un abuelo haga hispanidad.

Suyo afectísimo,

I. M. Z.

Catholic Church. Anand, Kaira Dt., India.

No hay inconveniente, por nuestra parte, en dar los planos de la «Santa María» ni en seguir, en alguna que otra ocasión, con los correspondientes a otras naves. Trasladamos su encargo a nuestro colaborador don Julio F. Guillén, director del Museo Naval de Madrid. Esta autoridad en la materia ya publicó un trabajo en MVNDO HISPANICO sobre algo parecido. Vea el artículo «Aquellas naos y carabelas descubridoras», MVNDO HISPANICO, núm. 9, octubre 1948, págs. 20 y 21. El trabajo comportaba algún que otro diseño, aunque no a escala. Nos agradecería poder complacerle.

Acabo de leer en el último número de MVNDO HISPANICO un artículo titulado «Chile y Bolivia se ponen de acuerdo», debido a la pluma del señor Gustavo Labarca Garat, y he de decirle que la lectura del mismo inmediatamente me ha llevado a pensar en el acuerdo habido entre España y Portugal acerca del aprovechamiento del tramo internacional del río Duero.

Realizaciones como éstas, la de Chile y Bolivia, la de España y Portugal, si tienen verdadera eficacia en orden a enseñar cómo debe entenderse y practicarse nuestro hispanismo. Con buena voluntad, a las obras.

Ahora bien, señor director: ¿no tendrá MVNDO HISPANICO un buen artículo, con fotografías de lo hecho y planos de lo que se piensa hacer, con detalles de la buena voluntad puesta para llegar al acuerdo, un buen artículo, digo, sobre tan trascendental suceso? Trascendental para Portugal y España en el aspecto económico, trascendental para toda Hispanoamérica por lo que tiene de aleccionador toda realidad tangible.

Le diría también que tal artículo casi lo esperaba al lado del de «Chile y Bolivia...» Pero ahora pienso que usted lo habrá dejado para el número próximo por tener ya preparada la edición del número correspondiente a marzo.

Le saluda atentamente,

Andrés G. PEREZ

Colegio de San José. Lodosa (Navarra).

De acuerdo Es una buena idea. Buscaremos material para ofrecer en estas páginas un buen trabajo sobre el aprovechamiento hidroeléctrico del tramo internacional del río Duero.

En nuestra magnífica revista, que vengo hojeando desde un principio, he visto cosas que no merecen ser publicadas. Hay algunos dibujos y artículos no muy concordes con el grado de pulcritud mantenido hasta la fecha,

aunque el resto, que es lo más, está bien llevado y merece todo elogio. Yo he visto dibujos en colores y en negro para fondo de versos o notas que afean con su futurismo. Y MVNDO HISPANICO es una publicación de buenas y grandes fotos y es una verdadera lástima que se publique aquello. También dejan ustedes muchos espacios en blanco, sobre todo en esos dibujos con zonas sin nada, y esto es una pena para el lector, porque es él quien paga.

Hay artículos que los veo con poco interés y su lectura me cansa. Hace falta prosa sobre cosas actuales y trascendentales, como hacen otras revistas, no tan buenas ni tan bien presentadas, y a mí me parece que MVNDO HISPANICO puede marcar rumbos.

Sin más que contarle, le saludo con la consideración más distinguida y hago votos por que MVNDO HISPANICO siga adelante con éxitos aumentados.

César URBANO VEGA

Pozos, 160. Buenos Aires.

¿Y qué hemos de decirle? Lo del futurismo—eso que usted llama futurismo—ha sido ya bastante discutido en esta misma sección. Nos remitimos, pues, a pasadas datas. Y le agradecemos tanto sus elogios como sus censuras.

Con frecuencia veo anunciados en la revista la publicación de números extraordinarios, casi siempre dedicados a países de Hispanoamérica. Me sorprende que no se incluyan en la suscripción que cada año abono; estoy en la creencia de que debe ser así, pero el hecho es que no recibo ninguno. Y pregunto: ¿da derecho la suscripción al recibo de los números extraordinarios que se publiquen durante el tiempo de la misma?

Indíces de los números publicados desde la aparición de la revista hasta el momento actual. He leído en el número 84, en la sección «Los lectores también escriben», la petición de que se publiquen los índices de todos los números hasta hoy aparecidos. Es ciertamente un acierto que eso se llevara a la práctica; es muy necesario. La respuesta de ustedes es comprensible cuando dicen que por su enorme extensión es cosa de pensarlo muy despacio, por cuanto absorbería una cantidad de espacio incompatible con la extensión normal de cada número. Bien. Pero a mí se me ocurre una solución, una sugerencia mejor: si son siete los años de vida de nuestra revista, podría publicarse un índice de cada año en cada uno de los siete números a partir del correspondiente a julio, y así, a fin de año tendríamos a nuestra disposición los tan deseados índices anuales. Un índice en cada número ya es compatible y, además, podría ir en la revista como un encarte, desprendible fácilmente para poder reunirlos todo y su empleo en el momento apetecido.

Felicitándole, como siempre, en el acierto por lo conseguido y alentándole para el mejoramiento, salúdale

Víctor M. GONZALVO

P. España, 5. Zafra (Badajoz).

Primero.—Los números extraordinarios no están comprendidos en la suscripción normal. Si se tiene con ellos la excepción de concederles un precio rebajado en cada uno de los números extraordinarios, pudiendo adquirirse con un 50 por 100 de descuento.

Segundo.—Estudiaremos la posibilidad de dar los índices en la forma que usted señala. Barruntamos inconvenientes—exceso de trabajo, costo, etc.—, pero trataremos de salvarlos. Comprendemos que un índice de los números de la revista hasta ahora publicados sería interesante y muy útil.

Vargas Chagavia

GRAN COSTURA

AV. CALVO SOTELO, 16
(ANTES PASEO RECOLETOS)

TELEF. 35 05 12
MADRID



BICICLETAS IRIONDO, S.A.

DOMICILIO SOCIAL: VITORIA

APARTADO 98

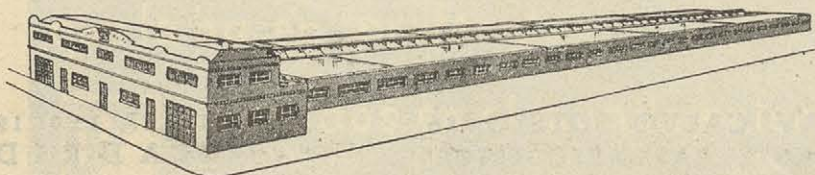
TELEGRAMAS CIL

TELEFONO 3204



VITORIA

CIL



estafeta

JUAN SANTA EUGENIA GRAU. Ferraz, 51. Madrid (España).—Desea recibir *MVNDQ HISPÁNICO*, números 1, 2, 5, 7, 36, 42, 43, 44 y 54, y *Selecciones Reader's Digest*, números 1 al 13, 37, 44, 49, 58 y 60. Entregaría a cambio *Meridiano*, números 1 al 60, sellos de Correos u otras revistas.

ARACELI TRUEBA. Avenida Diez de Agosto, 1534. Quito (Ecuador).—Desea correspondencia cultural sobre pintura, música y deportes con chicos y chicas madrileños de veinte a treinta años.

D. SANCHEZ. 307 Lennox, St. Richmon (Vic), Melbourne (Australia).—Desea correspondencia con españolas de treinta y cinco a cuarenta años.

MARIA SANCHEZ. Sánchez Bergón, 29. Valencia.—Desea correspondencia con jóvenes franceses.

DOCTOR VALENZUELA FONTO. Medicina Interna e Infancia. Deya (Mallorca) (Baleares). Desea correspondencia con hispanoamericanos y españoles para intercambio de sellos, etc.

NELLY JARAMILLO. C. 25, 39-49. Cali (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes españoles.

GILDIOSANA SALGADO M. Cúcuta, 48-45. Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes españoles de veinticinco a cuarenta años para intercambio de ideas y costumbres, sellos, revista y postales.

EDUARDO TOORENBURG. Tolstraat, 708. Amsterdam (Holanda). De cuarenta y seis años.—Desea correspondencia con jóvenes españolas a fin de perfeccionar el idioma.

JOSE FRANCISCO HERMANDEZ GUIMERA. General Franco, 7. Los Llanos de Aridane. LA PALMA (Canarias).—Desea intercambio cultural, en español, con joven española o extranjera de catorce a dieciocho años.

ANGEL VIDAL. Unión, 5. Valladolid (España).—Desea correspondencia con joven francesa sabiendo español.

ANA CRUZ MARTIN Rosellón. 227. Barcelona (España).—Desea correspondencia con joven sudamericano.

NOTA IMPORTANTE.—Advertimos a nuestros lectores interesados en la sección «Estafeta» que, como hasta ahora, seguiremos dando en nuestras columnas, gratuitamente y por riguroso orden de recepción, todas las notas que se nos remitan para intercambio de correspondencia, cuando éstas se limiten a facilitar las relaciones epistolares culturales entre los lectores de *MVNDQ HISPÁNICO*. Pero cuando las notas aludan a deseos del comunicante para cambiar sellos o cualquier otra actividad que pueda tener un beneficio comercial, la inserción de su anuncio se hará contra el abono de 1,50 pesetas por palabra. **Esta misma tarifa será aplicable a los comunicantes normales que deseen que su nota salga con urgencia, y se le dará prelación a las demás, siempre que nos lo adviertan así, acompañando el importe en sellos de correo españoles o bien remitiéndolo por giro postal.** Los lectores del extranjero pueden enviarnos sus órdenes, junto con un cheque sobre Nueva York, a favor de Ediciones *MVNDQ HISPÁNICO*, reduciendo pesetas a dólares al cambio oficial.

ADRIANO DO CARMO LEITE MONTEIRO. Uize-Congo. Angola (Portugal).—Desea correspondencia con señorita de veinticinco años de edad en español, inglés o francés.

JUAN HADATTI. Casilla número 30. Bahía de Caráquez. Manabí (R. del Ecuador).—Desea correspondencia con jóvenes españolas o hispanoamericanas.

LUCIA MONDRAGON. Apartado aéreo 938. Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes de veinticinco a treinta y cinco años para intercambio de revistas, postales, etc.

INHA LLENDY YACKSIC A. Casilla 10.128. Santiago de Chile.—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo en inglés, yugoslavo y español.

JESUS F. SOTO. Boal. La Granja (Asturias).—Desea correspondencia con jóvenes de España con fines científicos.

LIGIA MURILLO MURILLO. Tribunal Seccional del Trabajo. Palacio Nacional. 5.º piso. Medellín (Colombia). Desea correspondencia con jóvenes españoles de veintiocho a treinta y ocho años.

CELIA ALVAREZ. Heroísmo, 12; ASCENSION CASTRO: Costa, 2; y ASCENSION FAJARDO: Palomar, 365. Zaragoza.—Desean correspondencia con jóvenes de cualquier parte del extranjero que sepan español.

OLGA N. SARRAILHA. Sarmiento, 539. Cañuelas (República Argentina).—Desea correspondencia con joven español de treinta y cinco a cuarenta años.

MIGUEL ALONSO. Sanatorio de Valdelatas. Pabellón de San Luis. Sala XI. Fuenarrabal. Madrid (España).—Desea correspondencia con señoritas o señoras españolas.

JULIA ZEVALLOS. Luna Pizarro, 1024. La Victoria. Lima (Perú).—Desea correspondencia con jóvenes españoles.

JORGE TAULER MARQUES. General Mola, 11. 1.º. Palafrugell (Gerona, España). Desea correspondencia con jóvenes de trece a diecisiete años, con preferencia estudiantes.

JOAQUIN MITTIERI. Santa Catalina, 33. Igualada (Barcelona).—Desea correspondencia con jóvenes de dieciséis a veinte años para intercambio de ideas, revistas, etc.

ANA MARY A. LUCAS. San Martín, 25. Plasencia (Cáceres, España).—Desea correspondencia con jóvenes de dieciocho a veinte años.

JUAN CASTIZO SANCHEZ. Marqués de Estella, número 4. La Palma del Condado (Huelva).—Desea correspondencia, para intercambio de sellos, etc., con jóvenes de todo el mundo.

HIPOLITO JIMENEZ. 62 rue du Port, Aubervilliers (París, Francia).—Desea correspondencia con jóvenes de veinte a veinticinco años, españoles o americanos, para intercambio de ideas, revistas, etc.

JOSE CARBO MURLA. Agrupación Sanidad núm. 4. Plana Mayor. Villafranca Panadés. Barcelona (España).—Desea correspondencia con jóvenes españolas o extranjeras.

MANUEL QUEREDA. Ciudad Jardín. C. A., número 7. Alicante (España). Desea correspondencia con muchachas de todos los países, menores de dieciocho años.

DOMINGO PARAMES MARTINEZ. Cooperativa, número 34. Mataró (Barcelona).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo sobre temas culturales. Pueden escribir en inglés.

MARIA CAYETANA ESTEBAN MARINA. Grafal, número 9. Madrid (España). Desea correspondencia con jóvenes de cualquier parte del mundo. Tiene veintidós años.

ARTURO VALENZUELA. B. 1 Norte, 1089. Vifa del Mar (Chile).—Desea correspondencia con personas españolas para intercambio de ideas culturales, etc.

CARLOS LUIS GOFTTIG GODOY. Plaza de San Juan, número 4 Arlona (Jaén, España).—Desea correspondencia con jóvenes de dieciséis a dieciocho años aficionadas al deporte y al cine.

FRANCISCO BARRERA GALAN y PABLO TORRES CASADO. C. B. López, 3. Arlona (Jaén).—Desean correspondencia con jóvenes aficionadas al deporte, de veinticinco a treinta años.

CARMELO UNDANGARIN. Lersundi, 37. Deva (Guipúzcoa, España).—Desea correspondencia con jóvenes que hablen español o francés.

RIFA COMES JOSEITO. S. P. 62. 6. 23. T. U. E. por B. C. M. París (Francia).—Desea correspondencia con señorita española o sudamericana.

CARMINA VIDOSA BERENGUER. C. Miguel Servet, 66-68 (Zaragoza, España).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo.

GEORGES GENARD. Rue Dekens, 28. Bruselas 4 (Bélgica).—Desea correspondencia en castellano con joven sudamericano para intercambio de ideas sobre los países respectivos.

CARMENZA ESTRADA. Perú. Portocarrero, 36. Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo de habla española.

NOTA.—En las señas de todos los comunicantes de esta sección donde no se indica nacionalidad se entenderá que ésta es ESPAÑA.

CULTURA:

Cooperación educativa iberoamericana 36

POLITICA:

Análisis de las máquinas guerreras que interpretarán la próxima
contienda, por José Díaz de Villegas 11
De nación a nación, por Carlos Fernández Aballí 10
España es así, por Antonio Irazoz 10

BIOGRAFIA:

Un destino que nadie igualó: San Vicente Ferrer, por Federico García
Sánchez (de la Real Academia Española)..... 25

HISTORIA:

El gran taumaturgo de la Cristiandad, por Martín Domínguez 22
El Compromiso de Caspe 37

LITERATURA, NARRACIONES, POESIA:

Juana de Ibarbourou (poema), por Stella Corbarán 20
Por aquellas coplas, poema de Juana Ibarbourou 21
«Adelita», segundo acto de la comedia de Edgar Neville 54

ARTES PLASTICAS Y ARQUITECTURA:

Tres ejemplos españoles del arte, por José María Moreno Galván.... 16
Arquitectura de Fisac (fotos en color) 19
Acuarelas de castillos, por Ourvantzoff! 38
Feria de Sevilla en 1880 (grabado en color) 64

PAISAJE, TURISMO:

Desde los castillos clama la trova de la raza, por Luis Ortiz Muñoz.. 39
Sevilla vista por los extranjeros, por José Montero Alonso 44
Sevilla desde su feria 47

DEPORTES:

Así vuela el príncipe Cantacuzeno, por José María Lizar 33

TOROS:

Chamaco, una revolución en el toreo, por Marino Rubiera 50

MODAS:

La moda en Barcelona 53

PORTADA: Museo taurino, por José María Lara.

COLABORACION ARTISTICA DE

Fisac, Miguel Ourvantzoff, Ramiro Ramos, Francisco M. Galván, Aguirre, Ribas y D. del Solar.

FOTOGRAFIAS DE

Gyenes, José M.ª Lara, Mas, Koch, T. A. F., Caja de Ahorros de Vitoria, Paul-Robert, Art F. Sánchez, Hortolá, Vallmitjana, Basabe, Santos Yubero, González, Kindel, Publifoto, A. F. I., Pastor, Sainz, Gosanhi, Casa Americana de Madrid, etc.

"DIRECCION Y REDACCION

Avenida de los Reyes Católicos
(Ciudad Universitaria). Teléfonos
24 87 91 y 37 32 10 - Madrid.

ADMINISTRACION

Alcalá Galiano, 4. Teléfono 24 91 23.
Dirección postal para todos los servicios:
Apartado de Correos núm. 245
(Madrid).

EMPRESA DISTRIBUIDORA

Ediciones Iberoamericanas
(E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid.

IMPRESORES

Tipografía y encuadernación:
Editorial Magisterio Español, S. A.
(Madrid). Huecograbado y offset:
Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

PRECIOS

Ejemplar: 15 pesetas. — Suscripción
semestral: 85 pesetas. — Suscripción
anual: 160 pesetas (5 dólares). — Sus-
cripción por dos años: 270 pesetas
(8,50 dólares).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER
AT THE POST OFFICE AT NEW YORK,
NEW YORK.

LOS PUEBLOS HISPANICOS Y LA TRADICION

Lo dicho, dicho está. No pretendemos «descubrir América» de nueva cuenta.

Empeñados, sin embargo, en precisar cuáles son—y cómo son—nuestras afinidades naturales y los valores infinitos que constituyen y le dan sentido a la comunidad hispánica, muchas veces olvidamos—o simulamos olvidar—algunas cosas.

Hay entre nosotros quienes confunden el término «unificar» con los de «confusión» y «mezcla». Hay otros también cuyo hispanismo es una especie de dorada coctelera donde se baten concienzudamente nuestras mayúsculas y nuestros adjetivos.

Y todo está bien, insistimos, porque en los espacios caben todas las voces posibles y porque, en última instancia, es necesario cubrir etapas y reiterar saludos fraternales.

Conviene, no obstante, que algunas veces nos ocupemos de nuestras cosas con cierto espíritu crítico, con el ánimo dispuesto a definir más que a exaltar.

Digamos, por ejemplo, que, si bien es cierto que nuestros pueblos están unidos irremisiblemente por la sangre, el espíritu y la palabra, es cierto también que no todos estamos ligados de la misma manera a nuestras comunes o peculiares tradiciones. Mientras que los españoles se ciñen—con exceso quizá—a una tradición que los conforma tanto como los contiene, que los salva de la anarquía y del naufragio, los hispanoamericanos, en cambio, se adhieren apenas a ellas, confiándose en sus grandes recursos, en la riqueza potencial de su suelo y en el genio improvisador de la raza.

Mientras los españoles, en más de un caso, se sienten agobiados por el peso tremendo de su historia, y por ello se detienen ante la duda y la desconfianza, los hispanoamericanos, libres de ese peso, se lanzan sin «frenos ni balanzas», muchas veces, tras posibles o fantásticos porvenires. Mientras los españoles—digámoslo así—hablan del pasado, los hispanoamericanos inventan el futuro. Mientras aquéllos se ocupan, sobre todo, de su herencia imponderable, éstos prefieren crear su patrimonio de la nada.

¿Lo ideal no sería acaso que los españoles se liberasen, si no de su fidelidad al pasado, sí de ciertos prejuicios que nada tienen que ver con sus limpias y macizas tradiciones?

¿No sería ideal también que los hispanoamericanos se ocupasen menos de hipotéticos porvenires y más, mucho más, de sus rotas o maltrechas tradiciones?

Al pie de estas preguntas nosotros pondríamos un «sí» contundente e indubitable, sabiendo, sin embargo, que nuestros lectores pueden sostener lo contrario...

De todas maneras, es urgente que los pueblos hispánicos de esta orilla y de la otra dejen de vivir entregados a la mera contemplación de un pasado glorioso o entregados solamente a elucubrar sobre un mañana remoto e imaginario. Debemos vivir para nuestro presente.

Hay—a Dios gracias—en el mundo hispánico nuevas generaciones que así lo han comprendido. Dichas generaciones son el símbolo de nuestra esperanza...

La letra con amor entra

MUNDO HISPÁNICO tiene el gusto de presentar a sus lectores los párrafos sobresalientes del magnífico discurso pronunciado por el excelentísimo señor embajador de Cuba ante el Gobierno de España, don Antonio Irazoz y de Villar, en el Círculo Filipino de Madrid, el 20 de enero de 1955, con motivo de serle impuesta la encomienda de la Orden de los Caballeros de Rizal por el excelentísimo señor embajador de Filipinas en España, don Pedro R. Sabido. Quiénes ignoran—o pretenden ignorar—cuál es la moderna actitud de los españoles frente al fenómeno político de la emancipación de América, quienes se empeñan en atribuirle a España viejos rencores y ambiciones absurdas y mezquinas, que guarden en la memoria las palabras nobilísimas y justas del embajador cubano. Presentamos también a nuestros lectores un artículo del brillante periodista cubano Carlos Fernández Aballí, aparecido en el diario «El Mundo», de La Habana.

España es así

...Rizal era un romántico combatiente. Hay dos clases de románticos: los llorones, los que no saben protestar y se pasan la vida gimiendo con ayes de pesadumbre, y los románticos activos, los que denuncian y atacan la opresión con toda la energía.

Estos son los constructivos, los que con su ejemplo forjan las libertades de los pueblos. Y son realistas a la vez, aun cuando se los llamó visionarios. La palabra vate viene de vaticinar. Rizal, como nuestro Martí, fué vate lírico. Vaticinaron la libertad de su pueblo. En el momento de su muerte, Filipinas libre era ya un hecho en su mente. En ese «Último adiós» lo precisa con toda exactitud, al decir que desea que sus cenizas se confundan con la tierra y se esparzan formando parte del propio suelo filipino. Rizal ofreció su sangre por su patria, como lo hiciera nuestro Martí en Dos Ríos, y su sangre generosa tiñó la aurora del pueblo filipino, que era una aurora de libertad.

También, como nuestro Martí, vino a España, y en el corazón de Madrid, en la propia Plaza de la Independencia, inició la etapa de la libertad de su pueblo.

Yo quisiera decir una cosa: si no estuviéramos más que nosotros dos—dirigiéndose al embajador de Filipinas—, diría, sin que pareciera lisonja. «¡Qué grande y noble es España!» Porque ciertamente cabe decirlo. Cincuenta y tres años después de la muerte de Rizal, en la misma nación que negaba las libertades políticas de los pueblos de América, filipinos y cubanos nos reunimos para rendirle tributo a Rizal como antes a Martí, y es la propia España la que nos enseñó a luchar y morir por la libertad, quien nos congrega en este tributo junto a los nietos de aquellos que fusilaron a Rizal. España, que nos diera su idioma, su actitud ante la vida, su concepto del honor, su rebeldía de carácter, sabe reconocer y

reconoce hoy plenamente el valor de nuestros emancipadores.

Yo quiero rendir tributo a esa España magna. El señor ministro de la Guerra, teniente general Agustín Muñoz Grandes, acaba de darnos a los cubanos una muestra elevadísima. Nos han sido devueltos los restos de dos mambises, como se llama en Cuba a los insurrectos que lucharon en la magna por la independencia cubana.

Esos restos son los de Rafael Maceo y Grajales, el último de los Maceo muerto por Cuba libre. Quiero explicar sintéticamente quiénes eran los Maceo. Hubo una patriota que se llamó Mariana Grajales que tuvo catorce hijos. La mayor parte de ellos murieron en los campos de Cuba durante las guerras de Independencia, en combate o por enfermedades. Sólo dos no pudieron participar en la del 95. Tomás Maceo, baldado de la guerra del 68; tampoco su hermano Rafael, brigadier, que, en unión del coronel Juan Cintra, cayó prisionero de los españoles con los últimos presos de la Guerra Chiquita y murió en el Hospital Militar de Chafarinas. El ministro de la Guerra ha cooperado para la devolución de los restos de esos patriotas. Otro general español, ya muerto, el general José Jiménez y Jiménez, comandante militar de la plaza de Melilla, ayudó a localizar, identificar y exhumar los despojos mortales. Y anteayer, en Barajas, éstos nos han sido entregados por una delegación del ministerio de la Guerra, presidida por el general de Estado Mayor Cotarredona.

Peró no es esa devolución simplemente lo que yo quiero señalar. Es el hecho de que piadosa, amorosamente, han sido cuidados esos restos desde su localización e identificación hasta la exhumación y entrega. En unas magníficas arquetas de caoba están depositados. Encima de cada una de ellas, las placas de plata reconocen las respectivas graduaciones. Se ha otorgado, pues, el tratamiento militar a dos de aquellos que en los años independentistas eran calificados de rebeldes e insurrectos. Y todavía más. Aun cuando las ordenanzas militares prohíben terminantemente rendir honores a los muertos prisioneros de guerra—hoy ni siquiera se los salva, se los fusila—, a estos dos cubanos, por órdenes expresas del general Muñoz Grandes, van a rendírseles honores militares, como si fueran militares con mando en el momento de la caída.

En Vigo, las comisiones y las fuerzas armadas les rendirán los honores correspondientes. Y es, señores, que España es así.

Antonio IRAIZOZ

De nación a nación

Había un gesto que esperaba una gestión. La gestión se hizo. La hizo el embajador de Cuba en España. Y el gesto ocurrió. España ha devuelto a Cuba los restos de dos próceres cubanos fallecidos durante el cautiverio en territorio español, cuando Cuba y España eran enemigas.

El suceso ha revestido una dramática sencillez. Sólo en la Naturaleza suceden graves acontecimientos

con semejante serenidad. La aparición de una flor, la maduración de un fruto. Parecía no haber nada, porque nada se veía. Y todo estaba hecho ya desde mucho tiempo atrás, desde que no existía el tiempo.

Así ha sido; así es la Historia de España: un misterioso alumbramiento continuo de gestos a los que en vano se les busca una casualidad mecánica o científica. La conducta histórica de España es única. Mientras otros pueblos pueden dar explicaciones, sólidas excusas económicas o geográficas o políticas de su quehacer colectivo, España sólo puede decir: «Se me ocurrió.» Más que una historia parece una biografía. La época biográfica de la Historia la escribió España. En realidad, no ha dejado de escribirla en ningún momento. Ni siquiera hoy, en que la Historia tiene tan poco de hazaña personal del hombre.

En todo instante, que es como decir siempre; en ningún instante, por tanto, España se ha dejado hacer, ha permitido que los acontecimientos le hagan el espíritu a imagen de los acontecimientos; no, sino que han sido los acontecimientos a imagen de España. Lo conveniente tiene que ser recto para ser español, tiene que ser español para que sea conveniente.

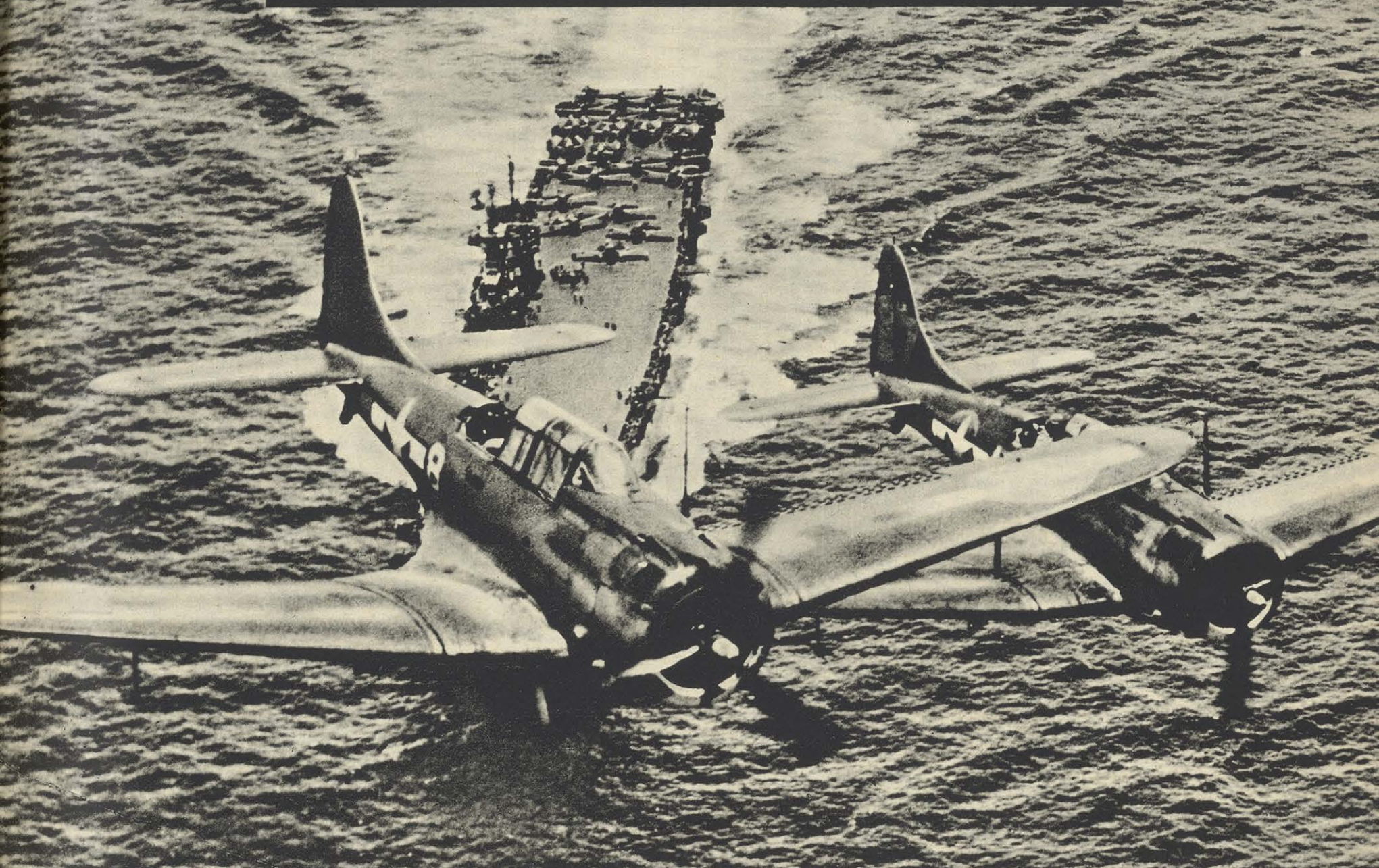
Este partir desde sí, como parte de sí misma la inspiración que fabrica la aurora, es la manera de hacer de España en la Historia. Hubiera conservado mucho de lo que perdió en lo material si hubiese disimulado de vez en cuando España su españolidad, si en lugar de inspiraciones hubiera obedecido a presiones. Pero entonces su historia sería inglesa como la de Francia o francesa como la de Inglaterra, que han preferido perderse antes que perder cuando las circunstancias lo han aconsejado. La Historia para España no ha sido un negocio, sino la explicación permanente del alma española. El rendimiento externo de esa actitud—eso que se llama el éxito—podrá parecer negativo; pero la congruencia interna de su ser, la invisible integridad de su recorrido histórico es la perfiliación de un carácter. Todos sus segundos al servicio de la persistencia de su ser. Cada gesto con un valor absoluto, total, cualitativo, como hecho para todos los siglos. Esta constante originalidad de la conducta histórica española, que es como un libro de poemas desiguales; esta sorprendente riqueza de ademanes morales, inantecedidos e irrepetibles, parecidos a bóhdos, a prodigios, son los testimonios de la fe de un pueblo en la subjetividad última del devenir. Mucha confianza ha de tener una nación, sus hombres todos, en la justicia final de la Historia. para plantarse una y otra vez frente al tiempo y al espacio y derogarlos con gestos. Acostumbrada a detener la Historia, a contrariarla, a negarle su primacía sobre la moral, a ofrecérsela a Dios como quien ofrenda el curso de un río sagrado, naturalmente sobrenatural; esta España, que es la misma que era, siempre naciendo de sí misma, de sus entrañas, como el árbol de la simiente, se abre ahora a la inteligencia de Cuba, le atribuye a Cuba su grandeza, la incita a ser grande, amándole y respetándole sus grandes hombres, a aquellos hombres, justamente, que justamente se batieron por Cuba contra España.

¿Qué fe no tendrá España en el destino de Cuba soberana que ha llegado a querer, a amar la independencia de Cuba de España? ¿Qué fuerza de espíritu, qué gozoso vencimiento del altruismo sobre el egoísmo, qué venturoso pueblo, que se arranca el ojo que es ocasión de pecar si encuentra que el bien es tuerto!

Los que han sabido ver en el cuadro de Velázquez «La rendición de Breda», esos han conocido el alma de España. Un pueblo que siente vergüenza de vencer, que más teme vencer que ser vencido, un pueblo semejante es invencible. De esa aptitud para convertir la derrota política en victoria moral acabamos de saber los cubanos, es decir, lo sabíamos ya desde siempre, porque es una noticia que llevamos en la masa de la sangre.

Carlos FERNANDEZ ABALLI

EE. UU. VERSUS U. R. S. S. EN EL AIRE Y EN EL MAR



ANALISIS DE LAS MAQUINAS GUERRERAS QUE INTERPRETARAN LA PROXIMA CONTIENDA

**103 PORTAVIONES EN LA
GIGANTESCA ESCUADRA
NORTEAMERICANA**

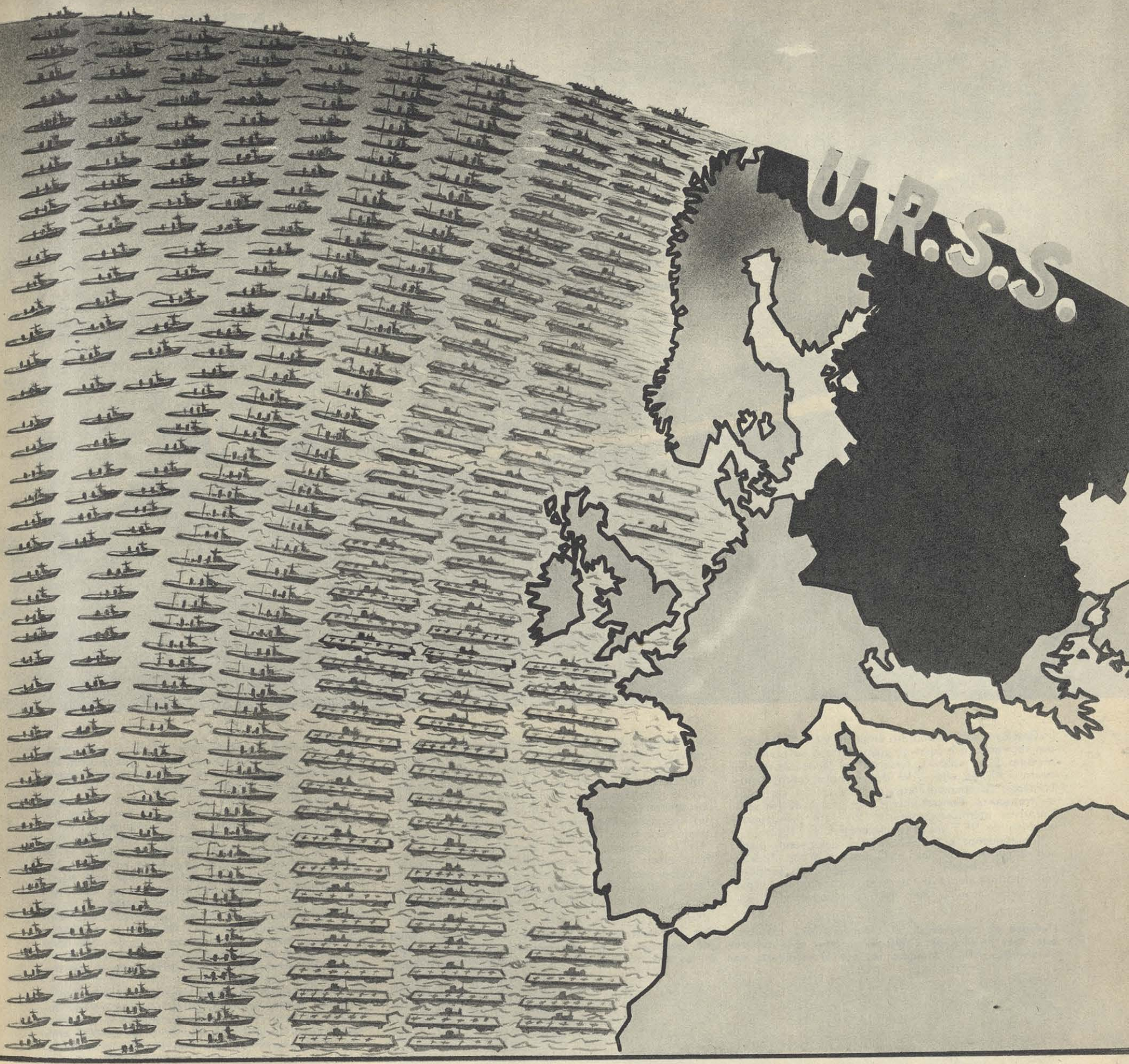
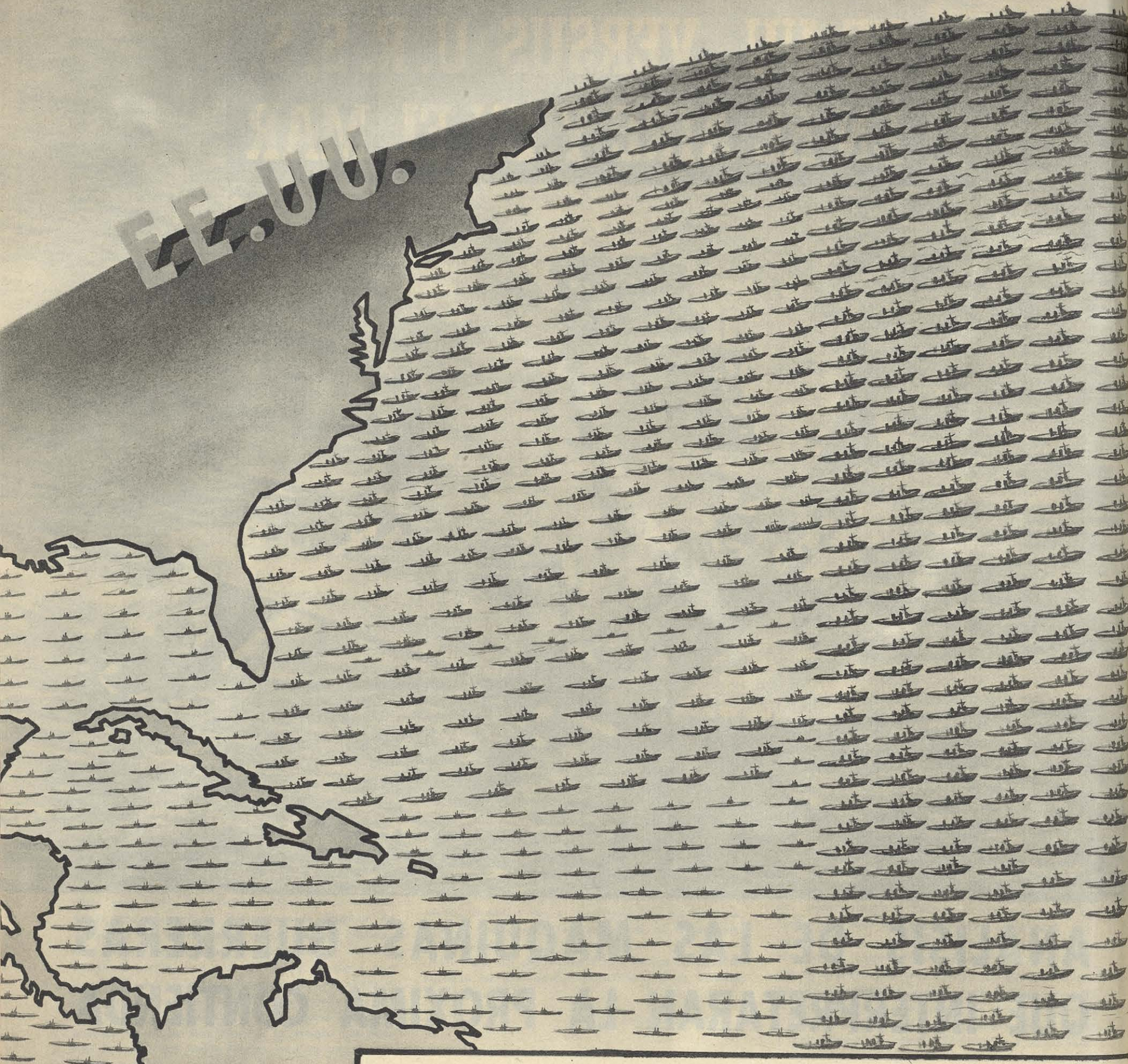
DEL mismo modo que cuando el combatiente adoptó para luchar la cabalgadura y rompió con ello la monotonía de la batalla primitiva—al surgir así la caballería y luego la invención de la pólvora, renovó consustancialmente la táctica—, la aviación ha revolucionado recientemente la guerra, como otros ingenios, ya de actualidad, podrán y aun deberán transformarlo más definitivamente mañana mismo. La aviación ha dado, en efecto, a la batalla moderna la tercera dimensión, que le faltaba; pero, sobre todo, ha proporcionado al hecho bélico una profundidad inusitada. En la primera guerra mundial hizo prácticamente su aparición el aeroplano. Francia la empezó con 158 aparatos, para terminarla con 3.432. Pero tales aviones tenían una posibilidad muy limitada. La velocidad de cruceo no era, en modo alguno, superior a la del coche de turismo actual. Los bombardeos de las ciudades, por ejemplo, eran a la sazón esporádicos y verificados por un solo aparato corrientemente, que cargaba apenas unas cuantas bombas de pocos kilogramos de peso. La aviación militar no hacía así más que dar sus primeros pasos. Eran los tiempos del Fokker y del Taube alemanes, o de los Breguet, Salmson, Bristol y Spad aliados.

En la segunda guerra mundial las cosas ocurrieron ya de modo bien distinto. El Estado Mayor de Berlín supo dar desde el primer momento importancia especial a la aviación. Rusia misma entró en combate, en 1940, con una fuerza aérea que sumaba alrededor de 15.000 aparatos. No era aún el momento del triunfo del «dohetismo», de los futuristas, que pudiéramos decir, que todo lo esperaban de la supremacía aérea. Pero, sin duda, Coventry, primero, y luego la destrucción en masa de las grandes ciudades y centros fabriles germánicos, fueron ya una elocuente demostración del poder ilimitado de la aviación. Al final de aquella contienda, no obstante, tan sólo dos aparatos americanos, cargados cada uno con una bomba atómica, que ensayaron una técnica militar novísima, fueron suficientes para borrar del mapa otras tantas populosas ciudades niponas. ¡Habíamos entrado en la etapa nuclear justamente cuando la guerra mundial última terminaba! Pero el interrogante sobre las terribles posibilidades del nuevo armamento quedaba así pavorosa-

Por JOSE DIAZ DE VILLEGAS

E.E.U.U.

U.R.S.S.



FLOTA DE LOS ESTADOS UNIDOS

997 UNIDADES

-  PORTAVIONES
-  ACORAZADOS
-  CRUCEROS PESADOS
-  CRUCEROS LIGEROS
-  DESTRUCTORES
-  TORPEDEROS
-  SUBMARINOS

mente abierto: La aviación, portadora de semejantes diabólicos artefactos, intensificarla de este modo notoriamente su eficacia decisiva en el futuro, y en este momento justamente estamos en la historia de la guerra, hasta que nuevos ingenios—posiblemente los proyectiles de largo alcance, incluso los intercontinentales, que ya se estudian—decidan otra cosa.

He aquí por qué aludiremos ahora, en este preciso instante de las relaciones internacionales, no tanto a los potenciales bélicos tangibles o presuntos enfrentados como a las realidades de una futura contienda, en la que el proyectil atómico pudiera ser el decisivo. No quiere decir ello, en modo alguno, que los ejércitos de tierra tengan que ocupar un lugar secundario en los conflictos de mañana. Ni mucho menos. Precisamente por clásicos, tales ejércitos son precisamente eternos. Lo que ocurre es que los ejércitos de tierra están llamados a desempeñar un papel táctico sustancial: a batirse en el campo de la estrategia tradicional, pese a sus nuevos armamentos, atómicos incluso, mientras que la aviación y la marina se nos ofrecen hoy como las armas de esa gran estrategia que abarcará, si la guerra estallara,

Integramente el mapa universal, por lo cual se denomina ya por anticipado «geoestrategia». No es que no tenga importancia—jamás puede afirmarse semejante dislate—el combate local, el topográfico o el geográfico, si aun se quiere así, con sus inclinaciones trascendentales, sino que hemos de referirnos aquí concretamente a la batalla estratégica integral, la que es capaz de lanzar sus proyectiles a cientos y aun a miles de kilómetros de distancia y la que busca ansiosa no este o aquel objetivo local, sino la que pretende hacer blancos definitivos sobre ciudades enteras o sobre inmensas concentraciones industriales.

34.000 MILLONES DE DOLARES PARA LA DEFENSA NORTEAMERICANA

El presupuesto presentado por el Presidente Eisenhower a la decisión de las Cámaras para 1955-56 ha comprendido un total de 34.000 millones de dólares íntegramente dedicados a la defensa nacional. He

aquí un número de 13 cifras traducido a pesetas, ya que equivale a un billón trescientos sesenta mil millones de nuestra moneda. De tan astronómica cantidad, una gran parte está reservada, más o menos directamente, a los armamentos atómicos. El propio Presidente ha dicho: «El poder de represalia nuclear y aéreo de la aviación y de la marina constituye el principal factor que puede disuadir a un enemigo en potencia de lanzarse a la agresión.»

De este modo, de aquella colosal cifra, alrededor de 15.600 millones de dólares se dedican a las fuerzas aéreas, con notable incremento a la cifra del presupuesto anterior; 8.850 millones al ejército de tierra y 9.700 a la marina. No hay que olvidar que América espera que Europa complete su gigantesco esfuerzo militar aportando, sobre todo, divisiones terrestres.

La aun importante Marina británica, que ha dejado de ser la reina de los mares, puede ser un buen refuerzo para la flota norteamericana. En la foto, numerosas unidades en una «parada» no lejana.



Una cifra gigantesca de portaviones—103—constituye quizá la mayor fuerza naval de los Estados Unidos. El «Belleau Wood» semeja una isla flotante.



Gracias a este asombroso empeño, los Estados Unidos aspiran a acercarse singularmente a su meta inmediata (137 «alas»), teniendo en servicio este año hasta 130, de ellas 119 de combate (caza, bombarderos, cazabombarderos, etc.), y las 11 restantes de transporte. Concretamente, los gastos de los preparativos atómicos pasan así en este presupuesto también de 94,5 millones de dólares a 118,2.

Limitándonos a la aviación, los americanos piensan disponer para fines del año actual de 22.900 aviones adscritos a las fuerzas aéreas, cifra considerablemente superior a los de la aviación roja, como veremos en seguida. Pero bueno será advertir al lec-

tor profano que lo más importante, en lo que se refiere a la aviación militar, no es tanto disponer, en tiempo de paz, de un crecido número de aparatos, como de preparar su producción, llegada la guerra, a ritmo creciente, mediante la fabricación de los prototipos convenientes. La guerra moderna, en efecto, desgasta rapidísimamente el material volante. Se trata, por tanto, de elegir buenos modelos y disponer lo necesario para fabricarlos activamente. Y a este efecto capital es enormemente superior la capacidad productora americana que la soviética. Sin datos, naturalmente, para concretar actualmente posibles cifras de fabricación, recordamos, sin embargo,

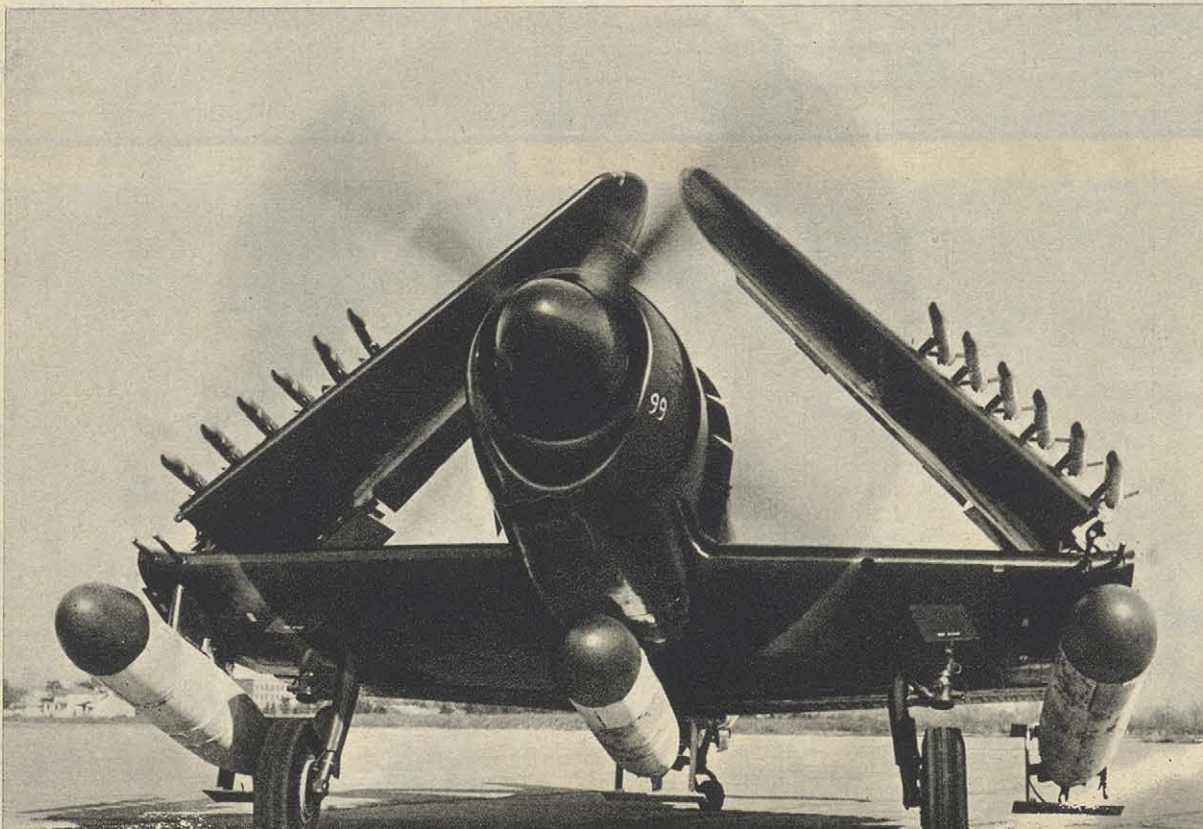
que la máxima producción anual de aviones, en la pasada gran guerra, fué de 30.000 aparatos en Rusia, 33.400 en Inglaterra, 40.000 en Alemania y ¡94.600 en los Estados Unidos!

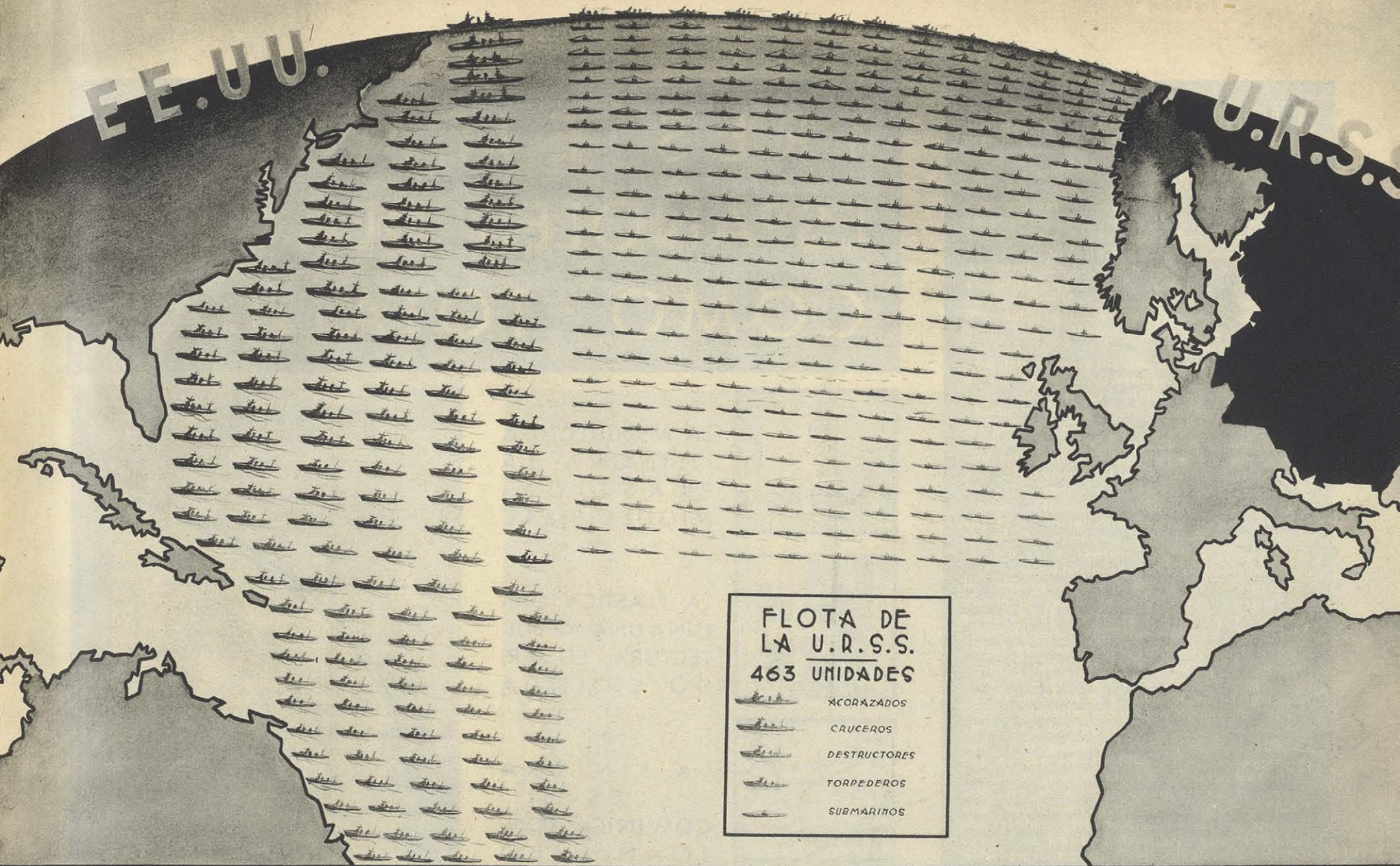
Prescindiendo ahora aquí del material aeronaval, del que luego nos ocuparemos, los americanos han encargado, por ejemplo, a la Consolidated Vultee Aircraft Corporation, la fabricación del primer aparato de bombardeo con velocidad superior a la del sonido. Tal será el B-58, propulsado, al parecer, por cuatro motores, capaces de desarrollar una velocidad no inferior a los 1.200 kilómetros por hora. Para llegar a este tipo, los yanquis han gastado no menos de 100 millones de dólares en superar su actual bombardero de reacción, el B-47. Se trata, a no dudarlo, de buscar aviones superrápidos y capaces de llevar cargamentos termonucleares y atómicos hasta el corazón mismo del adversario, no importa a qué distancia ni a qué punto.

El rival rojo, sin duda, hace esfuerzos inusitados también a este respecto. En su reciente informe sobre la N. A. T. O., lord Ismay calcula un potencial aeronáutico soviético no inferior a los 20.000 aviones. Ciertamente es ésta una aviación potente, no sólo por su número, sino también por su calidad, porque en gran parte es moderna. Más de las dos terceras partes, en efecto, de sus bombarderos ligeros son de reacción. La mitad de sus cazas lo son igualmente. De esos 20.000 aviones, por añadidura, la mayoría son cazas, cazabombarderos y bombarderos, son de reacción. La mitad de sus cazas lo son o estratégicos suman, sin embargo, un número relativamente pequeño. En esta clase concreta de material los rusos experimentan, no obstante, modelos excelentes. En el último desfile del 1 de mayo, en la Plaza Roja de Moscú, se pudo observar la presencia, sobre el cielo de la capital soviética, de novísimos bombarderos reactores semejantes a los B-47 y B-52 americanos. Eran aviones de reacción Tupolev 37 y 39, el primero de los cuales calcula el Pentágono que puede ser construido por Rusia al ritmo de un aparato diario.

No se tienen datos concretos sobre este material; pero en todo caso se sospecha que sus motores no son en modo alguno inferiores a los de sus similares yanquis. Sin embargo, no parece aceptarse generalmente la conclusión de que los rusos posean bombarderos de reacción de velocidad supersónica. No

Huésped de portaviones, el «Martin AM-1 Mauler», avión norteamericano, transporta, como se ve en la foto, tres bombas de 2.200 libras, más doce cohetes, que aparecen en los extremos plegables de las alas. El «Martin AM-1 Mauler» es, por el momento, uno de los más rápidos aviones de bombardeo existentes.



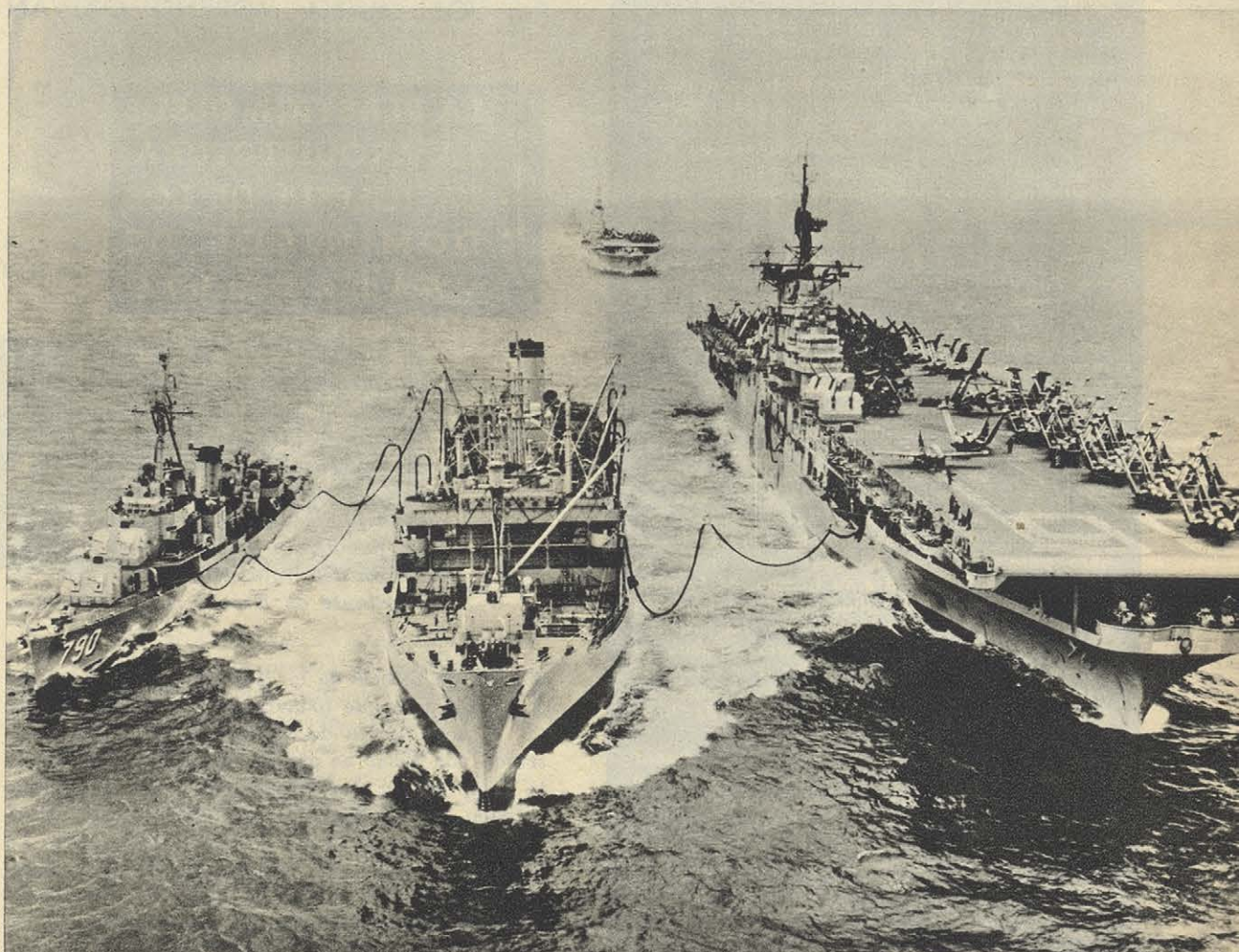


obstante, se admite como evidente que la aviación de gran bombardeo de los Estados Unidos no sólo es mucho más numerosa que la soviética, sino que incluso su material es más moderno, más rápido y más eficiente.

LA CARRERA DE LOS ARMAMENTOS «MISTERIOSOS»

El arma de estos aviones—el aparato sólo es un portador de proyectiles—es ahora la bomba A o 'a H. La primera fué la que eliminó de la carta nipona, al final de la guerra pasada, las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. La segunda se evalúa como un proyectil mucho más terriblemente aniquilador aún. La bomba atómica equivale en su poder destructor al de muchas toneladas de ese explosivo que la información internacional denomina «T. N. T.» y que científicamente se llama «trinitrotolueno», y al que los militares españoles han conocido, desde los tiempos lejanos de nuestro ilustre general Aranz, con el sencillo nombre de «trilita». Pero los proyectiles termonucleares tienen todavía un poder destructor inmensamente más grande.

En esa carrera de los armamentos que pudiéramos llamar «misteriosos»—porque la reserva sobre sus progresos es aún mayor que la que se guarda sobre los demás ingenios—, América parece estar también mucho más adelantada que la U. R. S. S. Hasta este momento, en que acaban de realizarse pruebas en Nevada, y en tanto que se realicen el próximo verano las anunciadas más definitivamente en los islotes de Eniwetok y Bikini, en el Gran Océano, los yanquis han hecho estallar al menos 50 bombas nucleares. En el mismo tiempo los rusos no han experimentado más de 10 ó 12. Idénticamente los americanos han ensayado más diversos armamentos e ingenios capaces de lanzar proyectiles de este tipo que los rusos. Pese a que por circunstancias extrañas América perdiera un día la ventaja experimental que tuvo sobre la Unión Soviética en lo que respecta a las bombas de hidrógeno, la realidad es que esta momentánea postergación ha debido de ser culminada, seguramente, con absoluta amplitud. El mero hecho de que Moscú pretenda ahora convenir con los occidentales la destrucción integral de los arsenales atómicos constituye una demostración (Pasa a la pág. 61.)



Dos unidades norteamericanas—el «Antietam» y el portaviones «Smelton»—se aprovisionan en alta mar de combustible, uno a cada lado del buque nodriza. Al fondo, otro portaviones espera turno. El considerable número de portaviones norteamericanos aproximará el poder agresivo de su aviación a los objetivos enemigos.

EL ANHELO DE UN ARTE UNITARIO

EL arte occidental vive en el presente el problema decisivo de escoger entre dos caminos, sin posibilidad de término medio: «servir» o «dejar de ser». Quien no sienta la energía casi prometeica de esa disyuntiva, no puede percibir con plenitud la belleza de este momento del arte, en el que se juega, a la postura peligrosa de una sola carta, su posibilidad de ser o no ser, es decir, ser pan de diálogo y comprensión entre los hombres o ser un último e inútil subproducto del juego de las inteligencias.

Desde siempre, la misión esencial del arte ha sido la de la «profecía». «El arte es la expresión de un anhelo colectivo que unos hombres han sabido materializar plásticamente.» En Grecia fué la concreción plástica del ideal colectivo de belleza, perfección y norma. En tiempos del gótico fué la síntesis del anhelo múltiple de sus hombres por elevarse hacia Dios. No es cierto que la comprensión del arte sea un fenómeno minoritario. Siendo, como fué siempre, la expresión de un estado poético que estaba en el ambiente, por fuerza cada hombre tuvo que sentirse, tarde o temprano, identificado con dicha expresión.

Aconteció, en un tiempo muy próximo al que vivimos, que el arte abandonó su misión profética para reflejar solamente la epidermis de lo real, lo documental accesorio. Naturalmente, el público entró en él con toda facilidad, por la ley del mínimo esfuerzo. Y cuando, a principios de este siglo, el arte quiso recuperar su servidumbre a la profecía, se encontró con que la mayoría continuaba siendo fiel al falso realismo. El artista leal a su tiempo confundió entonces su papel y creyó que su misión era la de inhibirse del público que no lo comprendía y dirigir su obra, exclusivamente, a una supuesta minoría de elegidos. Frente a esta posición surge, más tarde, una más nefasta, la de los llamados «realistas socialistas», que consideran el papel sociológico del arte como una especie de autodegradación hasta el viejo plano de lo epidérmicamente documental, para hacerse accesible a la mayoría.

Pero ¿qué significa «servir» para el arte? Servir es, ante todo, nacer con un altísimo concepto del hombre. Considerarlo a imagen y semejanza de Dios y, por tanto, con capacidad para captar las más altas realizaciones que hayan sido hechas con su destino. (Queda, pues, muy lejos de este concepto de servicio el de los «realistas socialistas», que pretenden que una media proporcional del hombre es un hombre inferior, y para él tratan de elaborar un arte expresamente degenerado.) Servir es, para el arte, querer crecer y querer multiplicarse. (Queda también muy lejos de este concepto el de los postuladores del «arte por el arte», quienes pretenden—malthusianos del diálogo—laborar solamente para la supuesta minoría de los exquisitos.)

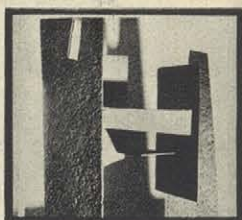
En la actualidad la disyuntiva está planteada implícitamente para una serie de artistas que intuyen la gravedad del problema. Consideran éstos que su deber primordial es expresarse con un idioma válido para su tiempo, pero realizado, no con el apriorismo de una inhibición, sino con el deseo de una comunicación. Consideran que la validez de su obra para todos los hombres está en razón directa de la fidelidad a su tiempo, de la misma manera que fué válido, para los hombres del siglo XII, el «expresionismo» del románico, y para los del viejo imperio egipcio, el «abstractismo» de las pirámides. Por estos artistas, el arte ha recuperado nuevamente su postura comunicativa sin necesidad de basardearse.

¿Cómo es posible hacer efectivo este deseo? Pareciera que estos artistas se han atenido a un lema no formulado, pero implícito, cuya definición sería: «Unidad en el esfuerzo.» Todas las manifestaciones del arte deben reunirse para establecer un diálogo con el hombre. Otra vez, como en el tiempo de las catedrales, las artes se identifican para una idea común. La creación de espacio de la arquitectura, la expresión bidimensional de la pintura y la tridimensional de la arquitectura han encontrado una lejana perspectiva idéntica. Veamos aquí tres ejemplos españoles.

TRES EJEMPLOS ESPAÑOLES DEL ARTE COMO TOTALIDAD



1
LA ARQUITECTURA
INTEGRA LA
PLASTICA:
MIGUEL FISAC



2
LA PLASTICA ORI-
GINA UNA ARQUI-
TECTURA: EDUAR-
DO CHILLIDA



3
LA PINTURA
ES
COMUNICACION:
JOAN MIRO

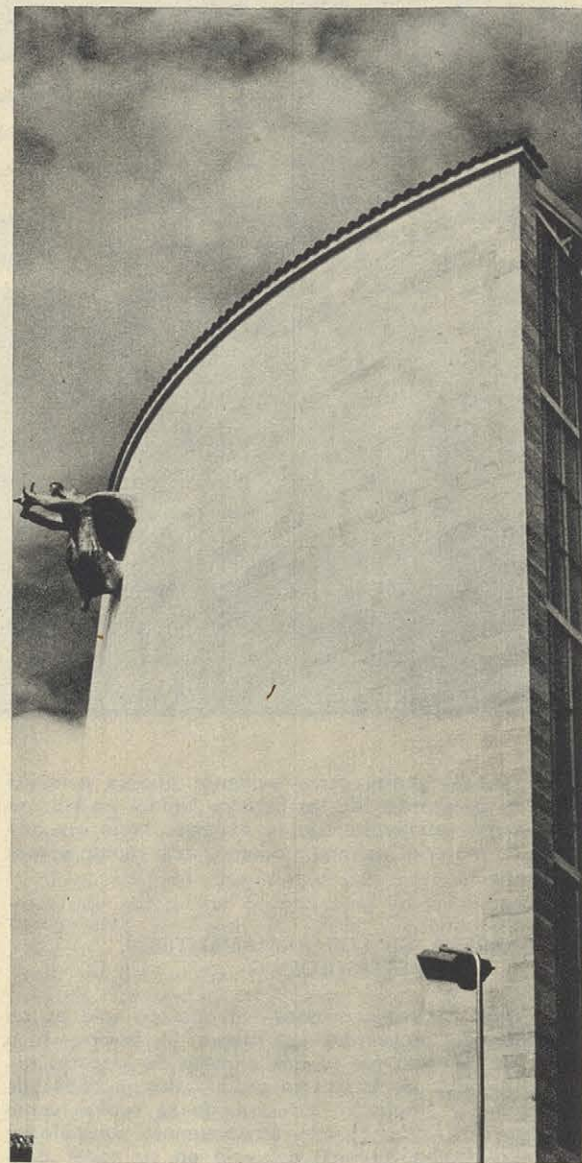
Por JOSE MARIA MORENO GALVAN

LA PLASTICA DESDE
LA ARQUITECTURA:
1. LA IGLESIA DE LOS
DOMINICOS DE
VALLADOLID

En la gran Exposición de Arte Sacro celebrada en Viena recientemente, con la participación de Alemania, Austria, España, Francia, Estados Unidos, Perú y Suiza, obtuvo la medalla de oro de Arquitectura la iglesia del Colegio Apostólico de Padres Dominicos, de Valladolid, obra del arquitecto Miguel Fisac, representante de España en el certamen.

PARA un teórico de las formas ya fenecidas del arte, pero que todavía siguen imperando por la sola fuerza de su inercia, la iglesia construida por Fisac no ofrece posibilidades viables a la comprensión. La enjuiciaría desde un ángulo extraño, por unilateral, a la índole de esta arquitectura y, por supuesto, de toda arquitectura. La enjuiciaría solamente desde el ángulo de su exterioridad plástica. Ignoraría que *toda arquitectura nace primordialmente de un concepto del espacio. Y que todo concepto del espacio es un acto creador del espíritu, válido sólo para un tiempo determinado.*

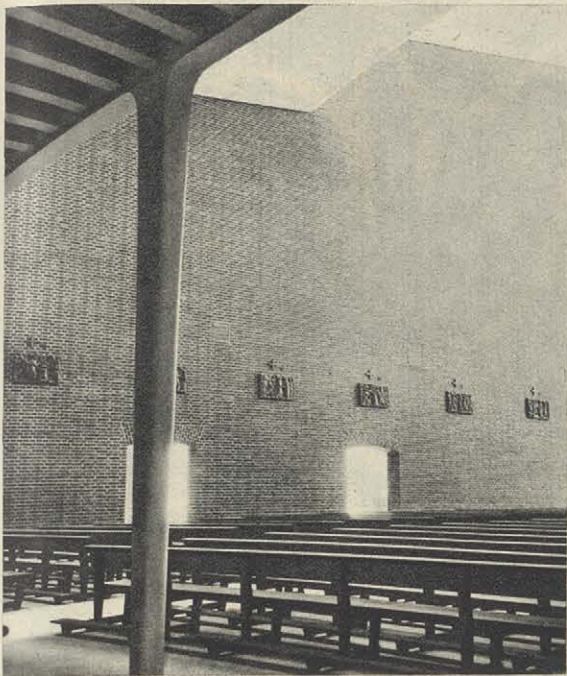
Quiero decir que la iglesia construida por Miguel Fisac en Valladolid ha nacido del concepto



La curva del ábside de la iglesia de Valladolid se ha hecho expresiva en la escultura de Jorge Oteiza.

que Fisac tiene del espacio. Y que este concepto no es algo privativo suyo, sino que pertenece al tiempo que vive y está ligado íntima y sutilmente a la forma que, por ejemplo, el hombre de hoy tiene de intuir la lejanía o a la manera de como se siente partícipe de toda una red de conexiones íntimas que se extienden por toda la tierra.

En su parte externa, la iglesia responde nítidamente a ese nuevo ideal de la belleza, tan afín al hombre de nuestros días, que se asienta sobre la base de una austera renuncia a todo ornamentalismo accesorio. Solamente las formas precisas, dictadas por una necesidad interior, y el breve tránsito de una forma escultórica que es como una llamada a la piedad. El pueblo ha comenzado por extrañarse, pero ése es el primer paso para el entendimiento. Después ha comprendido íntegramente. Solamente el teórico recalitrante de las formas fenecidas continuará obstinado en no comprender. Porque él aplicará siempre el viejo y enmohecido canon de un arte con adiposidades suntuarias. Pero la iglesia es también la



El arranque de la nave. La materia—ladrillo visto—se ha hecho noble. El Vía Crucis es de Cristino Mallo.

casa de los hombres y una no interrumpida tradición la ha colocado siempre a la vanguardia de sus inquietudes.

Pero el primer documento que Fisac—como todo arquitecto que actúe con la conciencia de su tiempo—nos deja con esta iglesia es el documento de un estilo de entender la dimensión del vacío, que, por extensión, forma parte de un estilo de entender el mundo. Vengan después los investigadores de la cultura a sacar por este hilo el ovillo de toda una manera de ser colectiva, teniendo en cuenta que la iglesia de Valladolid es una obra de arte de nuestro tiempo y que en nuestro tiempo el arte vuelve a ser la profecía.

Ante todo, la iglesia nace desde un vacío apto para llenarse de almas encaminadas a una idea espiritual: la arquitectura es la forma de un espacio que, en este caso, está modelado haciendo convergir todas sus fuerzas hacia el altar mayor, que es el principal protagonista de la obra. De esta manera las voluntades que contenga la iglesia convergerán también en una idea única, contenida en el sacramento de la Eucaristía. ¿Qué es lo que presagia—juzgándolo desde su calidad profética—este arte espacial de unificar voluntades?

La arquitectura contemporánea ha logrado, por eliminación, establecer un postulado básico: el de que *toda gran arquitectura es siempre funcional y la belleza se le da por añadidura, en gracia a su honrada funcionalidad*. Tan extremadamente ha sido comprendido este postulado, que arquitectos de una genialidad indiscutible, en su afán de eliminar todo lo accesorio, han llegado a proponer la eliminación de la plástica aplicada a la arquitectura. «Un cuadro abre un hueco en la pared», se ha dicho. Y es que se ignoraba—hasta tal punto el arte, en el olvido de sus funciones, había llegado a convertirse en objeto de lujo—que también el arte tenía encomendada una misión funcional: la de establecer el más efectivo diálogo entre los hombres. Miguel Fisac ha comprendido la facultad totalizadora de su arquitectura. Su funcionalidad ha sido llevada al límite: materiales humildes, propios de la región castellana; economía de medios; disposición plena de la luz, etc.; pero él no ha renunciado a la dimensión espiritual de lo comunicativo y por eso ha dado entrada al arte. Más aún: su arquitectura ha nacido, desde los cimientos, con la conciencia de que el mensaje del arte era tan fundamental como los cimientos mismos.

La iglesia de los Dominicos de Valladolid no tiene a la escultura y a la pintura como acceso-

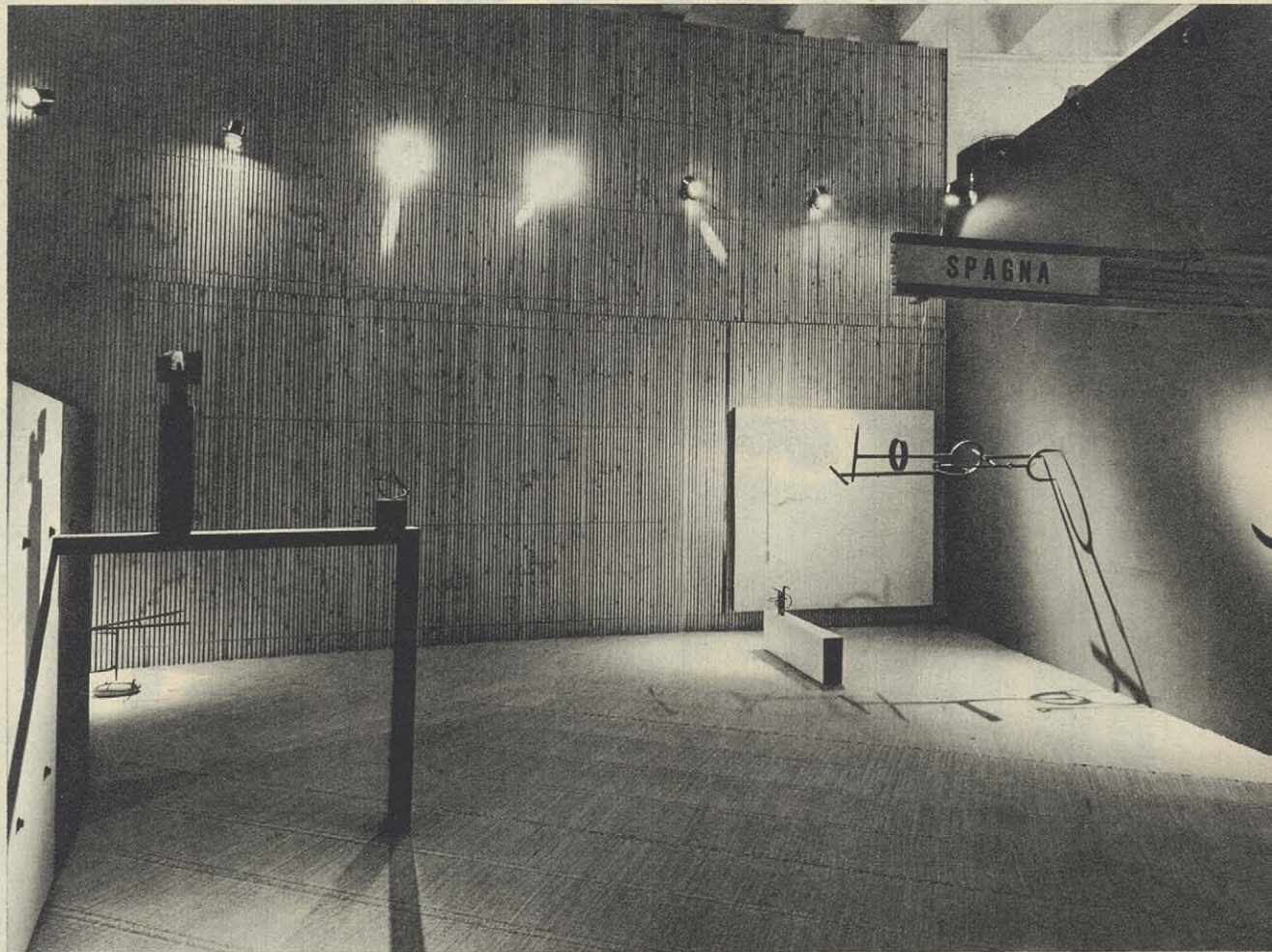
rios, sino que la escultura y la pintura *nacen*, como la rama del árbol, en el lugar preciso. Cuando tal hecho ha sido logrado, es justo suponer que nos encontramos, por fin, en el verdadero camino para poder lograr la catedral del siglo XX.

La plástica se ha fundido con la arquitectura general, formando un cuerpo armónico. Hay que verla, pues, para este ejemplo, «desde la arquitectura». Ella también es la arquitectura. Por esta iglesia y por todas las obras arquitectónicas que en el mundo están haciéndose hoy con este sentido, tenemos que pensar que a la gran idea del funcionalismo le ha nacido, por fin, la dimensión que le faltaba: la dimensión del espíritu.

relación que actúen en esta arquitectura estarán sirviendo a una especie de acatamiento de la plástica originaria. En el pabellón español de la Trienal de Milán intervinieron tres artistas, absolutamente compenetrados entre sí, para crear una instalación que albergaría exclusivamente las esculturas de Chillida y las joyas de Dalí.

El arquitecto Ramón Vázquez Molezún creó el espacio. El pintor Manuel Suárez Molezún ideó las proyecciones plásticas de la escultura. El escultor Amadeo Gabino Ubeda estableció la conexión entre el espacio y la proyección plástica.

Las joyas «humanas», realizadas en materia suntuaria, de Salvador Dalí contrastaban con las



En torno a la escultura de Chillida y las joyas de Dalí ha crecido un ámbito propicio a la expresión.

LA ARQUITECTURA DESDE LA PLÁSTICA: CHILLIDA Y EL PABELLÓN ESPAÑOL DE LA TRIENAL DE MILAN

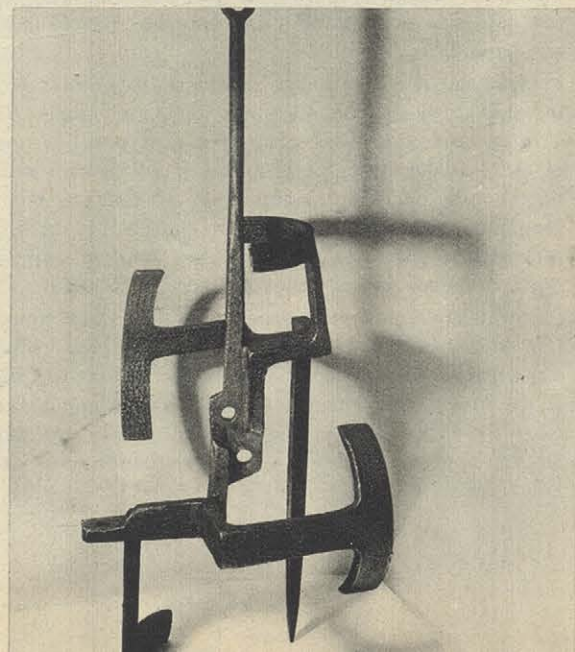
En la X Trienal de Milán le fué concedido el gran premio de Instalación al pabellón español, realizado por el arquitecto Vázquez Molezún, el pintor Suárez Molezún y el escultor Amadeo Gabino. El pabellón contenía solamente joyas diseñadas por Salvador Dalí y esculturas de Eduardo Chillida. A este último le fué concedido el diploma de honor para la Escultura de la citada Trienal.

ALGUNA vez la arquitectura puede nacer como albergue de algo ya creado. Entonces su proceso es distinto. No nace para supeditar a una plástica, sino supeditándose a una plástica establecida de antemano. Todos los valores de

esculturas abstractas, realizadas en la durísima materia del hierro, de Eduardo Chillida. El espacio los había hecho a ellos dos sus solitarios protagonistas. La sabiduría de la instalación había logrado establecer la armonía de los contrarios: las joyas de metales costosos y la escultura de materia estoica. Ya los lectores de MUNDO HISPÁNICO tienen una referencia de lo que son las joyas de Salvador Dalí.

Eduardo Chillida procede de la tierra española

Cada una de las esculturas de Chillida es como una máquina que hubiese plastificado su dinamismo.





donde el hierro y la máquina han influido más en los habitantes: de las Provincias Vascongadas. Intuitivamente, el escultor ha encontrado el camino de Vulcano en su ambiente vernáculo. Un Vulcano de nuestro siglo, creador de máquinas, de grúas, de bigornias, de grandes diferenciales... El escultor ha sabido, intuyéndolo, que la civilización de la técnica no puede dejar de ser algo demoníaco hasta que no se haya podido establecer una relación de almas entre la máquina y el hombre. El escultor está encontrando el alma del hierro y de las máquinas. Cada una de sus estatuas es una máquina que ha plastificado su dinamismo.

¿Qué es lo que viene a decirnos, proféticamente, este proyecto de elevación a la categoría de arte de lo inanimado? ¿No será que, por fin, por el camino del arte, se empieza a establecer una más honda compenetración entre el hombre y su técnica? Dejemos también ahí establecida la interrogante para no introducirnos en un campo que pertenece a los investigadores del futuro.

Pero señalemos ya un hecho válido para nuestro momento. La técnica y el arte se han hecho susceptibles al mutuo entendimiento. Eduardo Chillida, subconscientemente, lo ha logrado con estas esculturas. Como ha logrado también armonizar su arte personal con una obra realizada por varios hombres.

LA COMUNICACION POR LA PINTURA: JOAN MIRO

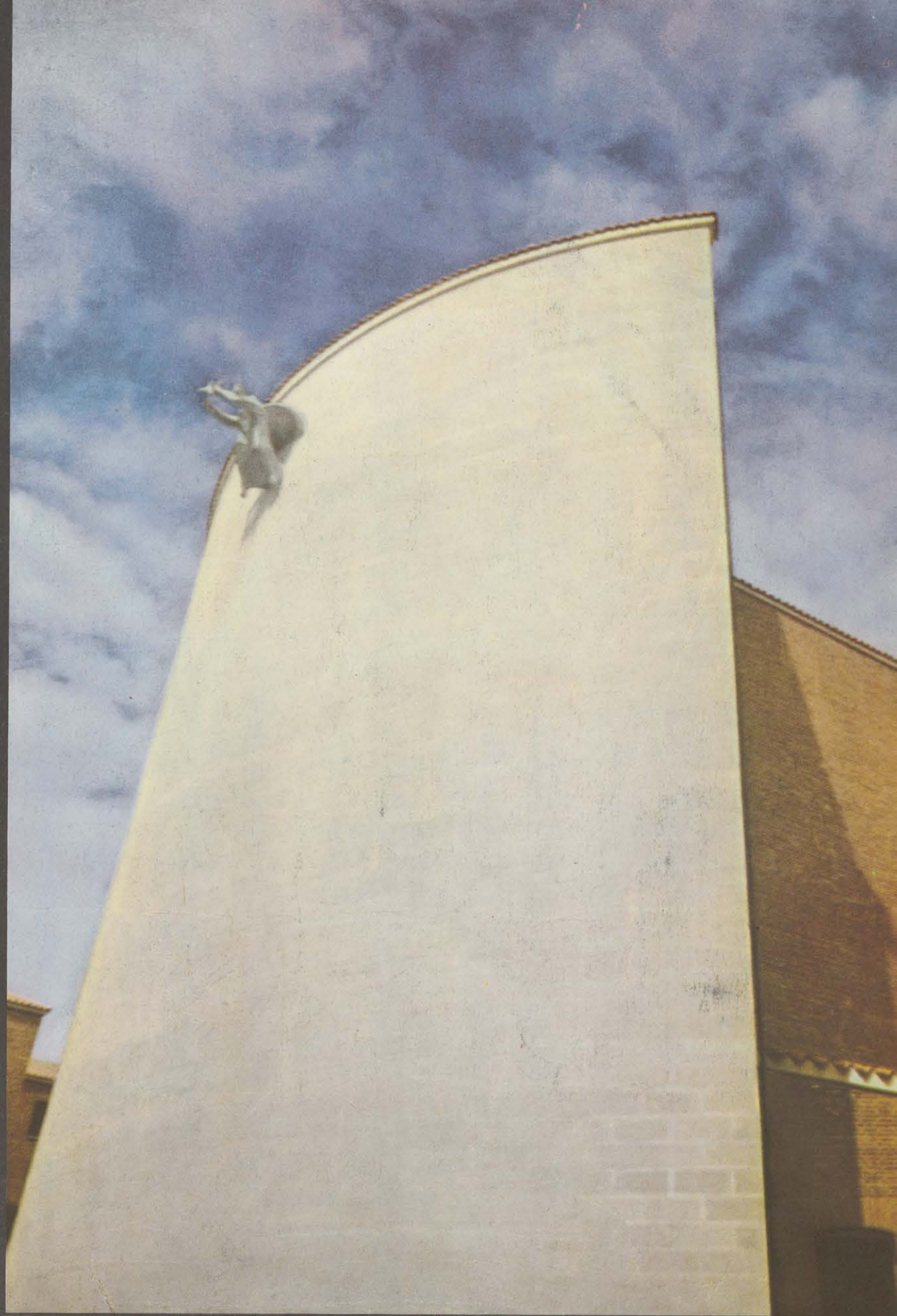
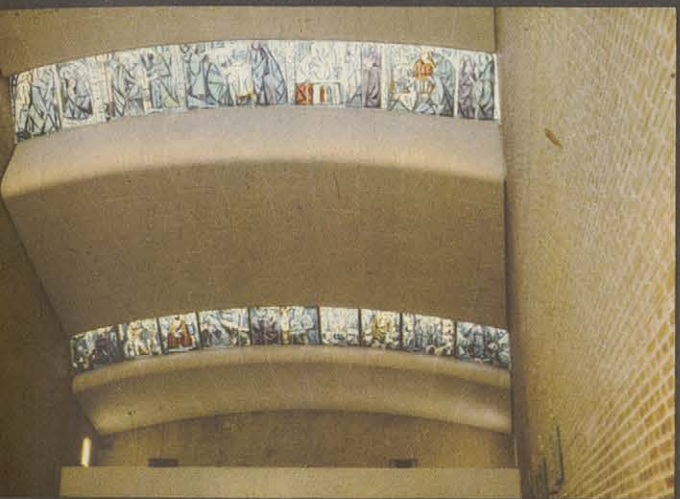
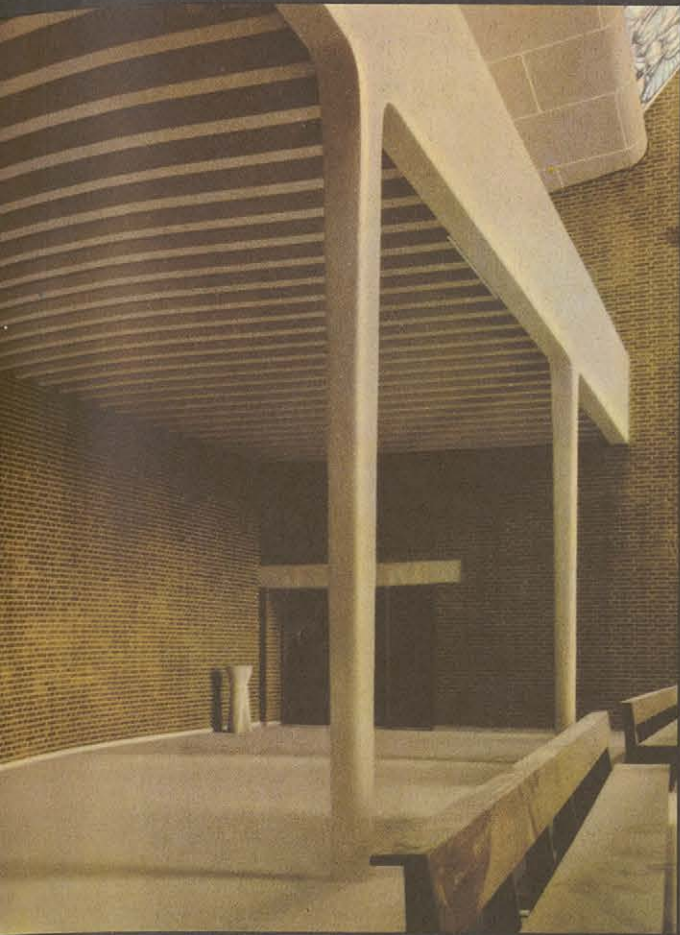
En la XXVII Exposición Bienal Internacional de Arte, de Venecia, le ha sido concedido el gran premio de Grabado al pintor español Joan Miró, una de cuyas originales litografías reproducimos.

CON Miró, la gran cuestión de la validez del «surrealismo» tiene que replantearse forzosamente. Tal vez ningún pintor del mundo haya logrado, como Miró, llevar los postulados surrealistas hasta su máxima altura. Más aún: tal vez sea Joan Miró el único pintor que ha logrado hacer del surrealismo algo más que un simple postulado teórico, estableciendo definitivamente lo que puede ser su concreción en el terreno pictórico. Lo que quedaba establecido en manifiestos no fué nunca, en el plano plástico, más allá de un automatismo, que era, sin embargo, de clara colaboración mental. Al surrealismo se le atacó, no sin cierta razón, porque necesitó de una literatura extraplástica adicional a la pura plás-

tica. El surrealismo, hasta Miró, fué un postulado cierto que no llegó a concretarse en una realización verdaderamente efectiva. Lo cual no quiere decir que todos los maestros que intervinieron en el desarrollo del movimiento no tengan una extraordinaria importancia como develadores históricos de una idea que estaba en el ambiente.

Con Miró, el surrealismo es, verdaderamente, realismo superior. Y, como tal, pintura que se comunica con los estratos más escondidos y más elementales del hombre. Miró procede no por un automatismo apriorístico y, por tanto, falso, sino por un automatismo de relaciones afectivas. En este plano se encuentra paralelamente al hombre de las cavernas y, como él, se libera mágicamente de las incitaciones mágicas del ambiente trazando la silueta íntima de las cosas.

Juan Miró puede darnos la pauta de lo que debe ser la comunicación en el futuro. En primer lugar, no ha entendido a su arte como una entrega a las minorías inoperantes. Grandes murales americanos acreditan su deseo de una expresión más directa. Pero es que, además, él nos está hablando en un lenguaje absolutamente real, enriquecido por otro tipo de realismo: el realismo de trasfondo de las realidades tangibles, el *realismo poético*. Por esa segunda dimensión, Miró alcanzó el grado de «realista superior».



LA iglesia de los Dominicos de Valladolid (España), obra del arquitecto manchego Miguel Fisac, es una muestra perfecta de la conjunción de todas las artes plásticas para lograr una totalidad armónica. Esta arquitectura ha nacido sabiendo que con ella tenían que integrarse la pintura y la escultura. El ábside necesitaba unir a su funcionalidad el lenguaje expresivo, y se lo dió la escultura de Oteiza. Las vidrieras son obra de José María de Labra. La escultura del altar mayor, de Capuz, y la de la entrada, de Susana Polac. Cristino Mallo realizó los relieves del Vía Crucis. El espacio de Fisac se hizo más comunicativo con la plástica y fué correspondido.





JUANA DE IBARBOUROU

Juana, te pienso aquí;
la dulce Málaga
presta un paisaje a tu remoto hechizo.
Es invierno y parece que el mar trae
hasta esta playa el signo de tu paso.
Lo has surcado, conoces ya el potente
ritmo que ofrece al alma que lo canta.
Tú, que en Amphion
le hablabas con ternura,
irás a Nueva York entre sus brazos.
Sus brazos de salobre melodía,
que a ti,
frágil y quieta ensimismada,
te estrecharán en posesivo impulso
como a un jazmín prendido a su cintura.
Yo presiento tu voz junto al oído
del coloso infinito;
tu voz, que eternidad irá dictando
sobre el cósmico origen de las músicas.
Fuiste en esta mi errancia sin fronteras
la herida quieta de una infiel nostalgia;
eras mi peregrina sin senderos,
mi quieto resplandor, la pausa de mis fiebres,
mi honda playa.
Y hoy, ya paloma, golondrina, brisa,
junco de amaneceres diferentes,
ala entregada al vuelo, quilla clara
por entre un maremágnun de ciudades.
Mientras te acerco a mí con frases rotas
va un paisaje de Málaga orillando
este ardiente monólogo en que rezo,
tu nombre, tu recuerdo.
Y este viaje, que ha sido
sorpresa tierna en mi acerada angustia,
flecha de júbilo al saber que miras
bajo cielos distintos el encaje
de este universo que te pertenece.
Has de hollar toda América,
tú América;
eres la soberana que comienza
a enriquecer de luz un Continente.

STELLA CORVALAN

POR AQUELLAS COPLAS

Cinturón de palmas
y añil en el cielo.
Pero ¡qué tristeza,
qué punzante anhelo,
bajo de esta máscara
de tierna sonrisa!
¡Y un día tras otro
se nos va la vida,
de prisa!

¡Oh, Jorge Manrique,
mi amor y mi ensueño,
desde hace ya mucho,
que tú eres mi dueño,
por aquellas coplas,
por aquel cantar,
y por tu corona
de inmortalidad!

Tírame esa rosa,
dame ese laurel:
beberé de ella,
dormiré sobre él.

¡Ay, Jorge Manrique;
ay, el del cantar,
que llevóme el sueño,
dióme el suspirar,

y hace que otro amor
sea hoy para mí
lejano, borroso,
cielo sin añil!

¡Ay, Jorge Manrique,
mi dueño y señor:
como si vivieras
te guardo el honor!

Vela sobre mí,
ven a mi anhelar,
baja de tu cielo
de inmortalidad,

porque yo te espero
como esposa fiel.
Tiene cinco siglos
este mi querer.

JUANA DE IBARBOUROU

JUANA DE IBARBOUROU



JUANA de Ibarbourou, la «Juanita Fernández» del poema autobiográfico o la «Juana de América» de siempre, ha confirmado en España su altísima significación poética al serle concedido el premio para la poesía instituido por el Círculo de Bellas Artes de Madrid, con el patrocinio del Instituto de Cultura Hispánica. Desde «Las lenguas de diamantes»—su primer libro, publicado en Buenos Aires—hasta «Romances del destino», transcurre una vida de mujer en constante dedicación a la empresa poética. Una empresa que trasciende las fronteras del Uruguay, su patria, para desparramarse por todo lo ancho del continente. Otra vez la poesía de una mujer de América, como antaño Sor Juana Inés de la Cruz o Gertrudis Gómez de Avellaneda, vuelve a los lares del viejo tronco de España para prestar nueva savia al idioma común de las páginas eternas. En la foto, Juana de Ibarbourou (a la izquierda del lector), acompañada de la también poetisa Stella Corvalán, autora del poema que publicamos en la página anterior.



TABLA DE NICOLO ANTONIO, «COLANTONIO»

EL GRAN TAUMATURGO DE LA CRISTIANDAD

POR DONDE VICENTE PASO NO TOMO CUERPO LA REFORMA

«El más grande taumaturgo de la cristiandad», escribe René Johannet, como un grito y un vitor de admiración sobrenatural, al empezar su estudio biográfico sobre San Vicente Ferrer. Y en la página siguiente, después de hacerse lenguas de la cantidad y perfil escalofriante de sus milagros, anota esta observación profunda: «Se puede señalar aproximadamente, todavía hoy, el ámbito de su acción

de apóstol contemplando el mapa del catolicismo europeo. Allí por donde Vicente pasó, la Reforma no pudo tomar cuerpo.»

Predicaciones y misiones estremecedoras, milagros colosales a centenares por diversos países de Europa. ¿Quién será capaz de inventariar sus sermones portentosos, cultos y populares a la vez, llenos de razón y de lógica, como buen dominico, como buen tomista, y al mismo tiempo fulgurantes, apocalípticos? ¿Y sus milagros? Fray Luis de Granada nos dice que los hacía como nosotros nos lavamos las manos. San Antonino, después de escrupulosa indagación, le atribuye veintiocho resurrecciones de muertos.

No es, pues, extraño que en los reinos peninsulares de España—Cataluña o Vasconia igual que Galicia; Andalucía como Castilla o Valencia y Murcia—y las tierras anchas de Francia, o norte de Italia, o Suiza, y algunas de Gran Bretaña, en toda esta gran parte de Europa, en fin, por él reafirmada en la fe de manera directa o indirecta, se conserve vivo y hondo, testimoniada por mil recuerdos materiales de su paso, la memoria y el culto del gran apóstol que mereció ser llamado el Angel del Apocalipsis.



PREDICACION DE SAN VICENTE (TABLA DE NICOLO ANTONIO)

Ahora bien: ¿cómo explicar que esa devoción a San Vicente Ferrer esté tan viva en muchos lugares de Europa que no le conocieron—Nápoles o Sicilia, por ejemplo—y en todas las tierras oceánicas que un día integraron el Imperio de España? Quizá hasta ahora nadie, que yo sepa, ha hecho observar—al menos con el enérgico subrayado que el caso merece—el hecho histórico de que San Vicente Ferrer fué el santo de los españoles de nuestro primer Siglo de Oro, y aun de toda la época áurea, por cuanto la gloria de su canonización, en 1455, que conmovió a toda Europa, se produjo en el momento de mayor expansión mediterránea española—siete años antes había conocido Nápoles la entrada triunfal de Alfonso V de Aragón, immortalizada en los mármoles del arco de Castel-Nuovo—y en el momento, por otro lado, en que las naves lusitanas de Don Enrique el Navegante—con las aportaciones y experiencias de marinos y navieros catalanes, mallorquines y valencianos—estaban realizando los grandes periplos transoceánicos, y unos lustros antes—cuarenta y tres años, exactamente—del Descubrimiento de América. Por otra parte, la canonización de los santos hispanos de los Siglos de Oro se produce, como es lógico, ya muy avanzada la época áurea. A Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de

Loyola y San Francisco Javier los canoniza Gregorio XV el 22 de marzo de 1622. Es decir, ya en pleno siglo xvii. San Pedro de Alcántara no sube a los altares hasta 1669; San Francisco de Borja y Santa Rosa de Lima, hasta 1671. Y San Juan de la Cruz, ya en pleno siglo xviii.

La canonización del taumaturgo valenciano, como hemos dicho ya, en 1455, fué decretada por el primer Papa valenciano, Calixto III, antes cardenal Alfonso de Borja, al cual, según afirman muchos biógrafos, el mismo San Vicente Ferrer había profetizado de niño el Papado y su propia canonización. Fué una canonización realmente clamorosa, tal vez única en la historia de la Iglesia. Clamorosa por el número de milagros que llegaron a constar en el proceso—ochocientos setenta y tres, y hubo que frenar el torrente de noticias, testimonios y documentos que llegaban de todas partes—y clamorosa también por el eco popular de tal glorificación, que en Roma se manifestó por aquellos gritos de «¡Dios la quiere!» con que las multitudes instaban a la jerarquía para que no se retardase tal exaltación, o en la procesión fabulosa que salió del templo dominicano de Santa María de la Minerva, una de las mayores solemnidades que ha conocido el pueblo romano, y que



hallaron eco en París y Londres, en Nápoles o Compostela, en toda Europa, singularmente en su Valencia natal y en la Bretaña de su muerte.

Calcúlese la repercusión psicológica que en los españoles del siglo xv había de producir esta glorificación clamorosa de una figura tan extraordinaria, singularmente entre los españoles que andaban lejos de la patria, precisamente en Italia por entonces, y los que luego se desparramarían por Centroeuropa, norte de África, América y Oceanía.

No es extraño, pues, que la devoción a San Vicente Ferrer sea tan amplia, geográficamente hablando, y tan honda en lo popular. Porque el santo, terrible en su guerra al pecado, poseía un corazón ternísimo, que se delata en casi todos sus milagros, algunos de una delicadeza y de un «dujo» como sólo pueden caber en corazón realmente diestro en el amor. En esto se parece a otro santo, también peninsular, nacido en Lisboa: San Antonio de Padua. En devociones hondamente populares ningún otro santo puede parangonarse, ni desde lejos, con estos dos taumaturgos, nacido cada uno en un flanco de la Península Ibérica: uno, junto al Turia, en el Mediterráneo; el otro, junto al Tajo, en el Atlántico.

Conversando con muchas gentes de América, asistentes al Congreso de Pax Romana, al saber que yo era valenciano, me hablaban de San Vicente Ferrer y me pedían noticias de sus huellas en la Valencia natal, asegurándome que era su devoción una de las más constantes y profundas entre el pueblo de aquellos países hermanos. Sucedió esta escena en Toledo, una mañana de Corpus, en la tribuna donde los congresistas, presididos por Joaquín Ruiz-Giménez, que luego había de ser embajador de España cerca de la Santa Sede y ministro de Educación, esperábamos ver el paso de la procesión. Me hablaron de altares innumerables en templos de grandes ciudades y en pequeñas parroquias de aldeas perdidas en la vastedad del continente virgen. Parecidamente puede decirse de Filipinas, donde es tan gloriosa la tradición dominicana.

En algunas ciudades que estuvieron engarzadas en la corona española, el culto y la devoción a San Vicente Ferrer son tan vivos como puedan serlo en Vannes y aun en la misma Valencia. En todo el reino de las dos Sicilias os encontraréis con innumerables testimonios de esta devoción, traducida en verdaderas obras maestras. En Nápoles, por ejemplo, sería interminable inventariar las (Pasa a la pág. 61.)



Como gloria moderna de San Vicente, este delicioso coro infantil, que lleva su nombre, en Nueva York.

UN DESTINO QUE NADIE IGUALO: SAN VICENTE FERRER

«¡DIOS LO QUIERE!», GRITABAN LAS GENTES PIDIENDO SU
CANONIZACION, QUE CUMPLIRA CINCO SIGLOS ESTE JUNIO

«SOLO PODIA CONTAR SUS MILAGROS QUIEN PUDIERA
CONTAR LAS ESTRELLAS»

A MANERA DE SINFONIA

El Instituto de España, o «Senado de la Cultura Española», como se le llama en el acta de su fundación, suele iniciar su curso con un homenaje a aquella egregia perso-

nalidad histórica a la que el ritmo de los aniversarios trae a nuevas actualidades.

Correspondió este año el panegírico a San Vicente Ferrer, porque en su mes de junio se cumple el V centenario de la canonización del gran taumaturgo y árbitro feliz del Compromiso de Caspe y el Cisma de Occidente, y en consecuencia, se congregaron en la de la Lengua o Española, que es la que ostenta el decanato, las ocho Reales Academias con sede en Madrid, es decir, el Instituto en pleno, lo cual infundió al acto una extraordinaria solemnidad.

A los pocos días, la ciudad de Valencia, tierra natal del Santo, inauguró el centenario con no menor decoro, si no superando la festividad académica, ya que abrió el programa de las que le corresponden con una manifestación popular, aunque bajo la presidencia de las autoridades, y a la cabeza de ellas la eclesiástica, en la misma catedral donde tantas veces predicara San Vicente Ferrer, cuyo púlpito se conserva, bien que tapizado, por respeto, desde los tiempos del patriarca Ribera, que son los de Felipe II.

Celebróse la primera sesión el 8 de enero, con un carácter, como era lógico, eminentemente literario, y el 22, la que calificaremos de cívico-religiosa.

Ocupaban la mesa de la Academia Española el ministro de Educación Nacional, el patriarca de Indias y obispo de Madrid-Alcalá—presidente del Instituto—, el secretario perpetuo de esta Corporación y los ilustres delegados de las demás Academias, insigne conjunto de personalidades, sobre las que se destacaban la efigie de Felipe V y la de Cervantes, cabecera invariable del salón. En torno suyo, en el estrado, miembros de las ocho entidades—Española, Bellas Artes, Historia, Medicina, Ciencias Físicas y Naturales, Ciencias Morales y Políticas, Jurisprudencia y Farmacia—, de uniforme, frac o chaqué, viéndose también algunos hábitos sacerdotales, entre los que resaltaban las capas de los prelados. Ni un solo sitio estaba vacío, cosa que igualmente ocurría en la parte destinada al público, selectísimo y con abundancia de damas, tras las filas de asientos reservados al Cuerpo diplomático y a los invitados de honor. Finalmente aparecía, a un lado de la mesa, un gran lienzo del maestro Sotomayor, director del Museo del Prado, magnífica pintura que representa a San Vicente Ferrer en una de sus misiones apocalípticas.

En cuanto a la magna asamblea de la catedral—miles de almas, desbordado concurso que invadiera las naves, y mantenido el templo en una propicia penumbra, con destellos de los altares y las vidrieras, si el salón de la Academia deslumbraba con todas sus lámparas encendidas—sirvió de tribuna el baldaquino que se halla debajo del cimborrio, insuperable obra gótica del siglo XIII, habiéndose colocado en el altar una imagen de plata de San Vicente fechada en 1500. Oceánica impresión daba la enorme multitud, rica en grupos monásticos; las mujeres con la mantilla, y el arzobispo titular, y otro, y un obispo, en el presbiterio. Sentada en bancos y sillas, muchísima gente, y muchísima más en pie, alrededor de la masa central. Asistió en pleno el Cabildo. Y fué nota en extremo simpática la presencia

POR

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

de los *xiquets de Sent Vicent*, niños huérfanos, vestidos de dominico, pertenecientes a la fundación que para recogerlos y educarlos hiciera el apóstol, y que todavía perdura, diestramente gobernada. Distintas emisoras transmitieron las palabras que allí se pronunciaron, de modo que su resonancia se extendió por la capital, con su tierra y su mar.

Tanto el Instituto de España como el Ayuntamiento de Valencia se dignaron honrarme a mí con el abrumador encargo de que llevase su voz, y al distinguirme ahora MVNDO HISPÁNICO con el de que evoque e invoque la cegadora figura de San Vicente Ferrer, pienso que nada será mejor, dentro de la modestia de mis recursos, que seleccionar lo más significativo y útil de las dos oraciones, fundiendo en una sola los pasajes esenciales de entrambas. ¡Quién me diera lanzarlos con mi propia voz, como ha venido siendo durante años y años, en que brindaba a Hispanoamérica lo mejor de mis ideas y mis sentimientos! Vaya a vosotros, mis auditorios inolvidables, el testimonio de una gratitud que no se extinguirá nunca.

PINTURA O TALLA DE SAN VICENTE FERRER

Heme aquí en funciones de lazarrillo. Ni yo soy, evidentemente, el muchacho que suele desempeñar el oficio del pícaro del Tormes, ni es ciego el fraile al que precedo y que se apoya en mi hombro; pero lo parece, por la indecisión de su marcha, como no esté confundido por el resplandor que le envuelve sin que nosotros lo advirtamos ni lo sospechemos. El hábito dominico, de olor de oveja, en el abundante vuelo de su lana, sobre el que también flamea el negro manto, sofoca un cuerpo ya escurrido, sin perfiles ni aristas, del que un brazo se ahogó en la crasitud de las ropas, mientras que el otro, con su pulpa mustia, que recuerda la marchitez de los lirios, estremécese y tiembla de pronto, por el afán de erguirse, el dedo índice en alto, como lo vieron los pueblos medievales, para los que significaba el rayo de la ira del Señor. Aquella mano semioculta en la desbordada manga, aprieta al pecho un libro, encuadernado en pergamino, como si envolviera sus folios un cráneo de huesos blandos y en láminas flexibles: nunca se olvidó el bienaventurado de que le acompañase la Biblia, la cual, de noche, valiale de almohada. Su cabeza, que durante más de medio siglo practicara una mutua maceración, interna y externa, con el códice y las Sagradas Escrituras, hasta arrebatarles a éstas y encarnar, por ejemplo, el Apocalipsis, surge aislada en mitad de los pliegues, a la manera que la dé las aves sin gola de plumas, y el cordaje del cuello, la laxitud facial—aunque con sendas ascuas los pómulos—, la palidez de las mejillas, borrosas de pelo, que la predicación en los caminos no consiente navajas de refinamiento, y, por último, una calvicie que dispersó la religiosa corona, de la que restan como vestigios leves y blancos mechones, ofrecen el testimonio del ascetismo, la fatiga, el anhelo insaciable, las dolencias, la total y definitiva ancianidad. Sí, la boca palpita en silencio, volcán reducido a sus vaharadas de humo, y la mirada refleja los panoramas que el cielo le abría en recompensa de sus trabajos. Sólo que las memorias de lo divino contribuyen a dramatizar el terrenal espectro.

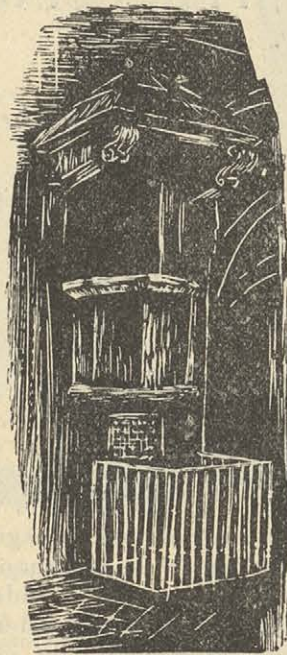
Un rasgo sonrío, por contraste, y aludo a la especie de solideo que ciñe y redondea la testa, si bien no suprime la calva, que se presiente en la desnudez de las sienas. Trátase del *barret* valenciano, gorro de punto que reclamaban a cierta edad los patricios inclinados a los usos populares y que garantizaba la categoría de los también maduros maestros de gremio. El notario, su padre, lo aprovecharía en defensa contra la humedad de su oficina o *estudi*, y Jaime Jacomart, pintor de Alfonso el Magnánimo y del Papa Calixto III, retrató o invocó al teólogo con dicha prenda, si recurso ante el frío de las extranjeras comarcas a que lo arrojó su apostolado, prueba pintoresca cuanto indudable de la fidelidad del constante peregrino a su valencianía, que era del alma como de la sangre.

Y así el santo Vicente Ferrer avanza con la ayuda del lazarrillo. Mi función, por lo demás, justificase con la llaga que el taumaturgo tiene en una pierna y que impidele mantenerse en pie. Y él, sanador de enfermos incurables, resucitador de muertos, no quiso trazar en la úlcera la cruz con la que realizaba los milagros. Gozabase en la herida como un cilicio providencial. Iba por fuerza en un borrico y al apearse recogíanlo sus legendarios seguidores. No lejos quedaron ahora mismo el asno y los disciplinantes en copiosísima muchedumbre. Si aguzáramos el oído, escucharíamos el rumor de la gente, que aguarda con impaciencia el retorno de su adalid.

PRINCIPIO Y FIN

No responde ciertamente el espectáculo de tanta decadencia a la gloriosa tradición vicentina, en la que los triunfos se aglomeran como el oro y la grana en los crepúsculos estivales.

Ya daremos con los honores que la Iglesia y el trono rindieron al árbitro de los máximos problemas



de la política y la religión. Desearía entre tanto exhumar los prodigiosos sucesos de Valencia en el mes de enero de 1350 y de Vannes en el de marzo de 1418. Son lugares y fechas simbólicos de un destino no igualado por nadie.

Guillermo Ferrer oyó en sueños a un dominico que en mitad del sermón le apostrofaba, revelándole que el hijo que iba a nacerle sería también predicador y de una portentosa virtud, y Constanza Miguel, su esposa, habiendo consentido a una pobre mujer ciega, a la que socorría de antiguo, que apoyase la cabeza en su vientre, henchido y palpitante, unió su voz a los gritos con que la infeliz, que acababa de recobrar la vista, vaticinaba la santidad de la criatura. Aun cuando los hechos inmediatos y públicos con-

firmaron la veracidad de tales predicciones, o sea, que no eran inventadas, cabe remitirlas al histerismo inclusive; pero lo que luego acaeció, registrado está en documentos perfectamente históricos; y fué que el Consejo de la Ciudad, movido por el fervor que por instantes crecía en plazas y calles, acordó apadrinar al niño, al que, a vuelta de circunstancias sugeridoras, se le puso el nombre que significaba *Vencedor*. Conviene recordar que no existían precedentes de parecidas honras y mucho menos a una familia no encumbrada, aunque respetable. Únicamente se atendió a las señales y el presentimiento de la voluntad del cielo. Y he aquí la comitiva, con el *Jurat en cap*, y otros dos regidores, vestidos de ceremonia, y la madrina, doña o N.^a Ramona de Eucarroz y Villaragut, dama principalísima, la cual resplandecía de joyas. Escoltaba a este grupo central la nobleza, como a él lo presidía el recién nacido. Y delante, y alrededor, y detrás, pueblo, pueblo, con su algarabía. En la misma puerta del templo, el de San Esteban, desde entonces peculiarmente querido por los valencianos, esperaba el cura, que se llamaba, para colmo de sabroso y coloreado localismo, *Pere, Perot*: Fr. Perot Pertusa. Decidme: si nos remontásemos en busca de algo que en los anales del mundo autorizara y protegiera dicha consagración, que no bautizo, ¿no desembocaríamos por fin en el portal con el Jesusito y con los Reyes y los pastores?

Veamos cómo la muerte cerró el arco que la vida iniciara con una apoteosis. Trasladémonos a Vannes, que suspiraba por el apostolado de Fray Vicente Ferrer. Media legua se adelantaron el obispo, el Cabildo, el clero, los señores y la plebe. Segunda recepción en los campos habíale preparado los duques soberanos y su corte. El oro y las sedas abrillantaban la opacidad de la atmósfera, los vítores rebotaban en el bajo y plomizo nublado. Fray Vicente montaba su borrico, que, siendo peninsular y aragonés, parecía ser el de Jerusalén. Amparaban al anciano, pura vaguedad corporal, exprimida en la fulgente mirada, sus flagelantes, y uno le sostenía el pie del lado de la herida, cuyo tobillo marcábase en la media con una amarillenta mancha, vestigio del camino. He ahí los muros y sus huecos, igualmente sombríos, oxidados el aire y las piedras por un aliento de mar, que no se acababa en las bretonas llanuras, estériles o con verdes densos de humedad, mojados. ¡La tremenda visión! Un aquelarre yacía en el interior, al acecho del taumaturgo: cojos, mancos, paralíticos, monstruos indefinibles, esqueletos que se arrastraban, caras tapadas con paños, garras roídas, carne tumefacta, ademanes o falta de la palabra, la inmovilidad próxima a la definitiva... Todos los miserables de la fortuna y de la anormalidad física o moral congregáronse allí, con sus muletas, el cajón con ruedas, retazos de tapiz, báculos, harapos, el perro resignado a las dolencias de su amo y al hambre; juntáronse por la común esperanza del prodigio, celoso el prójimo de su vecino, por si éste le arrebatara la gracia, y cuando avistaron al remedador maravilloso, infalible, rompieron a una en un rugido encolerizado o suplicante, que removió el quieto hedor de la costra, ante lo que recularon los magníficos cortejos, quedándose en medio del estercolero Fray Vicente con su asno. Y el milagro se hizo. El signo de la cruz—cuentan numerosos testigos que han dejado escritas sus memorias—, repetido con la mayor extensión del brazo, curó de repente a aquel desenterrado cementerio, que estalló con la locura del júbilo de la salud, que era la de la libertad, mientras se lanzaban a lo alto los ya innecesarios palos, rollos de vendas y demás aparatos de maldición. El propio San Vicente—refiere uno de los historiadores de la maravilla—salió de su debilidad, y transfigurándose, como le ocurría al ponerse a predicar, clamó por encima del espantoso tumulto, que derivaba hacia la orgía; clamó, desde una cumbre imaginaria, a nadie que no fuera el Inasequible: «¡Toda la gloria y todo el honor a Vos, Señor, y a vuestro Nombre!»



AQUI una charla en exclusiva para los lectores de MVNDO HISPÁNICO. Una charla de Federico García Sanchiz, que ha hecho de este charlismo nuevo género literario. El término cobra matices nuevos y queda empujado a distinta acepción, rica y multicolor. Es una rara y bella conversación sin respuesta. Las conmemoraciones de San Vicente Ferrer, cuya canonización cumple ahora cinco siglos, habían de tener en MVNDO HISPÁNICO voz y culto adecuados, que ha tomado a su cargo don Federico García Sanchiz. La cuna «pequeña» de ambos, Valencia, y un ímpetu paralelo de expansión de la española, salvadas las naturales diferencias, certifican una cierta identidad entre el santo y su intérprete charlista, académico de la Real Española y hombre especialmente dotado para entender al taumaturgo apocalíptico.

Muy a fondo penetró el río de la fama vicentina en el océano de la posteridad, enrojeciéndolo largo trecho, cosa harto explicable, y he aquí algunos testimonios irrefutables, solamente algunos y de los primeros que acuden a la no apremiante convocatoria.

Aquel preclaro mosén Vidal de Blanes, al que los eruditos celebran como marmesor o albacea de Ausias March, donó, en cumplimiento de la voluntad del altísimo poeta, una considerable cantidad, destinada a la construcción de la primera capilla consagrada a San Vicente Ferrer en el convento de Santo Domingo, por él inmortalizado. Imponderable confesión, como de ultratumba y reforzada con hechos positivos.

Hállase en el *Cancionero de Baena* una canción de Ferrán Manuel de Lando, hidalgo sevillano, a quien el marqués de Santillana ensalza, y las tales coplas son en honor del «Maestro Vicente, devoto esmerado—Que así nuevamente nos es enbiado—De Dios glorioso, nuestro Salvador». Y afirma versos adelante: «Por ende, señores, sin dubda creamos—Que bive alumbrado de gracia divina.» Y cierra: «Mi simple juicio le da la corona—Y así concluyo aquí finalmente.»

Cisneros recomienda su concepción ascética, estampada en su tratado *De vita spirituali*, y Jerónimo Zurita habla «de aquella santa persona Fray Vicente Ferrer, que era ejemplo muy esclarecido de toda religión, justicia y penitencia; cuya predicación, obras y vida eran tan maravillosas en toda la cristiandad».

Oigamos a Fray Luis de Granada: «No hubo milagro de los otros santos que no hiciera también Vicente.» «Sólo podría contarlos—añade—el que pudiera contar las estrellas.»

Mariana, difícil Mariana: «A Fray Vicente, por su santidad y grande ejercicio que tenía en predicar, encargaron el cuidado de razonar al pueblo...»

Y Lope de Vega, por último—¿y quién si no el monstruo de españolismo había de sacar de la entraña suya y la de la patria las figuras esenciales?—; Lope de Vega planta en *El caballero de Olmedo* una escena de Don Juan II y el Condestable de Luna, y el monarca dice, con relación a una reforma en el traje de los moros y los judíos:

«Quiero con esto cumplir,

Condestable, los deseos
de Fray Vicente Ferrer,
que lo ha deseado tanto.»

Y replica don Alvaro:

«Es un hombre docto y santo.»

Advertirá la crítica el anacronismo de la situación, puesto que el uso del tabardo en los hebreos y del capuz en los musulmanes lo ordenó la reina Doña Catalina, en Valladolid, siendo ya rey Don Juan, pero de siete años de edad. Exacto. ¿Mas no atestiguan precisamente el error la veneración que sus contemporáneos sentían por San Vicente, aclamado, en efecto, por el pueblo, y al entusiasmo popular se juntaba el de los sabios, como *el hombre de Dios*?

Atiéndase ahora a la resonancia de la misión del apóstol. Brota y se extiende la imprenta, y los sermones no cesan de imprimirse, valiéndose cada editor de los apuntes que tomaban los discípulos, en la medida que se lo permitía su emoción. Amberes, Basilea, Colonia, Estrasburgo, Maguncia, Milán, Nuremberg, Venecia y Lyon a la cabeza, con gran ventaja, rivalizan en multiplicar los arrebataadores textos, de más en más codiciados. Tres ediciones registran los bibliófilos en España, ya tardías y de una sola prensa: la del valenciano Joan Navarro; una de Valladolid, de 1546, a costa de Andrés Fanega, y otra de Alcalá de Henares, 1588, en casa de Sebas-

tián Martínez. Nos resarcimos a fines del siglo XVIII, gracias a la espléndida y reivindicatoria publicación del arzobispo de Valencia, Fray Juan Thomas de Rocaberti. Sigo para estas noticias a las autoridades en bibliografía, las cuales afirman que de pocas o ninguna obra produjo el extranjero el número de incunables que del sermulario de San Vicente Ferrer.



EL COMPROMISO DE CASPE
Y EL CISMA DE OCCIDENTE

Pero nada indica el crédito de Fray Vicente como su intervención en el Compromiso de Caspe y en el Concilio de Constanza, para los que se le reclamó, y entrambos debiéndole la solución, cuyas felices consecuencias todavía perduran.

Conviene desposeer aquí al bienaventurado de su aureola, dejándolo en hombre de Estado y en diplomático, bien que insuperables. Porque no utilizó ni en uno ni en otro caso sino su poder terreno y personal, y harto lo demuestra el que no convenciera de su obligación de dimitir a Pedro de Luna, al que acometía con la ineficacia que el mar a las rocas de Peñíscola, que continuaban siendo las de Benedicto XIII. Hubiera bastado un mandato del taumaturgo. ¡Oh la testarudez del antipapa! ¿Responderá, obedecerá Pedro de Luna a la Resurrección de los muertos?

Se eligió a Fray Vicente de compromisario en Caspe por la fama de su juicio y su virtud, traducidos en irresistible elocuencia, y él, único juez sin dignidades oficiales, impuso como heredero de Martín el Humano al infante de Castilla y lo proclamó en la plaza caspolina con voz sin posible réplica. ¡Cuánta ejecutiva autoridad, en medio del embarazo de las ceremonias sagradas y reales y de la amenaza de las armas! Pues no se trataba más que de un simple religioso mendicante. El que, en fin de cuentas, hizo la patria española, que, sin duda, está hecha por mano de santo.

Y en lo que atañe al Cisma, ¿qué habrían importado la inapelable decisión del emperador y la generosa renuncia de Gregorio XII, si Aragón, Castilla y Navarra no se separan de la obediencia de Benedicto? Fray Vicente Ferrer dictó y obtuvo la salvadora medida, realizando el indecible sacrificio de repudiar—¡aquellos sermones, el de *Le ofrecieron presentes* y el de *Ossa avida audit Verbum Dei!*—al Pontífice que quiso nombrarle obispo y cardenal, que le prefería a cuantos le rodeaban, de quien fuera confesor; y a costa de tan enorme desconsuelo íntimo, contempló a la Iglesia universalmente consolada. Gerson, Juan Charlier Gerson, embajador del rey, de la Universidad y la diócesis de Sens, alma del Concilio de Constanza, le escribía: «A no ser por vos, jamás se hubiera llegado a semejante acuerdo—el de la desobediencia—, gracias al cual, que es

obra vuestra, todos los que nos hallamos aquí esperamos alcanzar en breve el bien tan deseado de la paz.» Y en la bula de canonización se lee: «Cuando la vestidura inconsútil de la Iglesia de Dios se vió despedazada, trabajó mucho, y no en vano, para que se uniese y unida se conservase.»

ELOCUENCIA

Convendría que los eternos detractores del verbo —¡dichoso aquel que lo recibiera como gracia inalienable!—recapacitaran y al fin admitieran que si, como decían los clásicos, el hombre supera a los animales por la palabra, por la elocuencia supera a los hombres el orador.

¿Lo fué San Vicente? No, si nos atenemos al sometimiento a leyes y preceptos y al resultado de la escolástica enseñanza: así como Paracelso quemó los libros con la ciencia y el arte de Galeno y Avicena, bien pudo San Vicente Ferrer prescindir de Cicerón y Quintiliano, como, en efecto, sucedió, y condeñando de añadidura a la grey que peroraba en sagrado con citas de romanos y griegos. Superfluo es averiguar después de esto si combinaba el método académico y el ímpetu del predicar, que viene de arriba, según solía Bossuet. Bravo dislate unir entrambos nombres: Vicente Ferrer y Bossuet. Como el de enlazar a los retratistas ingleses del siglo XVIII con don Francisco Goya. Este era capaz de acabar con la más equilibrada y estable de las Cortes, y aquéllos, por el contrario, garantizaban con su amabilísimo arte la que les nutría y colmaba de honores. El inmortal Bossuet de los panegíricos, el que identificaba a la Providencia con los monarcas, con Luis XIV, es sencillamente incompatible con el apóstol y el profeta de fuego, con el *Legado a latere Christi*. Entonces, y puesto que orador no, ¿sería un predicador en el estilo del beato Diego de Cádiz? Le sobaban preparación teológica y genio para que le pongamos al nivel del famoso, justamente famoso, capuchino, porque arrebataba, mas con llamadas sin brasas de sustancia y saber. San Vicente tenía en sí un poder que estaba por encima del oral, y si en los traslados, que debemos a sus discípulos, cabe rastrear las huellas de un modo de predicar a lo dominico—de consentidos y apetecidos rasgos de casta y temperamentales, y de la Biblia, todo lo cual compone una originalidad con desigualdades, pero siempre fascinadora, desde las onomatopeyas a las metáforas—, y no se desdén el juego de la voz y mucho menos la maestría de la expresión facial y los ademanes, privilegio mediterráneo; a buen seguro que sus inmensos auditorios, ajenos y extraños al análisis literario, así que le veían llegar con su aureola, rendíanse de antemano, para estallar con delirio a poco, aguijados por el milagro personificado del taumaturgo.

La exclusividad con que se inspiraba en la inminencia del juicio final, no por un prurito suyo, sino porque en ella creía su época, y porque era designio de Dios, según los teólogos, castigo de que salvó a la humanidad, en opinión de las mismas autoridades, el arrepentimiento de las masas que provocaba el taumaturgo, sublimemente lo arrebató hasta proclamarse el *Angel del Apocalipsis*, y como tal conmovió al mundo, con la victoria de la fatídica trompeta sobre los supremos períodos del arte.

SANTOS ESPAÑOLES

Con todo, generalmente se olvida de incluir a San Vicente Ferrer en la constelación de los santos nacionales, dígame oficiales, que son Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. En su célebre memorial por el litigio del *Patronato de Santiago*, que los carmelitas deseaban extender a la doctora de Avila, protesta Quevedo: «Y al cabo, Señor, yo, que adoro de todo corazón el milagroso nombre y la santa vida desta gloriosísima Virgen Teresa de Jesús...» Salvando las distancias, en lo que a mí respecta, vaya por delante el testimonio de mi mayor devoción a los grandes bienaventurados con quienes cotejaré—¡no, enfrentar, no!—a San Vicente Ferrer, en un paralelo o especie de Plutarco a lo divino.

Santo Domingo, heroico entre los héroes, sanó la Francia, con particularidad a la nobleza, presa escogida del error albigense; padeció voluntarios tormentos por amor a Cristo y en expiación de las culpas ajenas; fundó la Orden que ilustraría Universidades y Concilios, y daría a la Iglesia muchas de sus más altas jerarquías, y construiría en parte principal la América de las almas. Santo Domingo, además, instituyó el rosario; la Virgen de esa advocación fué la de Lepanto, y la que capitaneaba la Flota de Indias y la Nao de Acapulco, y alabado sea Dios, que me ha permitido a mí, por apasionado peregrino de la Española, venerar las respectivas imágenes: la Galeona, de Cádiz, y la de Manila, que allí la guardaban los dominicos desde la separación de México. Santo Domingo, en fin, iba a una con San Francisco de Asís, que los españoles queremos como a cosa propia, y cuyo hábito nos suele enterrar en el curso de las generaciones. Pero San Vicente liberó a pobres y a ricos en Francia, en Italia, en Suiza, en Inglaterra y en España, y no de una exclusiva herejía, que resistió inclusive los gérmenes precursores del Renacimiento, con su inmoralidad, más terrible por bella, y de la Reforma, por la que tembló Europa. La Sinagoga mudaba su culto, y la toledana conserva su efigie. El celo por cristianar a los moros condújole a Granada, para confusión de los alfaquíes. Desempeñó cátedras en las escuelas dominicanas y decidió la fundación de la universitaria de Valencia. Claustro andante era su ejército de penitentes, que segaron el rosario con la sangre de las disciplinas. No pensó en meterlos en otros muros que los espirituales, como había renunciado a la mitra y al capelo. Sentíase extraño al mando organizado y seduciale el del viento y el sol, libres y todopoderosos. Certera significación se descubre en la circunstancia de que no visitara nunca a Roma, asiento de la autoridad. Por eso no se resolvió a fundar nueva Orden, aparte su fidelidad a la que estaba unido por predestinación. ¿No fué, sin embargo, más vicentino que dominico San Luis Beltrán y no le imitaban los misioneros de las Indias? Durante décadas y décadas se respiró en el mundo el hálito del taumaturgo, y de él dijo su contemporáneo el arzobispo de Tolosa: «Desde el apóstol San Pedro ningún predicador de la Iglesia pudo compararse con San Vicente.» Mas ¿a qué detenerse en buscar diferencias en lo homogéneo, lo indivisible? Sabido es que los dos patriarcas, Santo Domingo y San Francisco, acudieron juntos a fortalecer al hermano en que se miraban con una radiante felicidad. Y Jesucristo iba con ellos y curó con un toque de su diestra a Vicente, que agonizaba, y en tal punto arranca la etapa de los largos últimos años de la predicación en llamas y con la trompeta del juicio final.

La similitud de la obra de Domingo de Guzmán y la de Vicente Ferrer excusa mis prolijidades, y suficiente será limitarse con San Ignacio y San Francisco Javier a los rasgos de superior relieve. San Ignacio montó una milicia en apoyo de la Iglesia, y esa milicia combatió con fortuna inmortal en Trento. Pero San Vicente no luchó contra los enemigos de la Iglesia, sino que salvó a la Iglesia en ella misma, y de ahí que Constanza no dejara un rastro de vencidos que se resisten a someterse. Fué la característica de San Francisco Javier su temple individual, que sintetizaba el de una raza indestructible, por lo que un solo capitán realizó conquistas que requerían legiones de cruzados. Pero San Vicente resumió en sí el Apocalipsis.

Respetemos el deliquio de San Juan de la Cruz, pasemos por su lado con el alma descalza. También San Vicente se evaporaba en el éxtasis, paradójica evaporación, que al par era destilación, gota a gota. Pero en despertando, lanzábase a sus campañas. O no ser dominico, cuya simbólica antorcha, más que iluminar a quien la sostiene, prende fuego a su alrededor, o no ser tampoco levantino, es decir, del país donde se vive al aire libre y en que no se podría esquivar la comunicación con la gente, inflamándose en caridad la de San Vicente Ferrer con el prójimo.

¡Santa Teresa! ¡Santa Teresa! Cómo se reiría Santa Teresa, con aquel su donaire, ante una cuestión tan absurda como la de tasar y ponerles precio a unos españoles inapreciables. Y después se sonreiría con una diáfana malicia, al contarle San Vicente sus tretas, cual la de cortar las discusiones de una mujer con su marido, obligándola a llenarse de agua milagrosa la boca, y el milagro consistía en que no hablase. Y la sonrisa resplandecería cuando el gran predicador repetía conceptos y juegos imaginativos de sus sermones; verbigracia: «La Virgen concibió sin pérdida de su virginidad, como la luz toma los colores de una vidriera sin romperla.» «Jesucristo está en todas las hostias consagradas, como mi voz en todos los oídos.» «Si Dios no nos perdonase, habiendo perdurado nosotros, seríamos más que Dios, y eso no puede ser.»

LOS MILAGROS DE SAN VICENTE FERRER

Ciertamente, la mujer que recobró la tranquilidad conyugal con un buche de agua no interpretaría el remedio como lo que era, un gracioso ardid psicológico, sino que se consideraría favorecida con un milagro. ¡Cuántos y cuántos no hizo San Vicente! En tal punto sí que no admite competencia ni en España ni en la redondez del orbe. Bien se dijo que su vida constituyó un desafío constante a la naturaleza y la razón y que llegó a borrar lo maravilloso en fuerza de prodigarlo; trocó la excepción en monotonía. Son incontables los prodigios de su santidad; pasan de mil, de dos mil, de tres mil, los que efectuara con la cruz de su mano, y todavía no se ha extinguido la taumaturgia de sus huesos, de sus ropas, de los objetos que consagró nada más que con tocarlos: de la casa natal, con su *pouet* o pocito, y de la tumba. Y jamás se carece de la correspondiente prueba. Relata el Padre Fages, benemérito biógrafo vicentino, la escena de un obispo que declaraba en el proceso de canonización. No se le dispuso de bajar de su sitial, y al preguntarle si influyeron en él ruegos, dádivas o cualquiera otra consideración humana, contestó, como si actuase por todos los demás testigos: «Sólo el amor a la verdad dicta mis respuestas.»

Añádase que los milagros de San Vicente derramaban vigor y brillantez, a veces incluso alegría, y siempre sedujeron con una artística plasticidad. Era el temperamento mediterráneo, de exuberancia irrefrenable.

Por lo pronto, la misma persona. Allá va el Padre en su asno, al frente de la tropa de disciplinantes, a un lado los hombres, al otro las mujeres, por igual vestidos con túnicas penitenciales y un crucifijo en alto, como una bandera. El altar, improvisado en medio del campo. Desfallecido estaba San Vicente, mucho le costaba andar. Revivía con la misa, servida de músicos y cantores, que figuraban en el séquito. Ya se había congregado una ciudad con su censo entero. San Vicente subíase a una piedra. Estallaba de potencia. Susurra su apelación invariable: «¡Bona gent!» La buena gente, italiana, francesa, suiza, entendía el valenciano en que se expresaba el predicador. Y el don del Espíritu Santo cada mañana renovaba la Pentecostés.

La riqueza de personalidades que integraban la de San Vicente Ferrer infundía distinto sentido a sus milagros. Profeta, apóstol, árbitro de villas y ciudadano callejero, alcanzó la grandeza del Antiguo Testamento cuando en Salamanca resucitó a un muerto que llevaban a enterrar, para que los teólogos, que le escuchaban con recelos inquisitoriales, no dudasen de que era el *Angel del Apocalipsis*, como acababa de afirmarlo; la caridad de los Evangelios, en la liberación de endemoniados y curación de ciegos, tullidos y leprosos, que por doquier realizaba; una elocuencia cívica al asegurar a los barceloneses que, pese a la tempestad, entrarían las velas o barcos con el trigo de que se hallaban necesitadísimos, y entraron; y una amenidad anecdótica en multitud de ocasiones; por ejemplo, aquella en la cual ordenó a un albañil que se había caído del andamio que esperase en el aire a que el prior, que le tenía prohibido milagrear, le levantase la prohibición, con lo que fueron dos los portentos. De esta última clase, risueña y pintoresca, son eco encantador los *Milacres*, que en determinados barrios de Valencia, puesto el tablado en la plaza, representan unos niños, con tierno júbilo de los viejos, quienes a su vez los representaron en su infancia. La Tradición empollando generaciones vicentinas.

LA CANONIZACION

¡La canonización! Postrera apoteosis de Vicente. Muy al contrario que en sus humanas empresas, admirémosle en el deslumbramiento de su gloria, transfigurado el fraile pálido y exangüe, salvo el fuego negro de sus ojos, en el apóstol, el profeta, el *Angel del Apocalipsis*, el *Legado a latere Christi*, y el bienaventurado con alas y la trompeta fatídica, con la llama en la frente, el nimbo áureo y la desplegada filacteria, flotante sobre su cabeza, que pregona y conmina: «*Time Deum et date illi honorem...*»

Agitación heroica en la figura, glorioso barroquismo, viento del respirar, sombras de ademanos decisivos, ecos inextinguibles de una furia aterradora

y de unos arrullos ternísimos, luz que ansia los colores. Porque su país de Levante infundió al hijo bienamado una vitalidad distinta en absoluto, por ejemplo, del resbaladizo consumirse del extremeño San Pedro de Alcántara, el que parecía hecho de raíces de árboles y tenía muy lindo entendimiento, según lo definió Santa Teresa; la secreta seguridad de San Ignacio de Loyola o la pética dureza, con la entraña viva, como en los acueductos, del castellano Santo Domingo de Guzmán. Sí; existe una geografía de la santidad hispánica.

En lo alto de dos escalas, separadas en su base y unidas por arriba, yérguese San Vicente Ferrer. Por una suben los enfermos y lisiados que ya no lo serán, los muertos que resucitan, los moros y los judíos que se convertirán, los enemigos que habrán de reconciliarse, los poseos a los que se liberará del demonio, los embrutecidos y los envidiosos que redimirá un toque en la conciencia, los emisarios de las ciudades apestadas o sin trigo, los teólogos, junto con prelados que se descarriaron, las mujeres que pecan y el propio Luzbel con sus tentaciones. Abajo aguarda una confusión de razas y pueblos que gritan y lloran en demanda de su regenerador. Por la otra escala descenden los símbolos del reparto de la heredada fortuna a los pobres, la obediencia, la perfecta observancia conventual, a despecho de los caminos; la castidad, el amor al prójimo, la fe, la contemplación mística, la humildad, la entereza elevada a virtud, el don profético, la gracia de los milagros, la elocuencia iluminada, el rigor ensangrentado de los cilicios, la paz de los individuos y la de los pueblos, la sabiduría que recogerán los libros, el reflejo, en suma, del cielo en la tierra. Congregáronse al pie de la escalera Papas, reyes, príncipes, cardenales y obispos, religiosos, doctores y una muchedumbre innumerable de anónimos enamorados del Padre Vicente.

Descendió él a su vez y lo llevaron a los altares. Ningún proceso de canonización ha igualado al suyo. La abundancia de prodigios comprobados llegó a fatigar a los examinadores. «¡Dios lo quiere!», gritaban las masas. Unica ocasión en que hubo de retirarse el fiscal del diablo. Calixto III promulgó la bula correspondiente, y con ello aconteció una nueva maravilla, porque el Padre Vicente, que lo tropezara en las calles de la Valencia natal de entrambos, durante la infancia del Borja, pronosticó: «Este niño será Papa y me canonizará.» Por eso, ya purpurado, repetía Alfonso de Borja: «Cuando yo sea Papa...» Y lo fué a los ochenta y cuatro años. Y el 3 de junio de 1455 declaró, en Consistorio público, que Vicente Ferrer figuraba entre los bienaventurados, y el 29 de dicho mes, fiesta de San Pedro y San Pablo, celebróse, cuentan las crónicas, una asombrosa, por rica y solemne, procesión, de Santa María sobre Minerva a San Pedro, con asistencia unánime del clero romano, el Sacro Colegio, la corte pontificia y un gentío que inundó la urbe.

Entraba en la gloria uno de sus mayores santos, que había sido también el primero de los españoles y de los europeos de su tiempo. Merecía el nombre que San Juan Crisóstomo da a San Pablo: «El corazón del mundo.»





Sueñan los vitorianos con la terminación de las obras de la catedral nueva, que preside esta panorámica, junto al espléndido requiebro forestal del paseo de la Florida.

Maqueta de sí misma, la ciudad ofrece esta imponente quietud, que centra el cuadro clásico de la plaza de España, con el Ayuntamiento, enclavado en ella.

VITORIA, LA ARTESANA

Por SAENZ DE SAN PEDRO



ria, aun sin terminar su carrera de arquitecto, el que fué director general de Arquitectura y profesor de la Escuela, Pedro Muguruza Otaño, de gratisima memoria. Siempre solicitaba mi compañía, porque sabía de mi gozo por adentrarme en las calles, callejones, cantones y plazas viejas de Vitoria.

El afirmaba rotundamente:

—Algo de singular y atrayente tiene Vitoria; a nuestros parientes y amigos de aquí siempre les hemos oído todos ponderar cálidamente esta

Recuerdo, hace bastantes años, casi un niño, cuando uno sueña despierto con el cosquilleo de la ilusión y se va forjando su carácter y personalidad, que solía venir a Vito-

acicalada y señorial, donde reinan una finura de ambiente y un espíritu de comprensión que hacen grato pasear por sus calles...

Yo le venía a decir, poniéndome colorado:

—Sí, ya sé que hasta tu bisabuela, que lo era mía también, abundaba en la misma opinión. Si había que comprar muebles, los mejores los de Vitoria; maquinaria agrícola..., ¡a Vitoria!; si dulces, los más exquisitos los de Vitoria...; no digamos nada de los naipes, de las sillas; del paseo de la Florida, y de la Senda, y de los cotillones de entonces... Y si había que solicitar también alguna lección de ecuanimidad, la mejor lección la de cualquier artesano de Vitoria: «Si bien se mira, mayormente, yendo por ahí, ¡malol!...; por ese otro sitio, ¡también regular, tal cual!...; lo más recomendable, quedarse en casa de uno, y a poder ser, en Vitoria...»

Y mientras con una máquina fotográfica nos metíamos en inefables



ALMIBARES
MERMELADAS
HUETO
Hijos
TURRONES
CHOCOLATES



HUETO
E HIJOS

POSTAS, 4
VITORIA
(ESPAÑA)

ALMIBARES
MERMELADAS

HUETO
Hijos

TURRONES
CHOCOLATES

HUETO
E HIJOS

POSTAS, 4
VITORIA
(ESPAÑA)



Más de
Cien Años
al servicio
de la
Calidad




FOTO T. A. F.

Entrañable centro urbano, con las torres de la catedral, San Vicente y San Miguel, mientras queda a la izquierda la plaza de la Virgen Blanca, la Patrona.

vericuetos y ascendíamos al Campillo—antiguo Villa Suso—, decidíamos que Vitoria, por su situación geográfica y sus antecedentes históricos, era una encantadora ciudad de transición, que no es decir poco, sino que afirma una recia personalidad, nutrida y forjada por diluidas influencias raciales.

—¿Llamamos entonces a Vitoria la «emperatriz de la ductilidad»?

—De acuerdo—le respondía—, pero no olvidemos la noble sangre riojana, aquí predominante, que pone mostaza a esta dulce y distinguida apatía con que dicen que se caracterizó Vitoria, de puro inteligente y por no meterse en líos...

Y recuerdo perfectamente con qué ardor sacábamos fotografías del palacio de Bendaña y de la casa llamada del Cordón, donde recibió el nombramiento de Pontífice el que fué Adriano VI. Y cómo nos encaramábamos en el palacio de los Velasco, sito en la Pintorería, y en la casa solar de los Sáez de Salinas, para sorprender unos interesantísimos aleros.

La catedral es, como la cabecera del Campillo, paraje y llanura; éste, de cúspide de la antigua colina de la vieja Gasteiz, donde arrancan en vertiente los cantones más pintorescos del globo, atravesando las calles en curva amurallada, que se dejaban bautizar según los distintos gremios de artesanía que cultivaran. ¡Qué cargazón de nostalgias, Dios mío!...

Tampoco hay que desviarse de los Arquillos, que ideó el ilustre arquitecto Olaguibel, ni de la pintoresca plaza del Machete, ni de la magnífica plaza de España, obra del mismo Olaguibel.

LABOR CULTURAL Y SOCIAL DE LA CAJA DE AHORROS DE VITORIA

La Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Vitoria se ha constituido en adelantado de la cultura y el bienestar de la capital y de la provincia de Alava. Fundada en 1850, los años le han proporcionado la reciedumbre económica que avalan más de 250 millones de depósitos y la popularidad que aseveran sus 52.000 imponentes. Frente a la pequeña densidad de población de Alava, su Caja de Ahorros y Monte de Piedad coloca la grandeza espléndida de sus cifras y de sus obras. A su intensa y continuada labor en pro de la edificación y de la vivienda se une la restauración del Portalón, casa medieval mercantil que data del siglo XVI, para destinarlo a museo y lugar de turismo; la muy próxima inauguración del teatro Amaya, la emisora Radio Vitoria, con sus magníficas instalaciones; la Oficina de Turismo y una serie de facetas sociales, culturales y agropecuarias que llevan por doquier caridad, apoyo generoso y espiritualidad. La Caja de Ahorros Municipal de Vitoria, con una serie de obras magníficas, da fe de sus grandes posibilidades.



CREMALLERAS

PRENTICE
AREITIO, S.A.



FOTO T. A. F.

Los cantones más pintorescos del globo atraviesan las calles en curva amurallada, que se dejaron bautizar con nombres gremiales artesanos, partiendo de la catedral.

Rectas vías modernas parecen atacar el centro curvado y caprichoso de la ciudad, con un fondo de altos edificios que exige la vida de hoy, y que Vitoria también sigue.

La efigie de la excelsa Patrona de los vitorianos, la Virgen Blanca, situada en el parteluz del pórtico de la parroquia de San Miguel, en impresionante y alto escenario, abre su tierna sonrisa a todos los que pasan y se detienen en la antigua plaza del Mentirón—hoy de la Virgen Blanca—; al primero que sorprende al comenzar la mañana es a un tipo muy popular, afectivo y simpático, que va diariamente a dar de comer a las palomas que anidan en el monumento de la Batalla de Vitoria y en los aleros vecinos; ellas lo mismo se meten en los bolsillos del «Camiseta» que le besuquean, arañan de amor y comen de su misma boca.

La parte semimoderna de la ciudad, que se desparrama en la llanura, a los pies de la colina de la vieja Gasteiz—construida con noble sentido del equilibrio y de sobrio ornato—, goza de un sello de particular ternura y gracejo vivaz, aunque siempre moderado y recoleto.

El vitoriano es expresivo hacia adentro, cauto, tímido y enemigo de alharacas; busca las fórmulas sensatas e intermedias con un eclecticismo de lince. Su espíritu de honradez es patente e indiscutible. Hace tiempo tenía fama de plantarse siempre en cinco cuando jugaba a las siete y media...

Da gusto vivir aquí, con tanto balcón y tanta galería, a ritmo lento de una piececilla de caja de música; teniendo en pleno centro de la población, entre las enormes manzanas de casas, tal plétera de jardines, huertas, gallineros, talleres y tejavanadas de suburbio parisiense que juegan al escondite. Antes de levantarse de la cama ha oído uno cantar el gallo más de siete veces y los susurros entre

servientas de contiguas galerías al tender la ropa...

Vitoria, aparte de sus preeminencias inefables, disfrutó siempre y disfruta de una artesanía de rango; y su industria, recia y ponderada, aunque no tan intensa como en el resto de las Vascongadas, se ha ido incrementando muy notablemente durante estos últimos años: fábricas de bicicletas y automóviles, metalurgia en general, producción de artículos que se importaban antes de la guerra, de esmaltes; las primeras fábricas, modelo en España, de cremalleras y géneros de punto, y de juguetes mecánicos, que han explotado sus patentes en todo el mundo, etc.

Paralelamente, merced al brioso impulso de la Obra Sindical, y luego del Ayuntamiento y de la Caja de Ahorros principalmente, en esfuerzo conjuntado, se han hecho prodigios en el palpitante problema de la vivienda. Y el gobernador civil, señor Martín-Ballester, se caracteriza por su excepcional competencia.

Bien es verdad que muchos vitorianos que no salen de la calle de Dato, donde se centra la animación vitoriana, ignoran bastante de lo que se refiere a las nuevas e imponentes avenidas, casi terminadas. El esfuerzo y la inteligencia, al servicio de la ponderación, han culminado en la persona del alcalde actual, don Gonzalo de Lacalle. Por eso, el arquitecto Emilio de Apraiz, al aludir a las nuevas vías del ensanche, habla con efusión de «las calles de Lacalles».

Dentro del refinamiento espiritual, artístico y pedagógico, aludamos a la Escuela de Artes y Oficios, la primera creada en España; a las recientes escuelas técnicas enclavadas en Vitoria, cuyo

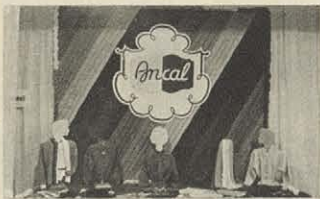


FOTO T. A. F.

Casa Sindical de Vitoria
— Arquitecto —



LA DELEGACION PROVINCIAL DE SINDICATOS DE ALAVA Y SU PRESENCIA EN EL PRIMER CONSEJO ECONOMICO SINDICAL Y PRIMERA EXPOSICION DE LA ECONOMIA ALAVESA



Finalizando el año 1954, exactamente en octubre, Alava ha celebrado en su capital dos actos trascendentales: la coronación de su excelsa Patrona, la Virgen Blanca, y el primer Consejo Económico

Sindical Alavés. Estos dos acontecimientos se vieron realzados con la presencia de la excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco y actos que fueron comentados elocuentemente en aquellos días por toda la prensa española.

Nos ocupa ahora, breve y preferentemente, la dedicación de unas líneas a ese primer Consejo Económico Sindical y a su Exposición, por la gran importancia que tanto en la vida provincial como en la nacional dichos acontecimientos entrañan.

Unas cifras y unos datos, solicitados de don Arturo Cebrián Amar de la Torre, delegado provincial de Sindicatos y diputado foral de Alava, nos van a permitir ceñir nuestro trabajo al traslado, en síntesis, para el lector, de sus amables respuestas.

En primer lugar, la tranquila y trabajadora provincia vascongada, que de forma pretérita cuenta como principal riqueza con la fertilidad de sus campos y montes, ha ido extendiendo desde primeros de este siglo sus fuentes de trabajo agrícola, industrial y artístico.

Y es propicio el momento para poder condensar esa su mejor heráldica de trabajo en tres nombres, en tres familias alavesas: Fournier, Ajuria y Aranzabal; exponente que podemos considerar extendido al de las mejores marcas de sus distintas bodegas y al de sus afamados muebles, que asimismo son otras fuentes de riquezas de valor considerable y muy dignas de tenerse en cuenta.

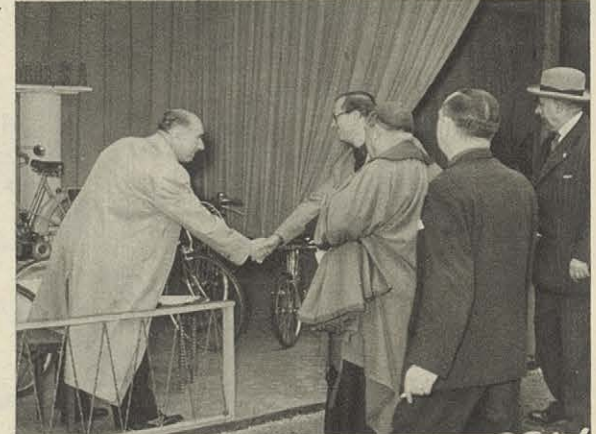
Este emporio económico de Alava, que tiene su sólida base en lo ya dicho y en la industria que de tiempo pretérito ostenta su capital, se ha ido ampliando en estas dos últimas décadas de forma espectacular. Y ahí están, diseminadas en pueblos importantes de su provincia, las empresas de primer orden que dan trabajo a miles de obreros y empleados en Llodio, Amurrio, Areta, Salinas, Laguardia, etcétera.

A los problemas nacidos de la industrialización alavesa es a lo que ha dedicado todo su mejor impulso y entusiasmo esta Delegación Provincial de Sindicatos, cuyo delegado, señor Cebrián, ha sido el primer presidente del primer Consejo Económico Sindical de Alava. Y en verdad que lo ha logrado. Los que en su día asistimos a la celebración de su primer Consejo Económico y a los actos de la inauguración de su Exposición en los locales de la Escuela de Artes y Oficios de Vitoria, pudimos contemplar, al ir recorriendo uno por uno sus distintos «stands», el desarrollo alcanzado por toda la geoeconomía alavesa.

Por otro lado, las recientes gestiones llevadas a cabo por las autoridades alavesas para el trazado eléctrico del ferrocarril que unirá directamente a Vitoria con Bilbao—buscando con ello su más rápida salida al mar—, son también un signo positivo de vital interés y por el que se caracterizan los pueblos emprendedores y de trabajo cuando cuentan en las alturas rectoras con sus mejores hombres, con la total dedicación de sus esfuerzos en el mejor servicio a la confianza que en ellos depositaron sus gobernados.



La excelentísima señora doña Carmen Polo de Franco, visita la Exposición de la Economía Alavesa.



Las autoridades de la provincia visitan el «stand» de bicicletas «CIL» y saludan a su gerente, señor Iriando.

Esta es la difícil tarea compartida con todos y llevada a cabo felizmente por la Delegación Provincial de Sindicatos, en íntima cooperación con las autoridades provinciales y municipales y excelentísimo señor gobernador civil de Alava.

La electrificación de los medios rurales, la extensa construcción de viviendas, de las que en el período de 1951-1954 fueron entregadas más de 484, por un valor superior a los 26 millones de pesetas; la ordenación de la economía vitivinícola, el reparto de 17 becas concedidas por la Delegación Nacional, la preocupación por obtener materias primas para su industria y la producción de energía eléctrica—cambiando de signo y de vertiente todo un sistema pluviométrico—, son hitos que jalonan con esplendor el camino recorrido brillantemente por la organización sindical alavesa.

Ese puede ser el resumen de lo que ha significado ese primer Consejo para la Delegación Provincial, que no sabe decir «Haremos», sino que lleva a la realidad el vasto programa de sus conquistas socio-económicas. Las fotografías que publicamos patetizan mejor que nuestras palabras esa importancia, esa verdad y su gran trascendencia.

Toda la ayuda que, para su mejor desenvolvimiento, la Delegación Provincial de Sindicatos precisó, no

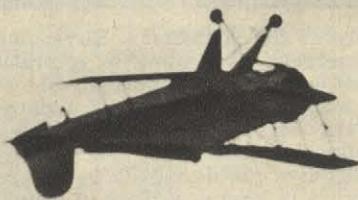
le fué regateada nunca por las autoridades. El apoyo del Estado a la callada y trabajadora Alava ha estado siempre presente en ese tradicional servir a España, que esta provincia incorporó a su historia desde siglos atrás.

El ritmo creciente de su población ha obligado a que Vitoria, Arcadia feliz de trabajo y reposo, aparezca cruzada en todas direcciones por nuevas calles y avenidas espléndidas, en las que un moderno y depurado estilo de construcción agrada a cuantos la visitan.

Muchas viviendas lleva construídas la organización sindical, entre las que merece destacar el grupo «Ramiro de Maeztu», viviendas que, en unión de las edificadas por la Caja de Ahorros Municipal de Vitoria, así como las levantadas por empresas particulares e industriales, dan a Vitoria un sello característico de ciudad moderna, a la vez que de industriosa capital, que, como decíamos antes, tiene su mejor expresión en las fotografías que se publican en este número y en las que concretamente insertamos en este trabajo de la meritoria labor llevada a cabo espléndidamente por la Delegación Municipal de Sindicatos de Alava.

JUAN DE BEJON





En una de sus exhibiciones en Inglaterra, el príncipe Cantacuzeno se elevó en plena tormenta. No por eso dejó de realizar sus arriesgados y difíciles vuelos invertidos.

ASI VUELA CANTACUZENO

**UN PRINCIPE QUE HA REVOLUCIONADO
LAS LEYES DE LA ACROBACIA AEREA**

BALANCE DE GUERRA: 70 AVIONES ABATIDOS

Por JOSE MARIA LIZAR

No es mala marca en tierra esta de vivir en el piso 17 de uno de los modernos edificios de Madrid. El as rumano de la aviación, príncipe Cantacuzeno, el hombre que ha asombrado a las multitudes con sus extraordinarios y peligrosos vuelos, vive entre los madrileños desde hace cinco años. Este es ahora su punto de aterrizaje y una de las más largas estadias que le ha permitido su legendaria vida.

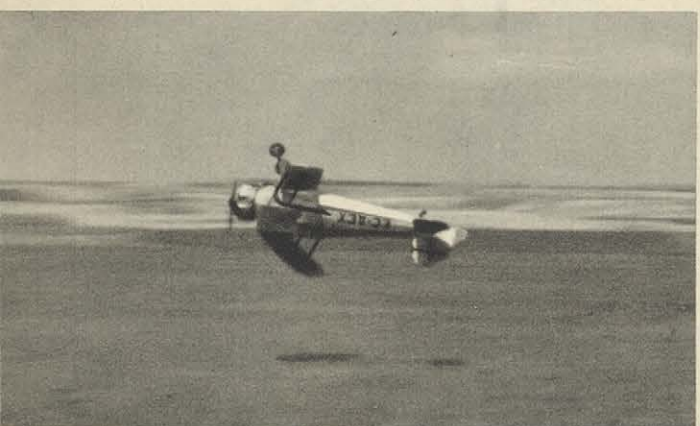
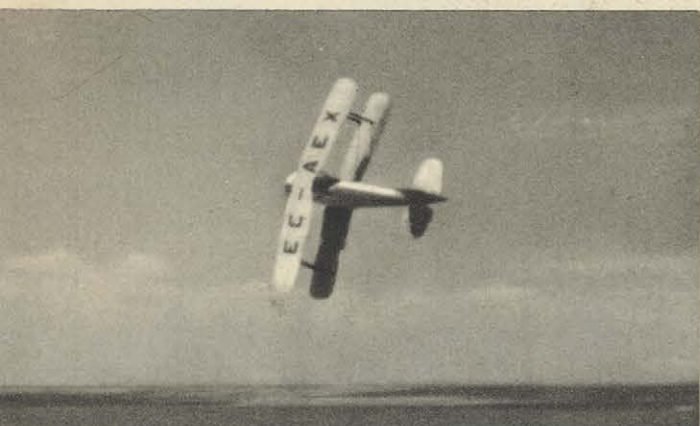
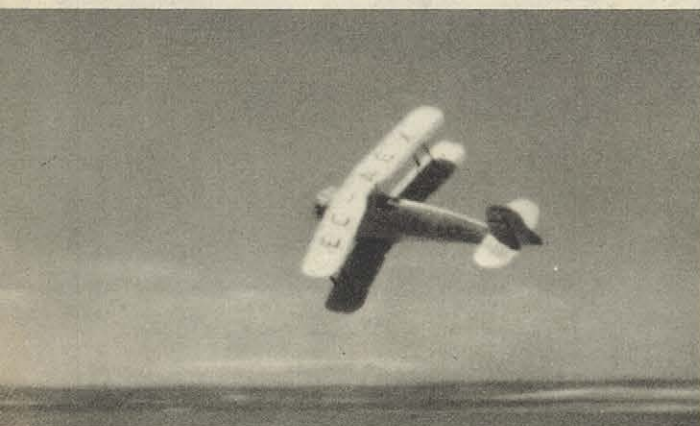
Unos años antes de la guerra, el príncipe Cantacuzeno era un deportista popular. Su juventud, su fortuna y sus orígenes le situaban en su país en unas condiciones envidiables. Descendiente directo de los emperadores de Bizancio, de familia reinante varias veces, la gala mayor de su apellido es para él que un antepasado suyo haya sido ya en 1600 jefe del partido nacionalista rumano.

LA AVENTURA GUERRERA

Piloto a los veintidós años, estuvo pronto considerado como un asombroso acróbata del aire. Sus marcas de velocidad y de distancia eran ya conocidas en el mundo. Y pese a la facilidad de su vida, quiso incorporarse a las líneas aéreas de su país para compartir los duros avatares de un soldado. En 1941, cuando Rumania entró en la guerra, había alcanzado la cumbre de su profesión. Fue piloto jefe de las líneas aéreas del Estado y ocupó otros cargos importantes. Sin embargo, se ofreció voluntario para ir al frente como simple piloto de caza. Y en seguida fue considerado como capitán de un grupo de leyenda. Su prestigio ante el enemigo era extraordinario, y los aparatos contrarios evitaban cuanto podían entrar en lucha con él, cam-



Este es el hombre, sencillo y cordial, en la intimidad de su hogar. Su favorito gato negro le sigue en estos juegos, indudablemente menos peligrosos que los del aire.



biando de sector con frecuencia. El resumen de su actividad guerrera es realmente impresionante: 610 misiones en territorio enemigo, 211 combates aéreos, 28 misiones nocturnas, 70 aviones derribados... Para lograr estas inigualables cifras tuvo que volver muchas veces con su propio aparato agujereado y fué derribado hasta tres veces. Pero termina la guerra y llega el momento más difícil y peligroso de su vida. Otros riesgos mayores que los del frente de batalla le acechan. La red soviética tiende sus hilos y él puede mantenerse gracias a su prestigio internacional, a su fama de héroe, al respeto que levanta un valor como el suyo, tan aprovechable si se le consigue atraer.

Pero el príncipe espera su momento. En los primeros días de 1948 ha logrado crear un clima de confianza a su alrededor y se le encarga la misión que había de darle la libertad. Milán es el objetivo. Y cuando llega al aeródromo de destino, «escoge la libertad», pero además lo hace con humor. El, que todo lo había perdido, que había sido despojado de tierras, heredades, industrias y campos petrolíferos; el hombre al que no quedaba más que un corazón a prueba de aventura, telegrafía a Bucarest para que manden un piloto a recoger el avión que ha utilizado. La firma del mensaje es todo un poema: «Ex piloto jefe Cantacuzeno.»

DE NUEVO, LA GLORIA

Y aquí, donde podía comenzar una vida oscura de desterrado, sin patria, su figura vuelve a ocupar la atención y el interés del mundo. Viene a España, donde los aviadores de la Península co-

La cámara fotográfica ha tomado aquí el movimiento completo del llamado «tonel lento». El avión gira dócilmente a las órdenes del arriesgadísimo piloto.

Doña Carmen Polo de Franco, esposa del Jefe del Estado español; su hija, la marquesa de Villaverde, y el ministro del Aire le felicitan después de la prueba.

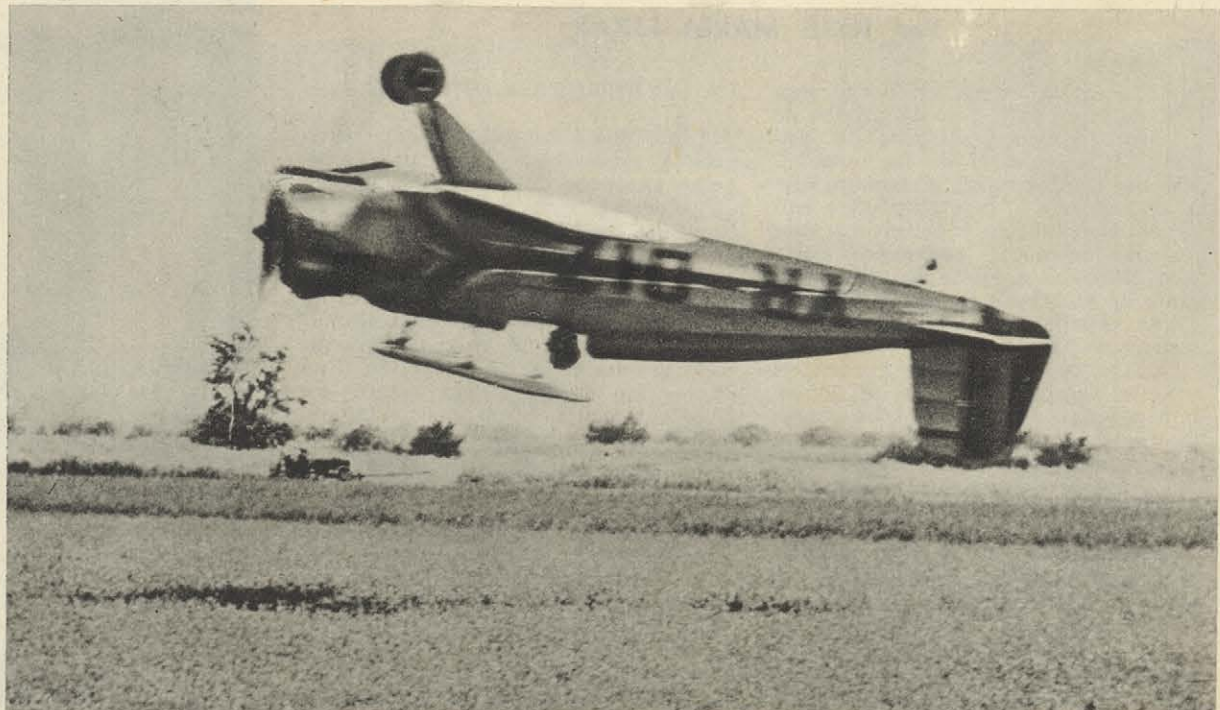
mienzan a apreciarlo, primero, y en seguida a exaltarlo. Sus extraordinarias dotes acrobáticas, de antiguo practicadas, llevadas ahora a extremos inconcebibles, a giros insospechados, que su experiencia guerrera ha sabido crear, le llevan a iniciar sus exhibiciones, que pronto serán aclamadas y esperadas con avidez por todos los públicos. Madrid, París, Londres, La Haya, Zurich, presenciaban las proezas de Cantacuzeno. Vuela ante la reina de Inglaterra, ante la princesa Margarita, ante la esposa del Jefe del Estado español. Al referirse a la Copa del Rey de 1952, Sir Miles Thomas, presidente de la B. O. A. C., dice de la actuación del príncipe: «Es la prueba más sensacional que he presenciado.»

«SEGANDO LA HIERBA»

En efecto, no hay palabras para decir lo que es una de estas exhibiciones. Los automóviles, los autocares, invaden varias horas antes las carreteras que conducen al lugar de la prueba. Cuando el príncipe sube a su avión, la multitud espera anhelante. Muchos pilotos experimentados saben el peligro que supone cada nueva audacia, la arriesgada capacidad de improvisación que posee este piloto, de facultades casi mágicas.

Rizos, falsos rizos, toneles lentos y rápidos, vuelos invertidos, se suceden en un encadenamiento vertiginoso. Los corazones de los espectadores se paran a cada nuevo movimiento del avión. Sus figuras acrobáticas se diría que están, más que

A esta impresionante distancia del suelo vuela el príncipe, lo que ha dado lugar a una célebre frase sobre sus exhibiciones: «El piloto que siega la hierba.»





El príncipe Cantacuzeno con el valeroso capitán Aldecoa, que había de morir en una de las pruebas en que ambos tomaron parte en Cuatro Vientos (Madrid).

realizadas, dibujadas en una pizarra ideal; que la palanca de mando está manejada por un loco, si previamente no se conociera la insuperable pericia del príncipe.

Invierte el avión apenas despegue de la pista, sigue volando a reducidísima altura, y, cuando menos se espera, un rizo alucinante o una subida vertical que termina en una elegantísima «caída de hoja». A veces, ese aparente disparate de un salto vertical, que gradualmente disminuye hasta que el avión se encuentra literalmente parado; después, suavemente, vuelve el morro hacia abajo y en redondo, efectuando el «péndulo» más lento que se puede imaginar. El espectador, al que se ha sometido a una tensión inconcebible, piensa que el piloto, en sereno vuelo, se dispone a aterrizar. Y es exactamente, cuando las ruedas están a punto de tocar el suelo, cuando Cantacuzeno acelera el motor, gana unos pies de altura y se lanza en un «tonel» impresionante, que, por lo que a altura se refiere, podría ejecutarlo bajo el techo de un hangar.

Todavía, con el avión invertido, conseguirá volar a 60 centímetros del suelo, haciendo famosa la frase que se le ha aplicado de que es capaz de «segar la hierba» en esta postura.

LA MUERTE CERCA

Hay veces que el peligro se ha hecho evidente con sus más desastrosas consecuencias. Si no en él, en lo mejor de sus afectos. El año pasado, en una de las exhibiciones de Madrid, el capitán español Aldecoa competía con el príncipe Cantacuzeno en una arriesgada prueba de acrobacia. Varios meses llevaban los pilotos de compañerismo estrecho y cordial. En una de sus piruetas, el capitán Aldecoa no pudo controlar su avión y se estrelló contra el suelo ante una masa sobrecogida de espectadores. El príncipe tenía que actuar después. El sabía cuál era la ley y la obligación. Había que cubrir la tragedia ante el público. Y Cantacuzeno, con aquella muerte del compañero ante sus ojos, voló como siempre, con el mismo riesgo, exponiéndose, si cabe, como en ninguna otra ocasión, rubricando así en el aire el mejor epitafio que pudo tener su compañero de proezas.

LA INTIMIDAD

No; para un madrileño corriente no es mala aventura de tierra esta de llegar hasta el piso 17 de un rascacielos para estrechar la mano de un héroe del aire.

Un gesto ancho y cordial; una mano fuerte. Alto. Ojos oscuros. Mirada firme, que de pronto se hace infantil y confiada. Este hombre, noble, millonario, aclamado por las gentes, condecorado varias veces por sus hazañas guerreras, jugador de su vida en mil ocasiones, tiene una sencillez y una afabilidad extraordinarias. Estamos ante «Buzz», como a él le gusta que le llamen. Es el nombre empleado por sus amistades. Y la palabra resulta poco menos que intraducible. «Buzz» es algo así como zumbido, bufido..., el ruido del avión al cruzar.

Ante el príncipe y su se- (Pasa a la pág. 60.)



Sobre la avenida de María de Molina, que precisamente conduce al aeródromo de Madrid, en un nuevo rascacielos, el príncipe Cantacuzeno tiene su hogar.

Desafiando todas las leyes de la estabilidad, el piloto invierte su avión y se acerca al suelo, rozando las cabezas de los fotógrafos que toman la pirueta.





De izquierda a derecha: Rodolfo Barón Castro, por El Salvador; Oscar Salas, por Chile; Ruperto Alarcón Falconí, por el Ecuador; Joaquín Ruiz-Giménez, por España; Rafael Bonnelly, presidente, por la República Dominicana; Alfredo Sánchez Bella, por el Instituto

de Cultura Hispánica, y Víctor Simón, por el Paraguay; Simón Becerra, por Venezuela; mariscal Ureta, por el Perú; A. Martín Artajo, ministro español de Asuntos Exteriores; A. Vega Bolaños, por Nicaragua; J. Madriñán Díez, por Colombia, y Carlos Lacalle, secretario general.

COOPERACION EDUCATIVA IBEROAMERICANA CONSTITUCION DEL CONSEJO DIRECTIVO DE LA O. E. I.



Mariscal Ureta, embajador del Perú; Alberto Martín Artajo, ministro español de Asuntos Exteriores; Oscar Salas Letelier, embajador de Chile; monseñor Antoniutti, nuncio de Su Santidad; Joaquín Ruiz-Giménez, ministro español de Educación Nacional; Carlos Lacalle, secretario general de la O. E. I.; Ruperto Alarcón Falconí, embajador del Ecuador; Francisco Urbina, embajador de Costa Rica; general Alberto M. Fajardo, embajador del Uruguay; José Zacarías Arza, embajador del Paraguay; doctor Eijo Garay, obispo de Madrid-Alcalá y patriarca de las Indias Occidentales, y Simón Becerra, embajador de Venezuela en España. A Carlos Lacalle le fué entregada la encomienda con placa de la Orden de Alfonso X el Sabio.

* **EL HECHO:** El 15 de marzo de 1955, los representantes de los ministros de Educación de Colombia, Chile, R. Dominicana, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Paraguay, Perú y Venezuela, suscriben con el ministro de Educación de España y el director del Instituto de Cultura Hispánica, en presencia

del ministro español de Asuntos Exteriores, el acta de constitución del Consejo Directivo de la Oficina de Educación Iberoamericana, organismo intergubernamental para la cooperación educativa de los países iberoamericanos.

* **ANTECEDENTES:** Años de posguerra.

Iberoamérica hace un esfuerzo gigante para perfeccionar y extender la educación en sus pueblos. Se necesita: información, documentación y coordinación de servicios comunes. España concibe la idea de una agencia internacional de cooperación educativa. En el Instituto de Cultura Hispánica, creado en 1947, se trabaja sobre aquella concepción, y en 1949 se celebra en Madrid el primer Congreso Interiberoamericano de Educación, del cual nace la Oficina de Educación Iberoamericana, que comienza a funcionar en 1951. La O. E. I., patrocinada y sostenida por el Instituto, va aumentando servicios prácticos y concretos. La financia el Estado español, pero actúa con «status» internacional. La dirigen a la vez españoles e iberoamericanos. En 1953 organiza la Asamblea de Universidades Hispánicas. En 1954, con el patrocinio del Gobierno del Ecuador, convoca el segundo Congreso, que se celebra en Quito. Allí, ministros de Educación y educadores resuelven: que sean los propios ministros los que gobiernen la Oficina, reafirmando e institucionalizando de esta forma su carácter y «status» de organismo internacional; que mantenga su sede en Madrid; que ejecute el extenso programa aprobado; que convoque para 1957 el tercer Congreso en la República Dominicana; que coopere con las organizaciones internacionales. Y le imponen una estructura sencilla que le permita cumplir sus actividades con agilidad y eficacia.

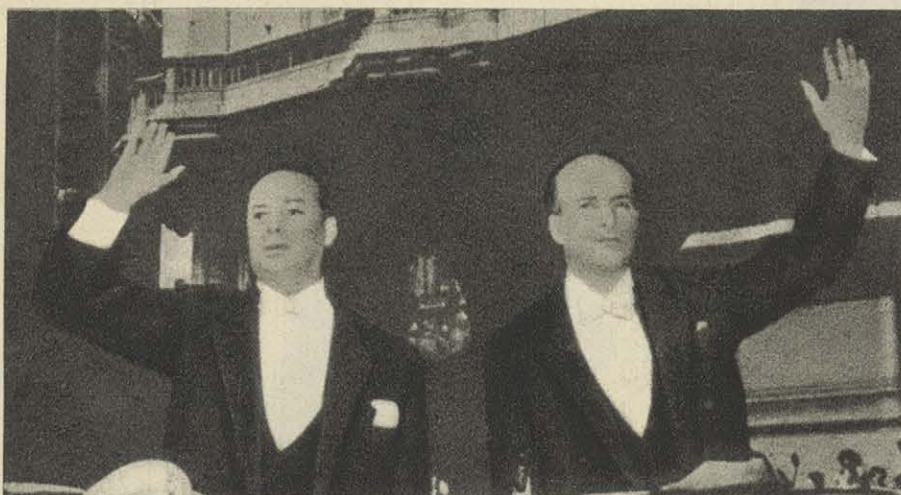
* **EL ESCENARIO:** Sala de Juntas del Instituto de Cultura Hispánica. Recinto severo y noble, que parece haber sido presentado para el coloquio entre nuestros pueblos. En una pared, el Colón sereno y confidente que crea el pincel de Vázquez Díaz. El artista ha pintado en el centro del cuadro una ventana, prometedora de lejanas visiones. Promesa cumplida en la pared frontera, donde está el paisaje argentino que dejara en su

lienzo laureado Cesáreo Bernaldo de Quirós. Completa el juego de los símbolos un retrato de don Marcelino Menéndez Pelayo, que parece mirar las maquetas de los futuros Colegios Mayores Hispanoamericanos que se levantarán en la Ciudad Universitaria de Madrid.

* **EL ACTO:** Alberto Martín Artajo asiste a esta realización de la comunidad espiritual de las naciones iberoamericanas. Joaquín Ruiz-Giménez expone el sentido de la ceremonia. Toma posesión de la presidencia, en representación del presidente nato, el embajador dominicano, doctor don Rafael F. Bonnelly, quien expresa la ilusión iberoamericana que anima a los diez ministros que integran el Consejo, y que esperan la incorporación del resto de sus colegas. Iberoamérica ha instalado en Madrid, con las seguridades alentadoras que ha adelantado España, la sede del gobierno de su primer organismo regional para la educación. Esto, y nada más que esto.

* **CUATRO DIAS** después, el Consejo de ministros de España reconocerá a la O. E. I. como organismo internacional y le ratificará su autorización para tener su sede en España. Con ello queda históricamente protocolizada el acta de constitución del Consejo, que ostenta las firmas del ministro de Asuntos Exteriores, del ministro de Educación y de los embajadores mariscal Ureta, del Perú; Andrés Vega Bolaños, de Nicaragua; Ruperto Alarcón Falconí, del Ecuador; Simón Becerra, de Venezuela; Oscar Salas Letelier, de Chile; Rafael F. Bonnelly, de la República Dominicana; del encargado de Negocios de Colombia, Jaime Madriñán Díez; del ministro consejero de la Embajada de El Salvador, Rodolfo Barón Castro; del primer secretario de la Embajada del Paraguay, Víctor Simón, y del director del Instituto de Cultura Hispánica, Alfredo Sánchez Bella.

BATLLE, PRESIDENTE DEL URUGUAY



A la izquierda vemos al Presidente uruguayo, Batlle, quien, en compañía del vicepresidente, Zubiría, y en coche descubierto, se dirige al palacio del Gobierno, con la satisfacción reflejada en sus rostros, al ir a tomar posesión de sus cargos.

LA SEMANA CHILENA EN MADRID

El embajador de Chile pronuncia un discurso ante el monumento a Colón, en el paseo de la Castellana, con motivo de haber sido inaugurada en Madrid con toda brillantex la Semana dedicada al país que aquél representa.



EL COMPROMISO DE CASPE

«TIERRA de contradicción, tierra de profecía», dijo en cierto momento, refiriéndose a España y a la Hispanidad, don Miguel de Unamuno. En estas tierras los hombres pueden muy bien—porque casi existe para ello un mandato de la sangre—dilucidar sus más altos intereses en el más opuesto margen de todo razonamiento. Pero también en estas tierras los hombres son maestros en establecer con mesura el punto justo donde debe alcanzar el fiel de la balanza en la justicia.

Caspe, 29 de marzo de 1412. El Occidente vive los años que son prólogo inmediato a la formación de las nacionalidades. El Occidente asiste a los preliminares de la formación de Europa. La norma es la sagacidad, la razón del más fuerte, la astucia, la violencia, el desprecio de la justicia. Años más tarde, el ciudadano florentino Nicolás Maquiavelo crearía un código exclusivo para los príncipes, en el que justificaría todos los medios por la razón suprema de los fines. En 1412, España da a la Europa en germen una norma más de la serena justicia, un compendio antimachiavélico anterior a Maquiavelo, una manera de hacer depender a los grandes fines políticos de la estricta justicia de sus medios.

El rey Martín el Humano, de Aragón, había muerto sin dejar herederos para su trono. Toda la Europa de principios del xv vivía pendiente del acontecer histórico de aquel reino, que había extendido la potencialidad de su «Imperium» por todo el ámbito del Mediterráneo. Todo el Occidente se preparaba para ser testigo del drama por la supremacía del más fuerte, según parecía dictar la norma de la época. Cuando menos, alentaba la idea de que en tal coyuntura se produjese la explosión de los tres reinos totalizados—Cataluña, Valencia y Aragón—, dejando de ser para siempre el Aragón único y temible, premonitorio con Castilla del gran reino de España. Seis eran los más calificados pretendientes: Don Jaime, conde de Urgel; Don Alfonso, conde de Denia y Ribagorza y duque de Gandía; Don Fernando, infante de Castilla; Don Luis, duque de Calabria; Don Juan, conde de Prades, y Don Fadrique, conde de Luna. Los augures vaticinaban fundándose en los negros nubarrones de la discordia. Y, sin embargo... Como la tierra de la contradicción era también la tierra de la profecía, al destino final de la unificación de España se sacrificaron las voces de lo disgregatorio. Ante la Europa atónita, los tres reinos echaron manos de su ancestral archivo de la sabiduría en la justicia. Los tres reinos deciden que la sucesión quedaría a cargo de dilucidarla un consejo de hombres justos. Nueve compromisarios: tres por cada reino. Se reunirían en Caspe, a partir del 29 de marzo de 1412, y en el plazo de dos meses decidirían en justicia a qué príncipe correspondería el mandato regio. Entre ellos estaba, representando al reino de Valencia, el varón Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, maestro en Teología y, más tarde, santo. Habló Vicente y su verbo fué una cálida llamada a las virtudes teológicas de la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza. Hubo necesidad de ampliar el plazo para decidir la elección, pues la teologal virtud no es posible encontrarla sino después de un tiempo largo, en el que se va procediendo por eliminación, desechando los espejismos de virtudes. Y cuando se procedió a la votación—25 de junio—, la fuerte voz de Vicente resonó de nuevo en el ámbito del castillo de Caspe. Afirmó que, en Dios y en su conciencia, la corona de Aragón pertenecía al infante de Castilla Don Fernando, por ser nieto de Don Pedro IV, sobrino de Martín el Humano y, por tanto, el más próximo pariente de este monarca.

La Europa de principios del siglo xv abría sus ojos en pasmo, porque estaba en presencia del milagro de la profecía. Porque era necesaria la unidad de Aragón para la unidad de España, las voluntades personales, las ambiciones particularísimas, cedieron el paso a la virtud de la justicia.





OLITE (NAVARRA)



PEÑAFIEL (VALLADOLID)



VILLANUEVA DE LA SERENA (BADAJOZ)



DESDE LOS CASTILLOS CLAMA LA TROVA DE LA RAZA

ESQUELETOS EN PIE, MUDOS TESTIGOS
DE PASADOS VERDORES,
DESPRECIO AL AIRE

POR
LUIS ORTIZ MUÑOZ

CASTILLO DE OROPESA
(TOLEDO).



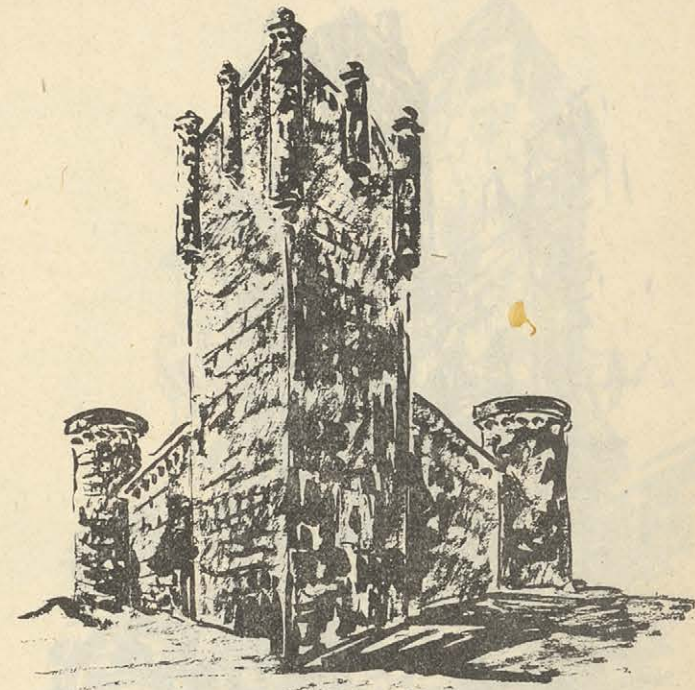
ESTE recinto de piedra, tierra y sol que decimos Iberia, asomado tras la muralla pirenaica al profundo foso de sus tres mares costeros, a nada es tan

semejante en lo físico, en lo espiritual también, como a un castillo. La piel y el alma y la vida de España aparecen facetadas, a lo largo de una cadena de siglos, como esos impresionantes cubos de granito y adobe, altivos y solitarios, que desde rampas, alcores y calveros señorean todavía los ásperos y soleados paisajes de la piel de toro. Es la nuestra geología militar; un oleaje concéntrico de cordilleras y serranías, con troneras para el paso de los ríos «cabdales», que se eriza en matacanes, adarves y aspilleras, para proteger la mística morada de la raza que es Castilla y su llanura, plaza de armas de la fe de un pueblo, donde sube, serena hacia el azul, la torre del homenaje que encierra y flamea, invisible, el destino de España. A nadie podría servir como a nosotros este mote de «vivir encastillados». Todo aquí, el ser, el hacer y el soñar, se identifican con la fuerte armadura de esos bastiones que campean aguerridos de norte a sur y de este a oeste, en pie a pesar de los lanzazos del tiempo, que, como una muerta campana, ha intentado asfixiar la gloria de estos solemnes monolitos del pasado.

«Segura y bastida de castillos», anotó el Rey Sabio al hacer el hermoso recuento patrimonial de las riquezas y excelencias de España. Más de mil quinientas fortalezas, esparcidas a lo largo y a lo ancho del área peninsular, describe minuciosamente en su do-

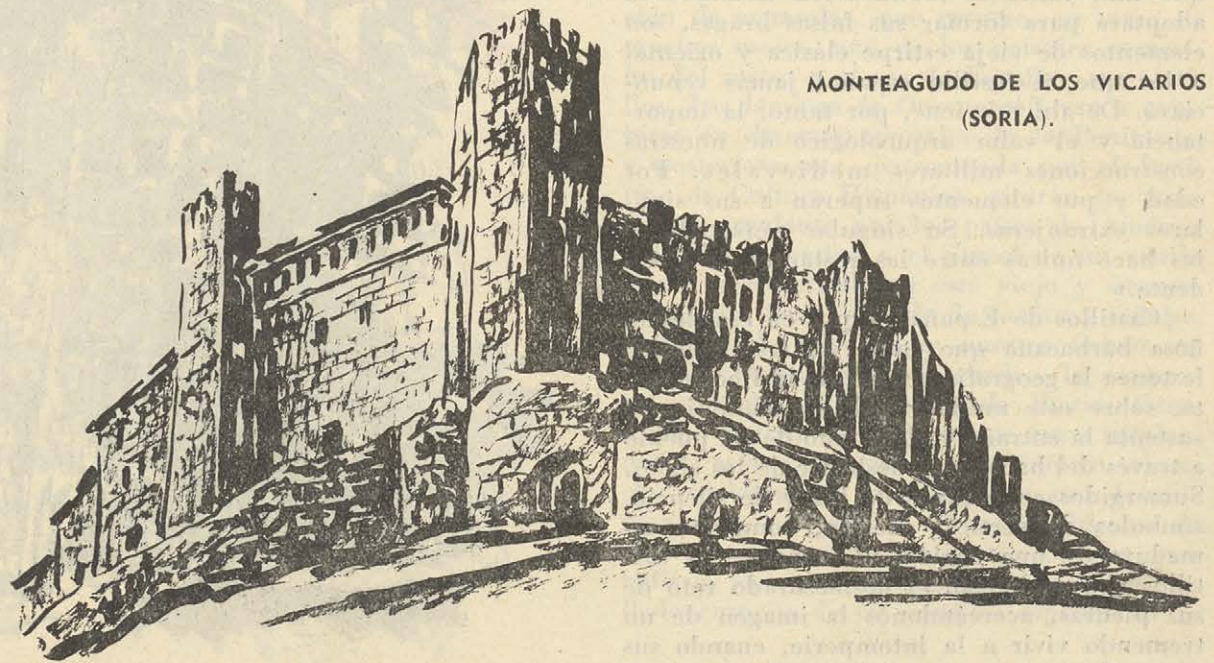
cumentada obra Sarthou Carreras, la mayor parte postradas en ruinoso abandono. Por fortuna, en esta hora, y para su defensa y salvación, nuestra pétrea y fiel centinela vuelve a entrar en liza afiliando a sus gastados escudos una milicia celosa e infatigable, casi una nueva caballería que mueve cada hora hermosa campaña de rehabilitación y amor. La Asociación Española de Amigos de los Castillos, cuya presidencia de honor ostenta el Jefe del Estado, ha añadido a tanto quehacer nacional este de la salvaguardia y servicio de los líricos pedestales de la estirpe.

El tema de los castillos, convocado a toque de rebato, ha vuelto a surgir como una bella inquietud en el espíritu de estudiosos, técnicos y artistas, de cuya dedicación cabe esperar un interesante repertorio de aporta-

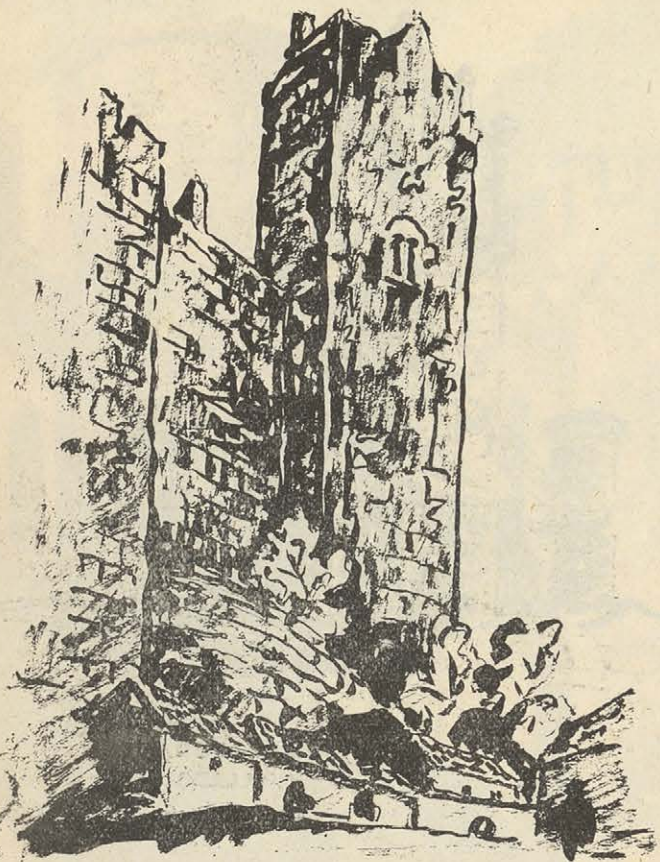


TORRELOBATON
(VALLADOLID).

ciones científicas, culturales y estéticas. La evolución de la arquitectura militar en España, lo que se ha dado en apellidar «castelología», cuenta ya con importante doctrina de erudición. El castillo español nace—y nos apoyamos en las notas de un investigador tan entusiasta como experto, don Federico Bordejé—cuando en el resto de Occidente rigen aún los sistemas defensivos del bajo Imperio romano. El germen de los castillos es apenas una torre, casi siempre de madera, rodeada de empalizada o foso, cimentada sobre «motas», silueta y carácter que evocan claramente el «vallum» de los castros romanos. Después tales esquemas de baluartes experimentarán gran desarrollo y transformación bajo diversas influencias, y muy especialmente al retorno de los ejércitos cruzados de Tierra Santa. Para entonces el cas-



MONTEAGUDO DE LOS VICARIOS
(SORIA).



JEREZ DE LOS CABALLEROS.
TORRE SANGRIENTA.

tillo español lleva ya dos siglos de existencia y en muchos de ellos es perceptible la impronta bizantina recreada por el Islam y visible aún en el esplendor de las alcazabas de Al-Andalus, según Terrasse «las más bellas invenciones de la arquitectura militar española. Corachas, torres pentagonales y torres albarranas, que enriquecen nuestros castillos ya en el siglo IX, son elementos totalmente desconocidos para Occidente. Otra de las singularidades del viejo castillo español reside en su fidelidad a las primitivas modalidades heredadas, y de ahí proviene esa extraña aunque original personalidad sostenida a lo largo del medievo en relación con sus similares de fuera. Las torres rectangulares o barlongas, la exclusión casi general de adarves sobre matacanes, sustitutivos de los antiguos cadalsos, y la adopción de la barrera, trasposición del latino antemural, que más tarde la fortificación abaluartada adoptará para formar sus falsas bragas, son elementos de vieja estirpe clásica y oriental a los que el castillo español jamás renunciará. De ahí proviene, por tanto, la importancia y el valor arqueológico de nuestras construcciones militares medievales. Por edad y por elementos superan a sus similares extranjeras. Su singular personalidad las hace únicas entre las restantes de Occidente.»

¡Castillos de España! Aquí, en esa desdeñosa barbacana que como un friso heroico festonea la geografía militar de la Reconquista, sobre este mudo y noble andamiaje, se sustenta la entraña y el tuétano de un pueblo a través del hacer y el deshacer de los siglos. Sumergidos en océanos de luz y de silencio, símbolos de vertical energía, compacta armadura de una nación en marcha, los castillos nos prolongan el desmesurado reto de sus piedras, acercándonos la imagen de un tremendo vivir a la intemperie, cuando sus patios de armas eran el honroso cuartel de

la Historia. Desde el ruinoso bastión de torres y murallas, ahora habitáculo de grajos y antaño «desprecio al aire», estribera para el asalto y el galope, aun clama el salmo fuerte y la trova entera y florida de la raza. Sí. Aun perdura el sonoro romance, vibrando en el cuévano del tiempo, de estas moles en sombra, como respuesta a la melancólica respuesta—«¿Y tus enemigos?»—del poeta, perplejo ante la estéril mueca de amenaza que se yergue sobre la majestad arrogante de sus cubos, hoy solamente alcándara de sol y de vacío. En la soledad augusta de la yerma paramera, en desafío atroz con el viento y el olvido, las sagradas fortalezas mantienen el férreo secreto de una edad viril, como si invisibles ballesteros disparasen de continuo sus saetas, alada mensajería, contra el techo azul de la llanura que guarda la memoria y el ensueño de ese grave quehacer sobre la tierra que llamamos España.

El núcleo germinal de Castilla fué, en el principio, esa exigua parcela al seguro del monte, ese «pequenno ryncon» de la crónica, disputado furiosamente al moro en diaria algara, y guarecido a prisa por una linde de fuertes, la primera de Oca hasta Amaya. Sin tregua, la cabalgada fué adentrándose en la meseta, abriendo el compás de sus lanzas para abarcar la gleba nutricia del pan y la vid. Después de cada embestida tornaba a avanzar la pétreo tropa de los castillos, levantando sus adarves sobre la tierra recién conquistada para sujetar la frontera y proteger la vida que renacía pujante al flanco

de la guerra en una colonización de hazaña y peligro. Así hasta alcanzar las grandes divisorias fluviales que cuartejan de este a oeste la Península: Duero, Tajo, Guadiana..., nervatura azul y ocre, de agua y de sangre, del paisaje medular de Iberia; diques donde se estrellaba el reflujó de turbantes y alquiceles. Más abajo, en las riberas del Betis, la húmeda vega y el vergel recóndito de Al-Andalus con la roja granada, como un rubí de gala y de trofeo para el férreo guante de los campeones de Cristo y Santiago. Sobre el pavés de la cruzada, líneas de baluartes jalonaron el mapa de operaciones de la gesta. En sus almenas fué anudándose el hilo y la maraña de la grande y menuda historia. Sobre el claveteado puente de los castillos resonó el vibrante tropel de los grandes fastos. Sirvieron de cuna para el príncipe, de altar para las bodas regias, de escabel y cadalso para la justicia, de blasón para el caballero. En sus claustros, la endecha del juglar en el estrado de damas y dueñas se mezcló al gemido del prisionero en la mazmorra, y a sus góticas cresterías se enroscaron los primeros vagidos del idioma. Al amparo de sus torres se arrebujaron villas y lugares, villanos y pastores, pecheros y artesanos, rucas y molinos, rebaños y oficios, los cipreses en oración del monasterio, código y mercado. Bajo su fuero se movieron discordias y paces, rebeliones y partidos, juras, coronaciones, desacatos y muertes. Sarrthou reseña el personal de los castillos reales en el siglo XV: caballeros, peones, ballesteros, lanceros, guardas, escuchas, rondas,



espingarderos, atalayas, velas, jinetes, atajadores, almaceneros, almotacenes, ingenieros, regidores y oficiales, bajo la rectoría del alcaide.

Castillos de señorío, castillos de mota, castillos roqueros, abaciales, montanos, de raya o salvatierra... Todo el solemne testamento de la vida española del medievo; su himno y su responso, desde Fernán González a Cisneros; ese gran trecho entre los foramontanos y las comunidades, y aun más acá, está grabado en los contrafuertes de los castillos. Abrieron su muralla a los primeros condes y la cerraron a la mesnada del Cid en ruta hacia el destierro. Castillos de la raya burgalesa, de León y Navarra; torreones de Peñafiel, la peña más fiel de Castilla; sonoros nombres como epitafios de luz sobre el granito: Madrigal de las Altas Torres, Arévalo—juegos de Isabel—, Tordesillas—penumbra de Doña Juana—, Valencia de Don Juan, Fuensaldaña, Alba de Tormes, Simancas, Benavente y Medina, sobre berroqueñas rampas, entre rebaños de merinos y afilados chopos. Bellos castillos de Segovia—Turégano, Coca, Pedraza, Cuéllar— y la amurallada reliquia, a lo divino, de Avila de los Caballeros. Línea de castillos en la marca extremeña y en los pasos del Guadarrama—Buitrago, Manzanares—, serranillas del Arcipreste junto al pino y la nieve. Castillo de Hita, cantado por Berceo: «castiello fuerte et apoderado, infinito et agudo, en fondón bien poblado». Sangre del rey Justicia sobre las losas del castillo de Montiel; castillos de Toledo, Oropesa, Escalo-

na, Maqueda, Sigüenza, Cuenca, Belmonte. Castillos de don Alvaro de Luna—«¿...qué fueron sino pesares?»—, tablado de la ventura y desventura del condestable. Castillo de Garci-Muñoz, con el último suspiro y el último verso—yacente alabastro de armas y letras reunidas, como el Doncel—de Jorge Manrique. Castillos de la Mancha, mitad molinos, mitad gigantes, en el sueño y el camino de Alonso Quijano, ya hacia el ocaño las doradas espuelas de la Caballería. Castillos de las Ordenes y Maestrazgos—Calatrava, Alcántara, Montesa, Santiago—, picachos feudales, percha de águilas sobre pegujaleros y alcaldes de Lope y Calderón; Fuenteovejuna, Zalamea y Peribáñez; justicia a la española, y Dios sobre todo. Castillos de Andalucía, ya entre olivares y dehesas, y los que ventean el mar africano y las remotas atlántidas: Gírfalfaro, Almería, Tarifa y Niebla; alcázares en flor de Sevilla y Granada.

El vendaval de las centurias arrastró hacia el gran osario de la Historia «paramentos, bordados y cimbras», en una frenética danza de muerte y de olvido. Pero no todo pasó. Quedaron los castillos, esqueletos en pie, testigos sin voz de pasados verdoros, en espera del gran juicio final, de la resurrección definitiva.

Clavados a la meseta o a la cumbre, los castillos no permanecen ahí solamente para componer la anacrónica decoración que todo turismo que se precie necesita. Tampoco para servir de falsilla a una literatura funeral, retórica y vana. No todo en ellos es mueca y



SIGÜENZA
(GUADALAJARA).

reliquia del ayer. Venturosamente está en marcha la reivindicación de los castillos para la misión fresca y actual de España, para una heráldica de vida y trabajo, para la nueva hidalguía de nuestro pueblo. Con ritmo creciente se está vaciando de sus fosos el sucio légamo de lluvia y de abandono, para que otra vez acunen el agua manantial de la fe y el honor de la raza. El ejemplo de la Mota, con su alto nidial teresiano de muchachas en vela y oración, de cara a esa militante y no caducada empresa que es Castilla, está siendo imitado. Quizá pronto asistamos a la incorporación de los castillos, limpiada la herrumbre de sus viejos penachos, al joven quehacer de la patria. Sería inútil buscar mejor cimiento ni escudo mejor.

Y ahora nos llega la noticia, que bien merece subrayarse aquí, de que Miguel Ourvantzoff, pintor ruso de rigurosa maestría, acaba de entregar al Ministerio de Asuntos Exteriores una interesante y extensa colección de acuarelas, que resume, en tarca de muchos meses, uno de los paisajes esenciales del rostro y el ser de España: sus castillos. Las láminas de Ourvantzoff van a exhibirse en diversas capitales de la Península, y posteriormente, patrocinada por el Instituto de Cultura Hispánica, girarán en exposición circulante por los países de América del Sur. La retina y el pincel de un artista eslavo reactualizan así este viejo y siempre palpitante tema, erizado de sueños y señales, y ponen de nuevo ante nuestro ánimo, en singular y consumado encuadre, la osamenta espiritual de la desollada Iberia, tierra solar y matriz de un mensaje cuyo resplandor se asoma todavía, firme e intacto, al ancho meridiano de la estirpe. La gran familia hispánica, por medio del trazo objetivo de Ourvantzoff, testigo enamorado de una gran belleza, va a penetrar otra vez en el amurallado ensueño de los castillos españoles.

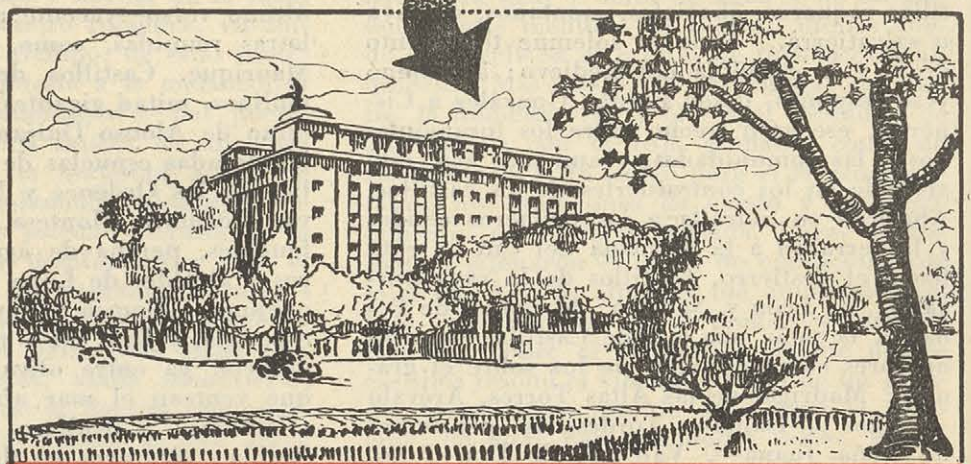
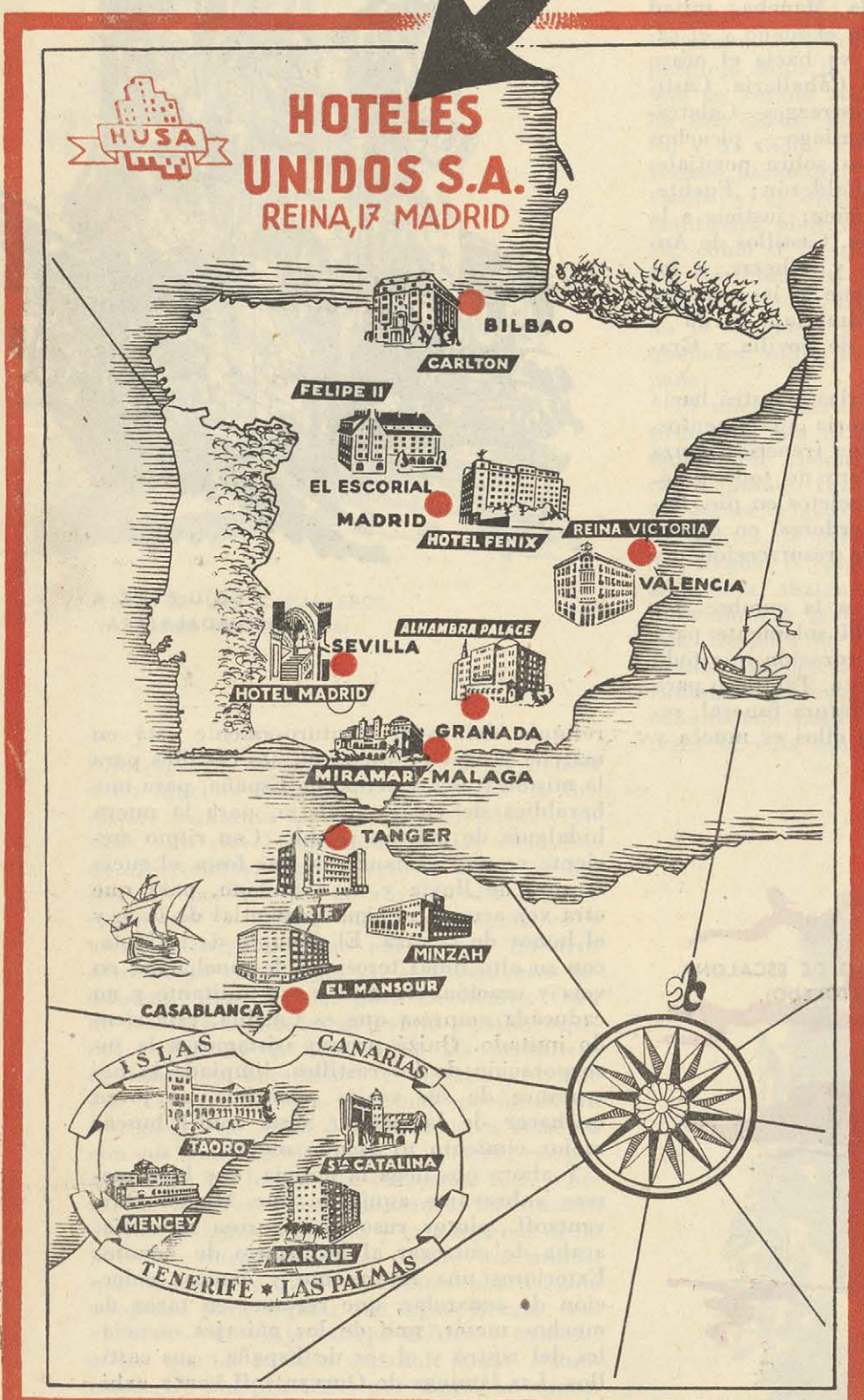
DIBUJOS DE MIGUEL OURVANTZOFF



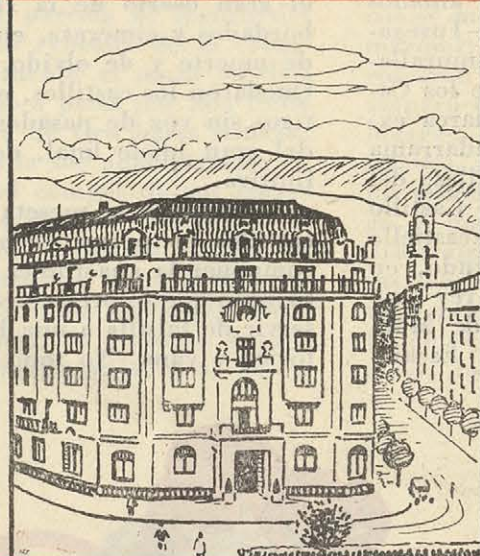
CASTILLO DE ESCALONA
(TOLEDO).

HUSA

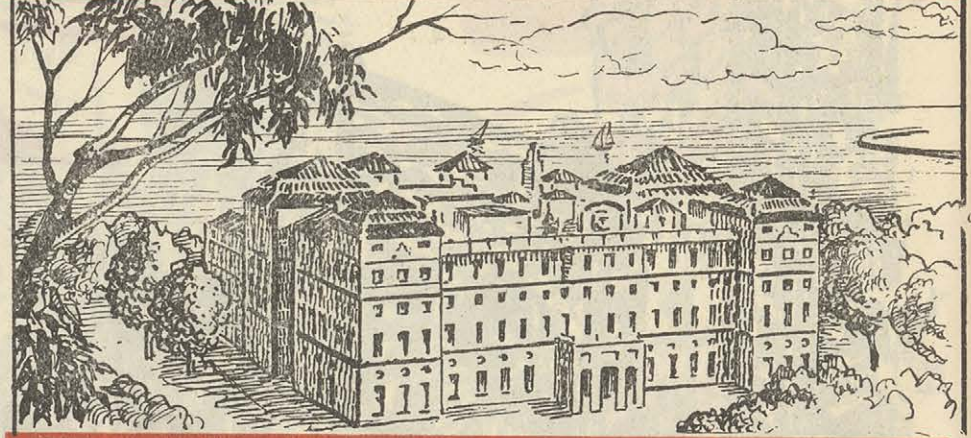
LES OFRECE LOS DIVERSOS ES LABONES DE SU CADENA, TALES COMO SE SITUAN EN ESTE MAPA; Y LES RECOMIENDA EN ESPAÑA CONTINENTAL



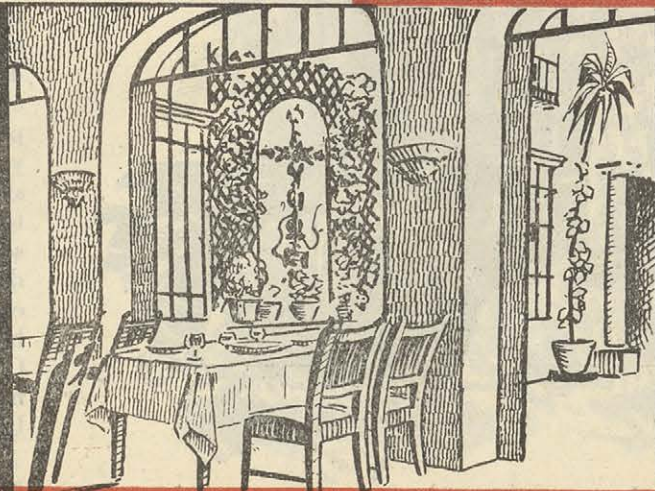
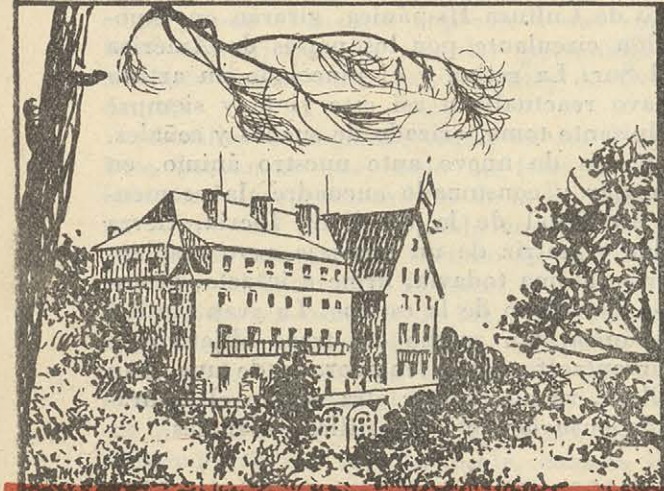
MADRID · HOTEL FENIX. situado en el "Corazón del Madrid de hoy".



BILBAO · HOTEL CARLTON **GRANADA ALHAMBRA PALACE**
El hotel y su panorama.



MALAGA · HOTEL MIRAMAR. Junto al mar.



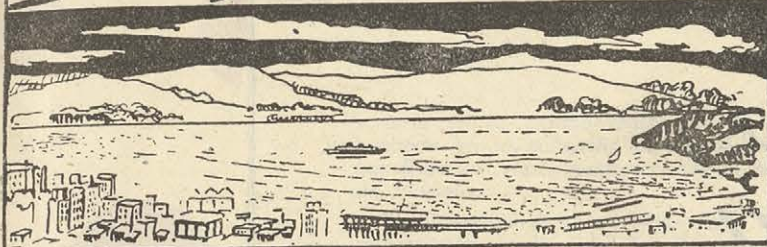
EL ESCORIAL · HOTEL FELIPE II
Visto desde su Parque.

SEVILLA · HOTEL MADRID
El patio de la Cruz y un rincón del comedor.

VALENCIA
HOTEL REINA VICTORIA

VIGO

La perla del atlántico



LA BAHIA PRESTIGIOSA, VISTA DESDE LA TERRAZA-COMEDOR DEL GRAN HOTEL

SAN SEBASTIAN
A FRANCIA

BILBAO

SANTANDER

EL FERROL

SANTIAGO

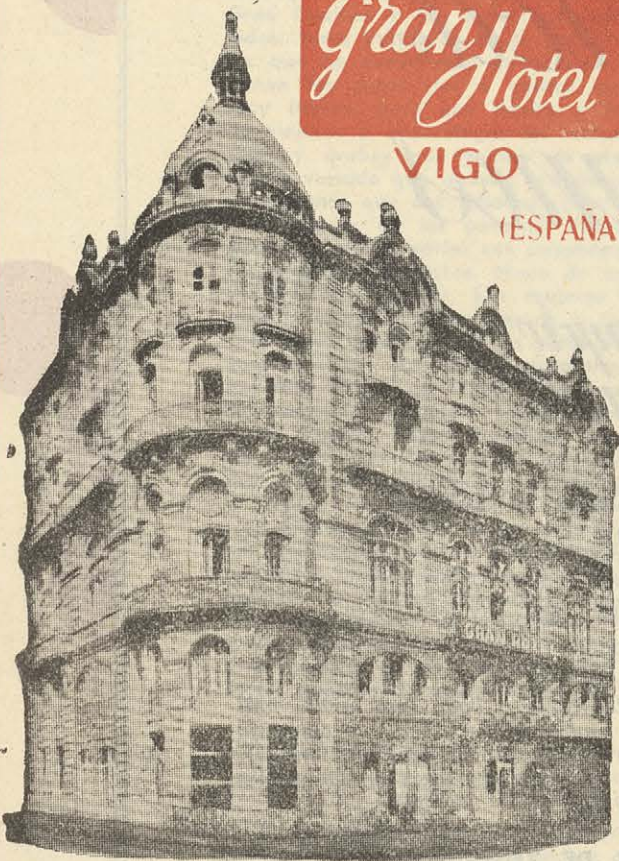
VIGO

TUY

LISBOA Y OPORTO
LISBOA
CASTELBRANCO
VERIN

Gran Hotel
VIGO

(ESPAÑA)



EN EL CENTRO DE LA CIUDAD, CON MAGNIFICAS VISTAS Y TODAS LAS ORIENTACIONES

AVENIDA DE POLICARPO SANZ, 1

(Esquina a Carral y a Marqués de Valladares)

Teléfono 5720

Telegramas y cables: GRANOTEL

- Apartamentos y «suites» de lujo.
- 150 habitaciones, todas con cuarto de baño y teléfono.
- Habitaciones con terraza y solárium, independientes.
- Calefacción y agua caliente.

Suntuosos salones de fiestas · Terraza-Restaurante cubierta, dominando la maravillosa ría · Restaurantes · «Grill-Room» Bares · Parrilla · Taberna gallega · Cocina internacional y típica · Ambiente señorial · Garaje propio.

PROPIETARIO:
CESAREO GONZALEZ

Antes de visitar ESPAÑA consulte usted a MUNDO HISPANICO

CADA año vienen a España numerosísimos hispano-americanos. La mayor parte de ellos, tienen familiares españoles, que pueden prepararles las etapas más interesantes en el país para su visita, preparación que es también relativamente fácil cuando el viajero vive en una ciudad importante, donde las direcciones de turismo o agencias de viaje pueden proporcionar la información necesaria. Pero para aquellos cuya vida transcurre lejos de estos centros y que no han venido nunca a España o lo hicieron hace muchos años, la previsión de una estancia en ella puede crearles preocupaciones y problemas, que desde nuestra revista trataremos de resolver.

MUNDO HISPANICO ha creado un servicio de información turística a la disposición de sus lectores. Desde este servicio se contestará gratuitamente a cualquier pregunta referente a un posible viaje a España.

- COMUNICACIONES TERRESTRES, MARI-TIMAS, AEREAS E INTERIORES QUE PUEDAN INTERESARLE
- LUGARES INTERESANTES QUE DESEE O PUEDA VISITAR
- RESERVA DE HABITACIONES EN HOTELES APROPIADOS
- RUTAS A SEGUIR EN UN TIEMPO MINIMO DISPONIBLE
- CIUDADES, MONUMENTOS, COSTUMBRES DE CADA LUGAR Y FECHAS ADECUADAS EN CADA CASO
- ETC., ETC.

Con MUNDO HISPANICO colaborarán entidades y firmas calificadas para dar el mayor número de facilidades a nuestros consultantes, de manera que su visita a España podrán hacerla sin preocupación alguna y en la seguridad de que MUNDO HISPANICO resolverá todos sus problemas turísticos.

Escriban a:

MUNDO HISPANICO (Servicio de Información Turística).
Alcalá Galiano, 4 · MADRID

en BARCELONA

"AVENIDA PALACE"

Dirección Telefónica: AVENIDOTEL.- Teléfono 22-64-40
Avenida José Antonio - Paseo de Gracia

El hotel más moderno de Barcelona, en pleno centro de la Ciudad Condal.

250 habitaciones con baño, ducha y radio. Aire acondicionado. Servicio de cocina a la gran carta

"HOTEL ORIENTE"

Dirección Telefónica: ORIENTEOTEL.- Teléf. 21-41-51

Situado en las típicas Ramblas, a 300 metros del puerto. 200 habitaciones con baño y el máximo confort.

"EL CORTIJO" (Temporada de Verano)

Restaurante-jardín y salón de fiestas. Instalación puramente andaluza en el mejor emplazamiento de la ciudad. Espectáculo típico español e internacional.

en PALMA DE MALLORCA



"HOTEL VICTORIA" "HOTEL PRINCIPE ALFONSO"

Ambos situados al borde del mar, rodeados de jardines y espléndidas terrazas, con una magnífica vista sobre la bahía de Palma.

en TARRAGONA

"HOTEL EUROPA"

HOTEL de LONDRES y de INGLATERRA SAN SEBASTIAN

ESPAÑA

Frente a la Concha
COSTA VASCA



Sevilla, vista de cerca por los lejanos

*En la ciudad hay siempre
una fragancia que pasa*

ANTOLOGIA: DE ANDREA NAVAGIERO, EMBAJADOR DE VENECIA
A JOSEPH PEYRE, PREMIO GONCOURT

Por JOSE MONTERO ALONSO



MAJOS

No se ha hecho aún el libro de Sevilla vista por los extranjeros: lo dificulta la misma enorme cantidad de textos que habrían de ser agrupados. Queremos hoy recoger, un poco a modo de muestrario, algunas de esas páginas de escritores no españoles inspiradas por la luz y el alma de Sevilla. Sevilla no es una sola cuerda, un tema monótono: hay en su armónica unidad una rica diversidad de galas y fascinaciones. Es el sol y la noche, los conventos íntimos y la magnificencia de la catedral, la soberbia historia y el colorido popular, la copla y el silencio, el aire y el jardín, el Alcázar y el Archivo de Indias, la Se-

mana Santa y la Feria... Toda una escala múltiple y distinta, que aquellos escritores extranjeros supieron ver y reflejar en la larga serie de elogios inspirados por la que un escritor sevillanísimo llamó «ciudad de la gracia».

EL EMBAJADOR DE VENECIA Y LA SEVILLA DEL SIGLO XVI

En el siglo XVI, el embajador Andrea Navagiero representa a Venecia cerca del emperador Carlos I. El es quien traerá a nosotros el endecasílabo, el soneto, las nuevas rimas italianas. Lo cuenta Juan Boscán en su carta a la duquesa de Soma:

Estando un día en Granada con el Navagero, tratando con él en cosas de ingenio y de letras, y especialmente en las variedades de muchas lenguas, me dixo porqué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia.

En su «Viaje por España», el embajador veneciano traza ya un elogio de Sevilla, cuyos palacios le impresionan:

Se parece—cuenta—, más que ninguna otra de las de España, a las ciudades de Italia; sus calles son anchas y hermosas, pero las casas en general no son muy buenas; hay, sin embargo, algunos palacios que no los he visto mejores ni más bellos en toda España; dentro de sus muros, muchos jardines y solares, porque es corto su vecindario.

LOS VIAJEROS ROMANTICOS

Sevilla, ciudad esencialmente romántica, había de encontrar en el romanticismo una escuela de expresión literaria acorde con el espíritu y la historia de la capital. Los escritores de esa época que pasan por España son ganados por Sevilla. Lord Byron vive

y ama en la ciudad andaluza. Teófilo Gautier se hospeda en la calle de las Serpes, y en su «Viaje por España» capta certeramente el espíritu, el color de Hispalis.

Sevilla—cuenta el escritor—tiene todo el rumor y movimiento de la vida. Le importa poco el ayer y menos aún el mañana; se entrega al día presente. El recuerdo y la esperanza son la ventura de los pueblos desdichados; Sevilla es feliz y disfruta, mientras su hermana Córdoba, en silencio y soledad, parece que sueña gravemente con Abderramán, con el Gran Capitán y con todos sus esplendores desvanecidos, faros brillantes en la noche de lo pasado, de los que no queda más que ceniza. En Sevilla blanquean las casas tres o cuatro veces al año, cosa muy limpia, pero que oculta a las investigaciones de viajeros y arqueólogos los restos de adornos góticos y árabes que tenían en otro tiempo. Nada menos variado que aquella red de callejas, donde no se ven más que dos tonos de color: el añil del cielo y el blanco de las paredes. Puertas con cancelas permiten ver los patios con columnas, mosaicos, fuentes, tiestos y arbustos. Nada de particular tiene la arquitectura exterior. Las mujeres sevillanas confirman la fama de su hermosura, y casi todas se parecen, como acontece con las razas puras y de un tipo característico. Los ojos, rasgadísimos y con largas pestañas, hacen un efecto de colores blanco y negro desconocidos en España. Cuando una joven pasa cerca de alguien, baja lentamente los párpados y luego los levanta rápidamente y lanza de frente una mirada de irresistible fulgor. La frente suele ser alta y serena; la nariz, fina y aguileña; la boca, muy roja. Cierta delgadez de hombros y brazos es la única imperfección que el más delicado artista pudiera encontrar en las sevillanas. Sin ninguna exageración poética, se podrían encontrar en Sevilla pies femeniles que cupieran en la mano de un niño. Alardean mucho ellas de esa cualidad y calzan muy bien. Una niña francesa de siete u ocho años no podría ponerse los zapatos de una andaluza de veinte.

ALEJANDRO DUMAS Y EL ENCANTO DE LOS PATIOS

Otro romántico francés, Alejandro Dumas, en su libro «De París a Cádiz», dedica a Sevilla páginas de encendido elogio. Los grandes monumentos, como la catedral, o esos tranquilos refugios de intimidad que son los patios, le deslumbran y encantan.

Imagine usted—cuenta sobre la catedral—todo lo que la imaginación de los indios, de las persas, de los árabes, de los bizantinos, pudo construir de más rico, ostentoso, logrado y atrevido, y todavía no tendrá usted una idea del altar, que por sí solo constituye un mundo. En el centro del coro se eleva una especie de palo de navío, cuyo destino y aplicación nos preocupa una hora antes de llegar a saber que se trata simplemente de un cirio pascual.

Tras de la magnificencia catedralicia, el íntimo encanto de los patios.

Ante todo—escribe Alejandro Dumas—, nada de esas macizas puertas que usted conoce, sino las rejas más elegantes, mejor fabricadas y con más filigranas que yo he visto en mi vida, con toda suerte de dibujos Luis XV, de cifras, de ramilletes de alcauciles, todo en hierro trabajado como se trabajaba hace cuatrocientos años. Detrás de la reja, un patio con pavimento de mármol. Aquí la piedra está fuera de uso, y es el mármol el que se emplea. Detrás de la reja, un patio de mármol con una fuente en medio y arcadas marmóreas en torno. Es el «impluvium» antiguo, es el patio árabe. Después, flores desconocidas en nuestro clima, de grandes corolas rojas, enrolladas como caracoles; grandes racimos azules, sacudiendo al menor soplo de la brisa sus mil campanillas; raras especies de rosas color de carne, que se encaraman hasta veinte pies de altura; estrellas de



GITANAS VENDIENDO BUÑUELOS

púrpura que llamean entre un follaje verde oscuro, parecido al del sauce, y en los ángulos, naranjos o limoneros, que se doblan al peso de sus frutos de oro.

DE JORGE BORROW A EDMUNDO D'AMICIS

Carlos Dembowski visita España también en los años románticos.

Hace quince días—cuenta—que me propongo daros una breve noticia de Sevilla. Pero ¿por dónde empezar? Mujeres tan seductoras como peligrosas para la tranquilidad del viajero, arquitectura árabe, costumbres, tradiciones, una catedral magnífica, llena de cuadros admirables... Una palabra acerca de las casas. Son bajas, y muchas veces coronadas por terrazas, a la usanza árabe. La habitación principal es el patio, pavimentado con lindos mármoles y rodeado de una galería que forma elegantes y esbeltas columnitas. Allí se juntan los cuadros más bonitos y los mejores muebles de la casa; diseminadas, estatuas, jaulas con pájaros, y en medio, una fuente con su surtidor continuo, rodeada de flores y de hierbas aromáticas. De día se tiende encima del patio un toldo tupido, que le hace impenetrable a los rayos del sol; de noche se alumbra con numerosas lámparas y en él se reúne la tertulia; se divierten los reunidos de mil maneras a vistas y oídas de toda la ciudad, porque una verja de hierro separa solamente el patio de los curiosos que abundan en la calle.

Otro viajero del XIX es Jorge Borrow, quien, en «La Biblia en España», describe apasionadamente la ciudad: su río, su clima, su campo, su catedral, su alcázar...

Cuando el sol se pone—escribe—, el panorama que ofrece la ciudad, mirada desde ese sitio, es de inefable hermosura. A lo lejos se yergue la corpulenta Torre del Oro, empleada ahora como aduana, principal defensa de la ciudad en tiempo de los moros. Se alza al borde del río, como gigante centinela, y es el primer edificio que atrae la mirada del viajero cuando remonta el río hacia Sevilla. En la otra margen, frente a la Torre, se halla el hermoso convento de Agustinos, gala del barrio de Triana, y entre ambos edificios fluye el Guadalquivir, en cuyas ondas se mecen las naves de Cataluña y Valencia. Más lejos se ve el puente de barcas, que atraviesa el cauce. El principal objeto del panorama es, con todo, la Torre del Oro, donde los rayos del sol poniente parecen concentrarse como en un foco, de modo que semeja fabricada de oro puro, y es probable que a tal circunstancia deba su nombre. Yerto, yerto debe de estar el corazón que permanezca insensible ante ese paisaje mágico, al que apenas podría hacer justicia el pincel de Claudio mismo. ¡Cuántas veces he vertido lágrimas de arrobamiento



BAILE DE CANDIL

al contemplarlo, y escuchado a los mirlos y ruiseñores modular en la arboleda sus cantos melodiosos, y respirado las brisas cargadas con el aroma de los naranjales de Sevilla!

Edgar Quinet, en «Mis vacaciones en España», pinta el sortilegio que para él significa la catedral sevillana.

En la sombra de la nave me abandono así días enteros, sin pensar, sin razonar, a este poder de evocación que es la verdadera originalidad del arte español. Las apariciones me persiguen, me asedian como fantasmas, con una energía que me hace, a la vez, sonreír y estremecerme, porque hay que añadir que estoy casi siempre solo en la inmensa catedral y puedo dejarme embrujar a mi gusto, sin que nunca los vivos vengan a romper el círculo mágico.

El sol de Sevilla entusiasma a Ricardo Ford.

Cuando—escribe en «Cosas de España»—el flameante sol se pone sobre la roja torre de la Giralda, enciende sus bellas proporciones como si fuera una columna de fuego.

Y es ahora un escritor italiano, Edmundo d'Amicis, el ganado por el alma de Sevilla.

Me parece ver a Córdoba engrandecida, hermosa y más rica; las calles son más anchas, las casas más altas, los patios más espaciosos; pero el aspecto general de la ciudad es el mismo; aquella blancura purísima, aquella red inextricable de callejillas, aquel aroma de azahar, aquel aire gentil de misterio, aquella apariencia oriental que enciende en el corazón un sentimiento de amorosa melancolía, y las mil fantasías y deseos y visiones de un mundo lejano, de una vida nueva, de una gente desconocida, de un paraíso terrestre lleno de amores, de delicias y de paz. En aquellas calles se lee la historia de la ciudad; cada balcón, cada fragmento de escultura, cada encrucijada solitaria, recuerdan la aventura nocturna de un rey, las inspiraciones de un poeta, un amor, un duelo, un rapto, una fábula, una fiesta.

HISPANOAMERICA: RUBEN DARIO, ARTURO CAPDEVILA, MARTIN S. NOEL

No podía faltar, en este desfile de textos que glorifican y elogian el espíritu y la belleza de Sevilla, la presencia de Hispanoamérica. A Rubén Darío, por ejemplo, lo que le impresiona más profundamente es el encanto de los jardines del Alcázar.

De todo lo que han contemplado mis ojos, una de las cosas que más han impresionado a mi espíritu son esos deleitosos y frescos retiros. Ni las vetustas murallas, carcomidas de siglos, que aun atestiguan el viejo poderío de los conquistadores romanos; ni los restos visigodos, ni la esbelta Giralda mauritana, cuyo nombre alegra como una banderola, ni la Torre del Oro a la orilla del río, ni la magnificencia del Alcázar, que renuevan en mi memoria las sensaciones experimentadas en la Alhambra granadina, nada

me ha hecho meditar y soñar como estos jardines que vieron tantas históricas grandezas, tantos misterios y tantas voluptuosidades. La culpa la tiene, en gran parte, ese Don Pedro, que tenía tanto de Don Juan...

Otro gran escritor hispanoamericano, Arturo Capdevila, canta en «Tierras nobles» la serenidad fragante de las noches de Sevilla.

Pronto advertí, a la izquierda, como en un romance de Zorrilla, en hornacina con vidriera, una imagen de la Virgen al resplandor de un farol. Zaguán adelante, una ventana sevillanísima, con las rejas cuajadas de enredaderas y las enredaderas cuajadas de flores, pedía una copla. Pasaba fragante el viento. En Sevilla hay siempre una fragancia que pasa. Estaba, por otra parte, en el barrio de la Santa Cruz, perfumado de leyendas. Doblé por otro zaguán y seguí adelante por nuevo pasadizo o corredor. Abriendo los brazos, hubiera alcanzado las dos paredes con las manos. Colgaban enredaderas de las tapias. Me rozaban el hombro al pasar. Di al fin con una plazuela. Por la plazuela abajo, descendiendo escalones, hallé, bañados de luna y al propio tiempo tupidos de sombra, los jardines de Murillo. Me detuve. Había descubierto por mí mismo y a la hora justa el vergel de la delicia, la glorieta del encanto, el escondite de la felicidad. ¿Sonaba alguna fuente? Sonaba. ¿Qué fuente sería, no habiendo ninguna? Hace falta un nombre abstracto. Digamos que sería la fuente del Rumor de la Noche. Pero sonaba la fuente...

Finalmente, un tercer texto: el de Martín S. Noel en «España vista otra vez».

Por fuera y por dentro—dice el escritor argentino—, Sevilla es enérgicamente ideal. Se la ve bajando de las alturas adegañas, envueltas siempre en transparentes gasas, ya en los vaporosos cendales de la húmeda vega que bañan el Guadalquivir y el Guadiana, o bien bajo el cristalino fanal de reverberante luz que la cubre desde el cielo pintado por Murillo, cerniéndola de espectral blancura oriental. En la depresión de una llanada rompe el espacio con el desvarío de sus cúpulas cristianas y de sus minaretes árabes, cuál místico, cuál voluptuoso, hiriendo las nubes, ya con salmos redentores, o bien como ardientes llamaradas de barroco amor exhumado de las ardillas aticistas de Itálica. ¿Cómo expresar, pues, su diáfana materialidad, que pudiera, acaso, simbolizarse en la arena de su suelo: impalpable al tacto y ardiente a los ojos; voluptuosa como la quimera, ocre y cálida como la verdad de una pasión?

NUESTRO SIGLO: DE MAURICIO BARRÉS A PAUL MORAND

Nuestro siglo da brillos y enfoques nuevos al tema sevillano en las letras. Así, Mauricio Barrés, en «De la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte», dice:

Sobre las losas tan frescas del Alcázar he respirado la sangre, la juvenil y vigorosa sangre de los amantes y de los ambiciosos que fueron asesinados; y sobre estas losas, todavía, algo ligero que flota me ha recordado los tapices que fueron echados para convertirlos en alcobas. Tantas veces lavadas y tan mudas, estas largas salas no pueden rehusarse, sin embargo, la confesión de la más violenta vida nerviosa que ha sido dado al hombre vivir. ¡Muy bello país España, aristocracia del mundo!

He aquí, ahora, a Havelock Ellis describiendo la catedral:

Muy complejos son los elementos que forman el encanto de este monumento, que parece logrado en sí mismo, aun prescindiendo del culto y de la gente en que se pensó al hacerlo. Yo he discurrido largas horas—de mañana, de tarde y de noche—, entre sus muros, durante varias semanas, y el último día me pareció tan deliciosamente esquivo de sus bellezas, tan lleno de sorpresas fantásticas como el primero. Se aprende, sin embargo, a destacar algunos elementos del encanto total. Es una (Pasa a la pág. 62.)

SEVILLA DESDE SU FERIA

SEVILLA y la primavera son dos conceptos inseparables. Valdría mejor decir abril y Sevilla. Con el leve pretexto de una feria de ganados, la ciudad exterioriza sus interiores formas. No hay en el mundo espectáculo más deslumbrante que el del real de la Feria a última hora de la mañana, cuando cientos y aun miles de caballistas pasean a la grupa a toda una antología de la belleza femenina. O el del mismo real en las primeras horas de la noche, cuando, sobre una cascada luminosa, se desparra lo popular en esencias de cante y baile de la más pura estirpe. O el de la vieja plaza de la Maestranza, crisol de una manera de entender el toreo, cuando sobre su amarillo albero se produce, en esas sus corridas «clave» de la fiesta en España, la faena memorable. «Sevilla, para herir.» Cuando aun están en el aire los acentos lúgubres de las últimas saetas de su Semana Santa, la ciudad se entrega a la gracia. Se engalana para la gracia. Se desposa, simbólicamente, con la gracia. Es la Feria. Entonces toda la alegría de vivir se exterioriza en la manera como se bebe una copa de manzanilla, en el repiqueteo de un crótalo de arcaicas remembranzas, en un baile por sevillanas pleno de ancestral sabiduría. La ciudad de la gracia está toda ella en su Feria, sin tregua para la melancolía, sin cuartel para la tristeza. Sevilla es toda una definición del mundo, según el concepto del viejo, sabio y sentencioso Sur. Quien quiera entender este concepto ha de ir a la ciudad en los días en que se define plásticamente.

FOTOGRAFÍAS: LARA



La caña de manzanilla espacia una conversación sostenida sobre la grupa en la mañana de la Feria. El ambiente es el más propicio para el vino andaluz.

A la puerta de una de las innumerables casetas que las casas comerciales instalan en la Feria, se ha producido espontáneamente el milagro del baile.



Alguna vez hay que improvisar un baile por sevillanas, prescindiendo incluso del atuendo característico: traje de volantes ella y el caballero chaqueta corta.





La duquesa de Alba y Cristina Albuquerque, perfectas amazonas andaluzas, salen del Palacio de las Dueñas para pasear por el real de la Feria sevillana.

Varias parejas a la grupo se han parado ante una de las casetas, donde se les sirve una copa de buen vino andaluz antes de continuar su paseo por el real.



Sinfonía de color de la mañana de Sevilla en el paseo por su Feria, al paso lento de un coche de viejo estilo, tirado por un adivinado tronco de caballos.



El coche de caballos, esa otra institución eterna de la Sevilla de siempre, conduce a la familia hacia una de las varias entradas de la Feria incomparable.





En una barrera de la plaza de la Maestranza, los marqueses de Villaverde cambian impresiones con el caballista Joaquín Pareja Obregón antes de la corrida.



El, chaqueta corta y zahones de montar; ella, traje blanco de volantes, disfrutan de la delicia de la mañana abriëña a la grupa de un buen potro andaluz.



En ocasiones, la nota exótica de una cabellera rubia se da también en la Feria de Sevilla, pero atemperada por un atuendo muy apto para el típico lugar.

Otra vez la caña de manzanilla y el diálogo entre dos parejas a la grupa, en un intervalo del tiempo que, en la mañana de la Feria, se dedica al paseo.





«Chamaco», o Antonio Borrero, de Huelva. Veinte años de edad y la última revelación del toreo español. Revelación con ruido, con estrépito, con enormes resonancias populares. Un vendaval de emoción, como antes lo fueron «Manolete» y «Litri».



UNA REVOLUCION EN EL TOREO

“CHAMACO” EL IDOLO DE BARCELONA

EN UN AÑO PASO DEL ANONIMATO
A LA MAS RUIDOSA POPULARIDAD

1954: DOS CORNADAS GRAVES
Y CINCO MILLONES DE PESETAS

Por MARINO RUBIERA LOCHE



SAENZ

No son tristes las calles de Huelva, como no lo puede ser cuanto se relacione con el ambiente de Andalucía. Ni las callejuelas, por tortuosas y difíciles que se presenten en su trazado. Callejuelas como ésta, bañada a raudales por el sol, con un resol deslumbrador, nacido en las enjalbegadas paredes; callejuela un momento desierta, pero de alegre soledad; apenas rasgado después el silencio por unos pasos cansinos de alguien que camina despreocupado de los rayos del sol. Es un muchachuelo el que avanza sin prisas—sin pausas tampoco, podríamos agregar para completar la frase goethiana—; casi un chiquillo por el aspecto, de rostro muy triste y con un traje anárquico, que revela la precaria situación económica de su poseedor. El muchacho detiene el lento caminar ante una humilde casa y, dirigiéndose a una de las ventanas, pronuncia un nombre. Hasta que aparece una gentil figurilla no aparta la mirada, sin preocuparle un ardite el cegador resol.

—¿Qué quieres?
—Que bajes al portal.
—No me deja mi madre.
El chico pone su mirada en la mal empedrada calle, mientras murmura: «Ya te dejará.»
Antoñito Borrero desanda los pasos con la misma calma y bajo el mismo sol de justicia; el rostro sigue triste, y al son de sus pasos mascula el «Ya te dejará.»

Huelva es una capital chiquita, en la que no se nota la alegría ruidosa de los andaluces de Sevilla. Los onubenses son de pocas palabras—quién sabe si por la influencia de los benimerines—, y los propios Pinzones se mostraron bastante lacónicos cuando pusieron sus naves al servicio del descubrimiento. Como sus paisanos, Antoñito Borrero se encierra en su piel, y las conversaciones largas sólo

tienen por interlocutor a un invisible ser que ha tomado asiento en su pensamiento. Si para los transeúntes Antoñito Borrero es una losa que anda, ¡vaya parrafadas, sin embargo, las que sostiene con aquel ser invisible, único confidente de sus anhelos!

Triste infancia—de la que apenas ha salido ya—la de Antoñito Borrero. Ha nacido el 13 de septiembre de 1935; antes que él vino al mundo una hermana, y después de él, otra parejita. Su padre, obrero mecánico, lleva años sin trabajar por haber quedado inútil de la mano derecha, y la madre se afana en sacar adelante a la familia. Cuando hace poco Antonio Borrero se refería a los tiempos difíciles de su casa, se expresaba así:

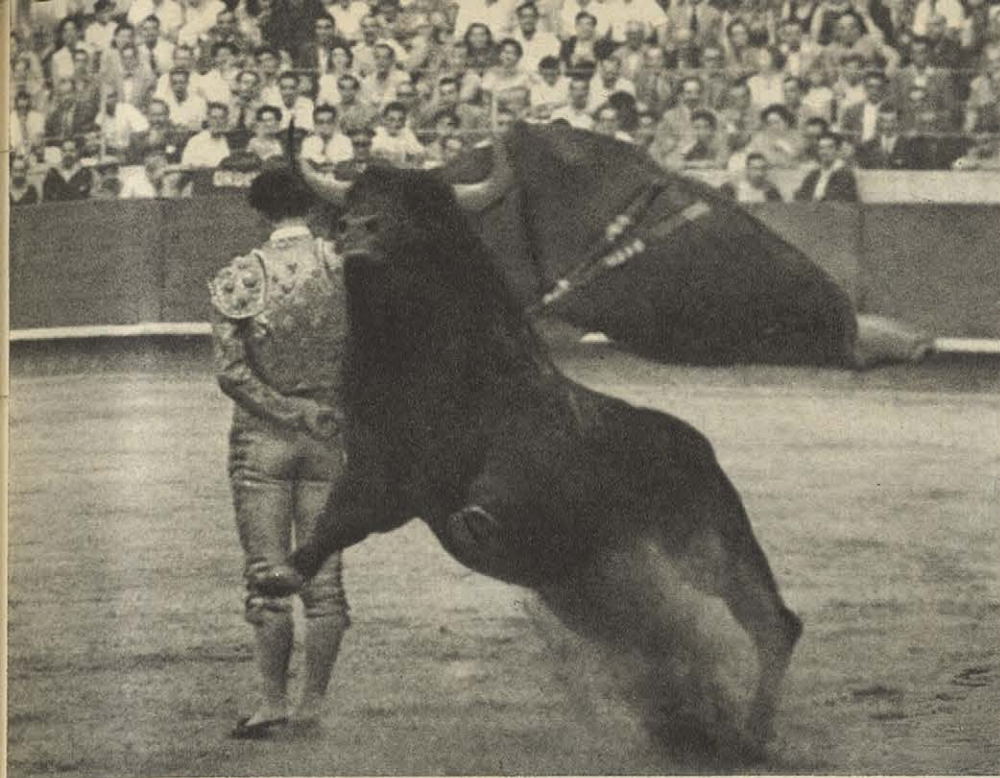
—¿Si he pasado hambre? Los niños lo pasamos distraído y no nos damos cuenta de lo que ocurre en el mundo.

Que, como el lector verá, es una elegante manera de tratar un tema desagradable sin eludirlo ni ahondarlo. Mas, ¿es cierto que Antonio Borrero no pensaba ya en su penosa situación y en la de su familia? No; Antoñito no se distraía hasta ese extremo. El veía la lucha de la madre contra la miseria que los rodeaba; la impotencia del padre, inutilizado para el trabajo; se veía a sí mismo «tan poca cosa», que comprendía bien el motivo de aquella cruel respuesta: «No me deja mi madre.» Seguramente, de ahí la tristeza de su rostro.

Antoñito Borrero piensa—¡vaya si piensa!—en salir de situación tan amarga. Da vueltas a la imaginación y pasa muchas horas hablando con su buen «amigo», aquel consejero que se ha aposentado en su cerebro. Y la conversación perfila, cada vez más y mejor, un destino. Se engendra la decisión por el ejemplo más cercano que el muchacho tiene. Ve al «Litri», que en unos años se hizo millonario toreando. Para Antoñito el toreo llega a ser obsesión por cifrar en este arte el bienestar de su familia, la seguridad de su «Ya te dejará». ¿Su revancha también? No. Antoñito es incapaz de revanchas. Le mueve algo más noble, más digno. Aspira a ser algo que le permita redimir a su gente de la miseria. Por eso él quiere llegar a ser torero.

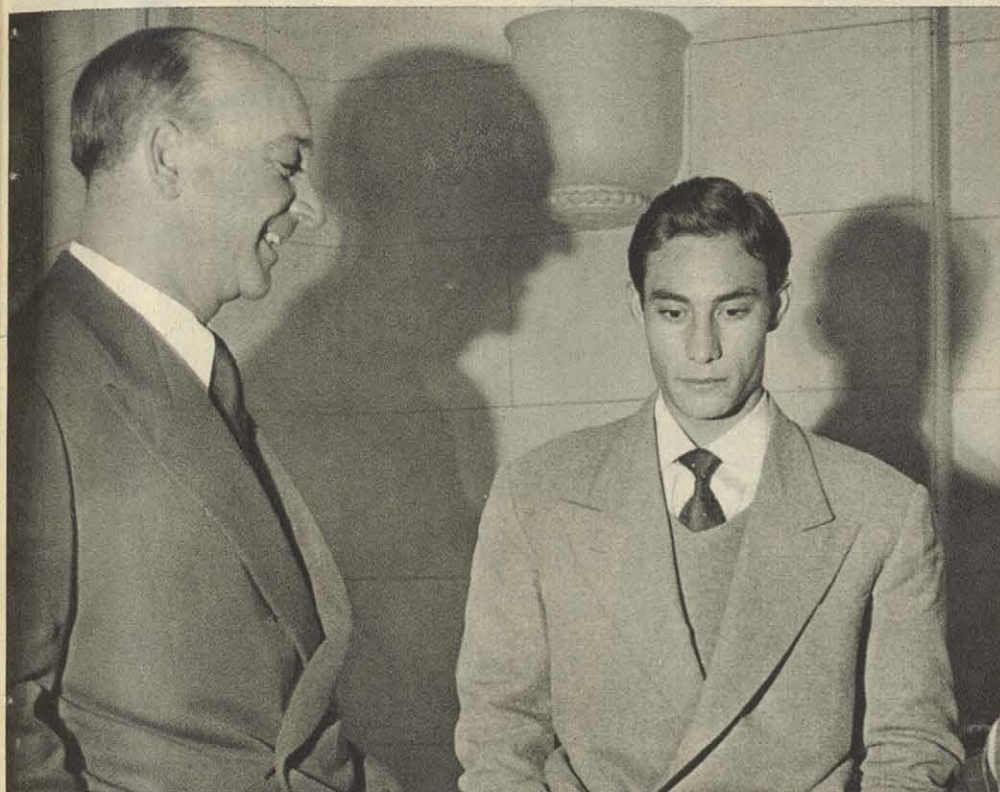
Antonio Borrero, pese a su aire de alma en pena, no puede sustraer-

SAENZ



GONSAÑI

Una manoletina escalofriante. El toro alza en un salto su poderosa armadura al filo de la espalda del torero, quieto, inmóvil, impasible. El, «Chamaco», ya ha afirmado que tiene más fe en Dios que en sí. Después leerá un periódico infantil.



PASTOR

El apoderado de «Chamaco» es «Camará». Pero «Camará» se sale de esas lindes para ser un director técnico, un «manager», quizá el primero, de todos. Antes, «Camará»-«Manofete»; después, «Camará»-«Litri», y ahora, «Camará»-«Chamaco»...

se al influjo de los juegos infantiles, pero como le apremia ser hombre, gusta de los juegos viriles. Más aún: de los francamente peligrosos. Es decir, aquellos juegos en los que las pistolas imponen el dominio. La imaginación infantil es en esto de una asombrosa fertilidad, y Antoñito no es de los menos imaginativos. Un buen par de pistolas, de esas que parecen de verdad, cuestan su buen dinero, y Antoñito no tiene dinero, pero sí ingenio. Unas simples maderas bien trabajadas proporcionan el arma mortífera, y la garganta del chico se encarga de imitar a la perfección los estampidos. Ahora bien, ¿cómo se imaginaban aquellos críos de Huelva a los chamacos mexicanos? Sin duda, cargados de cuantas armas infernales creó el ingenio humano; porque el caso es que a Antoñito, por aquellas pistolas y el estruendo que con su garganta armaba, le colgaron el remoquete del «Chamaco». Y con él se quedó.

Ya tenemos a Antonio Borrero el «Chamaco». Las comadres del barrio del Matadero sentían escalofríos cuando el «Chamaco» y sus huestes proyectaban alguna *esaborisión*. Pero las comadres del barrio del Matadero han perdonado ya a Antoñito. Al fin y al cabo, ¿qué era aquel ruido en comparación con el que el «Chamaco» ha armado sobre toda la geografía nacional? Realmente, un susurro casi agradable. Ahora, al menos, pese a que el recuerdo no queda nada lejano, así les parece. Apreciación en la que no influirá poco el orgullo localista.

Por otra parte, las escapadas del «Chamaco» al estruendo eran cortas y esporádicas. El estado normal de Antoñito anclaba en el polo opuesto. Pronto se encogía y se dejaba invadir de la tristeza. Ve tan cerca la miseria, que casi la palpa. Y la encuentra repelente, sobre todo cuando piensa en sus padres, en sus hermanillos. El, con sus (Pasa a la pág. 58.)

Una de las más típicas actitudes de «Chamaco»: una de las manos, en alto, doblado el cuerpo, dramático el gesto, que marca la entrega total a la suerte. Le han preguntado dónde está la verdad. Y contesta: «En parar, cargar, templar y mandar.»



GONSAÑI

«Chamaco» cara al toro, en el centro de las armas enemigas, en la misma horizontal. Nadie le enseñó a torear. «Saltaba la tapia del matadero—dijo una vez—y toreaba de noche, con la luna.» El padre, mecánico, se quedó inútil de una mano.



GONSAÑI

HERACLIO FOURNIER, S.A.

FABRICANTES DE NAIPES

VITORIA - ESPAÑA



EDICIONES DE ARTE
FOLLETOS - CARTELES
CALENDARIOS



FABRICANTES DE SELLOS (ESTAMPILLAS)



La Moda en Barcelona

Con el XXIX Sal6n de la Moda Espa6ola, celebrado recientemente en Barcelona, se contin6a una tradici6n implantada por la Cooperativa de Alta Costura hace catorce a6os. El arte de los creadores espa6oles de modelos femeninos encuentra en 6l un veh6culo propicio para la noble competencia en la originalidad.

- 1 Una creaci6n imperial de Pertegaz en gasas y tules de fibra natural, con movimiento abullonado. Lo complementa un gracioso velo ajustado al cuello.
- 2 Conjunto de Pedro Rodr6guez para la media tarde. Abrigo en raso rosa y vestido en el mismo g6nero, con detalles multicolores bordados de suma delicadeza.
- 3 Vestido de tarde en sat6n blanco y labrado, adornado con dos lazos del mismo g6nero a la altura del hombro. Es una creaci6n de «El dique flotante».
- 4 Conjunto de tarde, original de Asunci6n Bastida. Abrigo y vestido en organza sat6n de tonalidades rosa y negra. Le da car6cter un amplio escote cruzado.



1



2



3



4

” ADELITA ”

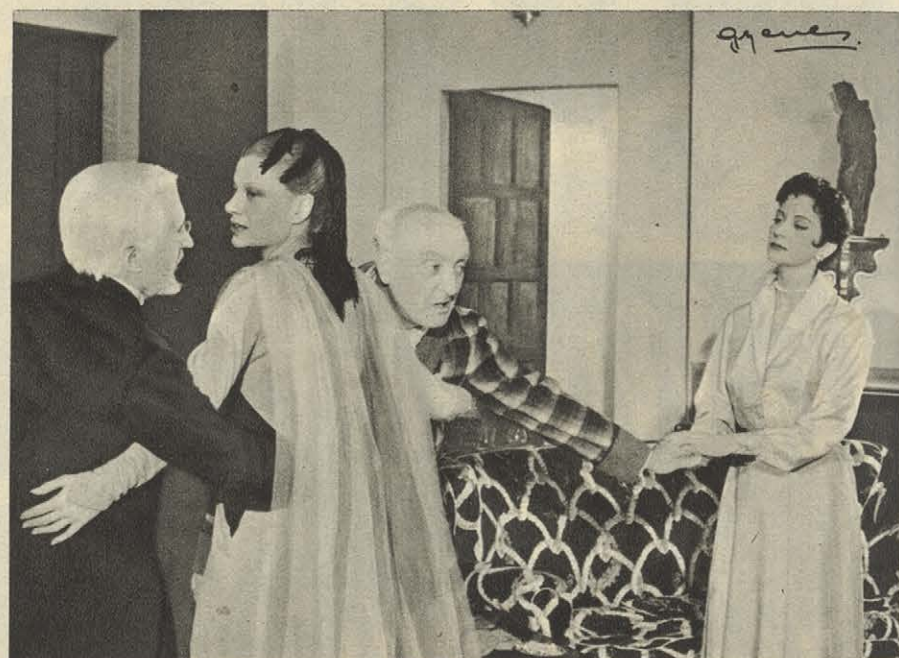
EL tema de «El baile»—la triunfal comedia de Edgar Neville—, la psicología y la viva «posibilidad» de sus personajes, hicieron que el autor se viera tentado a reanudar su escénica aventura y a llevar de nuevo al numeroso público de la primitiva comedia a una segunda parte, distinta y aislada, pero en la que los mismos personajes de aquélla discurren con su conocido encanto y eficacia teatrales. Así nació «Adelita», y así, con gran éxito, se estrenó «Adelita». La inimitable gracia de Conchita Montes, la múltiple riqueza expresiva de esos dos actores que son Pedro Porcel y Rafael Alonso, se han unido ahora a otros nuevos elementos para llevar al espectador a aquel mundo que la fantasía de Neville creó en su comedia «El baile». Estas escenas servirán a nuestros lectores como fugaz complemento gráfico del acto segundo de «Adelita», que damos íntegramente en las páginas de este número.

FOTOGRAFÍAS: GYENES



Adelita, interpretada por Conchita Montes, ante el asedio de Gérard Tichy en el papel de Angel, vigilada por sus viejos ángeles guardianes, Pedro y Julián.

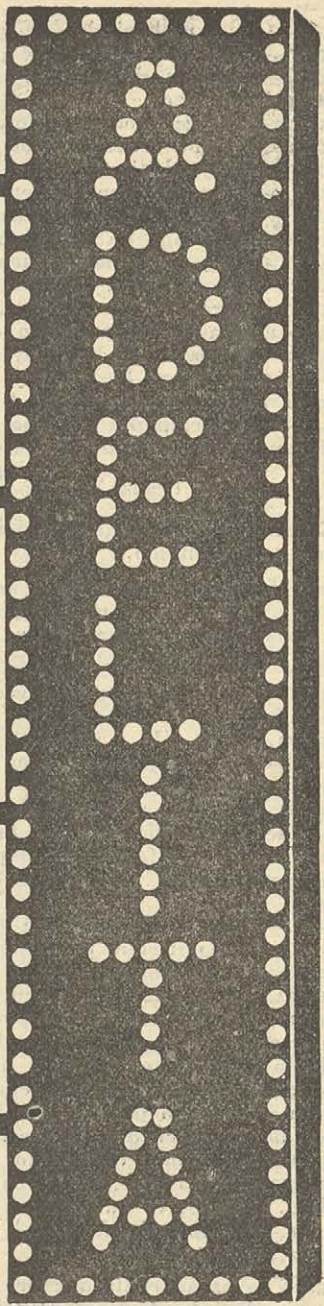
Adelita—primer acto—vuelve del baile con los dos simpáticos viejos, para quienes resulta inconcebible que Adelita pueda crecer y revelarse entre problemas de amor.



La Muerte (Mercedes Albert) se lleva a Julián (Rafael Alonso), mientras Pedro (Pedro Porcel) trata de aferrarse a la mano de Adelita, encantadora y terrenal.

Angel, ante el matrimonio que no conseguirá destruir. Adelita, con Tonito, su marido, papel que es interpretado en la comedia por el actor Fernando Guillén.





Por EDGAR NEVILLE

LA acción de este segundo acto de «Adelita» transcurre en la misma casa y habitación que el primer acto. Del primero al segundo acto, Adelita se ha casado. La habitación ahora ha sido decorada de nuevo. Muebles bonitos y actuales, y aunque la arquitectura es la misma, las paredes son claras; moderna, la tapicería.



(Al levantarse el telón entra ADELITA de la calle, cargada de paquetes, que coloca en diferentes muebles. En este momento aparece TONITO, que parece mayor; tal vez un bigotito marque el paso del tiempo.)

TONITO.—Pero, mujer, cómo vienes de cargada; no me vas a hacer creer que necesitabas todo eso y tan urgentemente.

ADELITA.—Pues sí; todo lo que he comprado me gusta y necesito verlo y tocarlo en seguida; me carga que me envíen las compras cuando ya se me ha pasado el capricho.

TONITO.—Reconoces que son caprichos y no necesidades.

ADELITA.—Claro; lo necesario son los filetes, y eso ya lo compra la cocinera. Yo compro los caprichos.

TONITO.—Pronto no quedará sitio en la casa ni dinero para los filetes.

ADELITA.—¡Vamos! ¡Vamos! Que no compro alhajas, y además, un día es un día.

TONITO.—Hoy es jueves.

ADELITA.—Y ¿qué más?

TONITO.—Tu santo no puede ser otra vez; ya lo fué la semana pasada, y tu cumpleaños, hace dos meses.

ADELITA.—¿Y qué ocurrió hace dos años?

TONITO.—Nuestra boda no; no fué en jueves.

ADELITA.—Pero fué el mismo día que hoy, el veinticinco de abril.

TONITO.—Perdona, mujer; se me olvidó; te hubiera hecho un regalo.

ADELITA.—No te preocupes. Ya me lo has hecho; todo esto son regalos tuyos para celebrar nuestro aniversario.

TONITO.—¿Qué has comprado?

ADELITA.—Ropa interior de gasa plisada y de nylon azul y rosa, y encajes para la ropa interior.

TONITO.—¿Qué más te da que sea de encaje de nylon o de gasa, si no se va a ver?

ADELITA.—Por de pronto, yo la voy a ver. Luego tú la vas a ver también.

TONITO.—Yo soy de la casa.

ADELITA.—Por eso quiero que sea en casa donde encuentres lo mejor.

TONITO.—Yo no entiendo de encajes.

ADELITA.—Yo, sí, y me gusta sentirme envuelta en ellos. ¿Tú sabes el aplomo que da a una mujer el saber que lleva una ropa interior perfecta?

TONITO.—¿Por si la atropellan?

ADELITA.—No, hombre, no; aunque no la atropellen. El ir bien vestida por dentro es, cómo te diría yo, una sensación espiritual, una alegría como la que se tiene después del baño, cuando estás tan limpio y tan ligero.

TONITO.—Yo te aseguro que me siento perfectamente y no llevo encajes ni gasa plisada.

ADELITA.—Yo soy una mujer, ¿comprendes? No, no lo comprendes. No tienes ese sentido que capta el valor de un perfume, el murmullo de una seda. ¡Ay, Tonito, eres bueno, pero bruto!

TONITO.—Gracias.

ADELITA.—En un sentido solo; eres muy listo en lo tuyo, en decir que sí o que no en el Banco; pero ignoras el término medio, el quizás, el tal vez.

TONITO.—Todo eso son cosas que inventáis las desocupadas para justificar vuestro ocio, para darle relieve a vuestra frivolidad.

ADELITA.—No, hombre, no seas torpe; ni el perfume, ni la seda, ni el plisado, son frivolidad. Es el complemento de una mujer, es lo que hace que te ilusione volver a casa después del trabajo.

TONITO.—Lo que me ilusiona al volver después del trabajo es tumbarme a leer un libro, o tan sólo a descansar; pero ése es el momento en que vosotros, que no habéis dado golpe en todo el día y que estáis trepidantes, os queréis ir a la calle a todos los estrenos, los cock-tails, los clubs de noche, a arrastrar vuestro nylon y nuestro sueño y a gastar una fortuna.

ADELITA.—¡Vaya, ya salió aquello!

TONITO.—Y ¿por qué no? Si es así: gastas mucho más de lo que puedes; eres una loca.

ADELITA.—Y tú un memo; gasto sólo lo que puedo gastar.

TONITO.—No ahorras ni un céntimo.

ADELITA.—¡No faltaba más! ¡Qué ordinariéz y qué falta de caridad!

TONITO.—¿Cómo?

ADELITA.—Perfectamente; los hombres que deben ahorrar para su vejez son esos que llamas económicamente débiles, los pobres. Pero los más o menos ricos debemos gastarnos todo lo que nos sobra, repartirlo entre los demás. El ahorro en los ricos es inmoral.

TONITO.—Loca; lo que digo, loca. Yo no sé en que estaba pensando cuando te conocí para no darme cuenta de ello.

ADELITA.—Pues estabas pensando en las gasas, en los plisados, en los encajes, en los perfumes...

(TONITO se queda pensando y entra PEDRO en escena, más viejo que nunca y más «gagá».)

ADELITA.—¿Qué hay, abuelo?

PEDRO.—Que no hay medio de encontrar la mosca alpina. No sé dónde la metió el pobre Julián, y luego, con la obra de la casa, vete tú a saber.

TONITO.—¿Cómo era la mosca?

PEDRO.—Como todas las moscas, pero alpina.

TONITO.—¡Ah!

PEDRO.—Se diferencia sólo en las membranas de las aletas.

TONITO.—¡Claro!

ADELITA.—No te canses, ya te la buscaré yo luego; prepárate y ponte una chaqueta, porque hay un invitado a almorzar.

PEDRO.—Si quieres como en mi cuarto.

ADELITA.—¡De ningún modo!

PEDRO.—Lo digo por si hay sopa. Como mi dentadura la tiene tomada con la sopa...

ADELITA.—No hay sopa, y si la hubiera no importa; estás en tu casa, la sopa es tuya y la dentadura también; así es que puedes hacer con ellas lo que te guste.

PEDRO.—(A Tonito.) Es monilla, ¿no?... Dame un beso.

(Se lo da.)

Voy a vestirme.

(Pausa. Mutis de PEDRO.)

ADELITA.—Tú también te pondrás una chaqueta, ¿no?

TONITO.—¿Quién viene a almorzar?

ADELITA.—Angel Estrella; me lo encontré al salir de una tienda; no nos habíamos visto desde el día de nuestra boda.

TONITO.—Se emborrachó.

ADELITA.—Sí; estuvo muy gracioso, ¿te acuerdas?

TONITO.—No recuerdo que estuviera gracioso. Ahora que pegaba muchos gritos.

ADELITA.—Era para olvidar.

TONITO.—Para olvidar que los demás tenían oídos.

ADELITA.—Para olvidar que no era él el novio; ya sabes que me pretendió cuando éramos casi niños.

TONITO.—Y tenía hambre.

ADELITA.—Era atroz en las meriendas.

TONITO.—Digo hoy, cuando le has invitado.

ADELITA.—No; me ha dado alegría verle y he supuesto que a ti también te gustaría. ¿Te molesta?

TONITO.—No; es que tenemos que cumplir con tanta gente antes que con ése...

ADELITA.—Bueno, pero son gente de cumplido, a quien hay que darle comidas en serio, con velas y un criado extra y tarta helada. Con Angel hay confianza; mira, si quieres, no te pongas ni la chaqueta.

TONITO.—No; tengo una chaqueta para estas ocasiones. Tú, en cambio, me vas a organizar una comida con mi jefe.

ADELITA.—Y con su mujer, que siempre tiene razón, y con la cuñada.

TONITO.—Son personas dignísimas; la cuñada es una personalidad en Avila, para que lo sepas.

ADELITA.—Ya lo sé; es la que dirige la campaña para moralizar aquella provincia.

TONITO.—¿Qué mal ves en ello?

ADELITA.—Ninguno.

TONITO.—En todo caso es gente que me conviene tratar bien y que vean que ésta es una casa como es debido.

ADELITA.—Pues que vengan cuando quieras; ese día convidaré también a otras personas respetables y les haré una comida de gente seria; primero, sopa.

TONITO.—No te burles.

ADELITA.—No me burlo; la sopa es lo más respetable de toda la gastronomía; si le añades cuadrillos de pan frito, ya no cabe duda de que somos de derechas.

TONITO.—No te olvides que soy un alto empleado de Banca y que es un oficio de gente seria y de derechas, como dices, y que toda esa burla que haces de mis amigos me ofende a mí igualmente. Y tampoco olvides que en esta casa se invita a comer a quien yo quiero.

ADELITA.—Espero poder hacer lo mismo.

TONITO.—Pues sí, pero con reservas; pase lo de hoy con ese ganso de Angel.

ADELITA.—No es un ganso.

TONITO.—Se pasa la vida en los bares sin hacer nada útil. Si viniera a pedirme un crédito no se lo daría.

ADELITA.—No necesita créditos; es rico por su casa, y, como no trabaja, no expone su dinero y puede vivir sin pedirte permiso; yo le he invitado porque me divierte y como vacuna contra tu comida de gentes respetables.

TONITO.—Bueno, pues no hablemos más.

ADELITA.—¿Cuándo quieres invitarlos?

TONITO.—Un día en que tu abuelo esté acatarrado y se quede en la cama.

ADELITA.—¿No te parece bastante respetable con sus ochenta años?

TONITO.—Con sus ochenta años sigue contando cuentos de loros a los postres.

ADELITA.—Esta es su casa y puede contar lo que quiera. ¿Qué tienes que decir?

TONITO.—Que en Avila no caen bien.

ADELITA.—Ya tendrá cuidado. ¡Descuida! Se lo advertiré.

(Inicia el mutis por el fondo derecha.)

TONITO.—Te dejas esto. ¿Qué es?

ADELITA.—Caviar. Lo he comprado porque le gusta mucho a Angel.

TONITO.—Para esta clase de gente no haces economías.

ADELITA.—No volvamos a hablar de eso; no soy una mujer económica. Haberte casado con la cuñada de tu jefe.

(Coge el paquete y se va. TONITO la sigue y, desde la puerta, dice:)

TONITO.—¡Ojalá lo hubiera hecho!

(PEDRO ha salido de su cuarto y ha presenciado el final.)

PEDRO.—Esto es lo que creo que se llama «armonía conyugal».

TONITO.—Es imposible. ¡No la entiendo! Lo único que le gusta es gastar dinero en cosas inútiles, en frivolidades, y le tiene espanto a lo serio, a lo formal.

PEDRO.—No te preocupes, que ya le llegará su hora.

TONITO.—Pero mientras llega es insoportable la convivencia.

PEDRO.—Si algún día la pierdes, lo que recordarás con más emoción es todo eso que ahora criticas, porque es lo que hace que ellas, ¿comprendes?, ellas, las mujeres, sean superhumanas.

TONITO.—Locas.

PEDRO.—Llámalas como quieras; pero todo eso es la feminidad, lo que las hace medio hadas, medio pájaros, vilanos en el aire, música.

TONITO.—Yo me he querido casar con una mujer de carne y hueso, sin plumas, ni alas, ni nada de eso. Real.
 PEDRO.—Si vieras qué pesadas se ponen cuando son eso que llamas reales.
 TONITO.—Pues yo es eso lo que buscaba.
 PEDRO.—Te has equivocado de familia. En casa las mujeres son muy buenas, pero flotan en su tiempo.
 TONITO.—No lo entiendo, abuelo.
 PEDRO.—Me lo figuro; yo también floto algo... cuando no estoy cansado. (Llamen a la puerta.)
 TONITO.—El invitado. Ahora vuelvo.
 PEDRO.—Oye, si encuentras la mosca alpina, me la traes. Estaba en una cajita blanca.
 TONITO.—Bueno, abuelo.
 (PEDRO busca en los muebles y en un saco de labor.)
 PEDRO.—El pobre Julián nunca tuvo memoria.

(En esto aparece JULIÁN. Ya no es el viejo decrépito. Tiene algo de noble en su rostro. Ahora es un anciano y sigue con su frac y su pelo blanco. Pero ya no renquea ni tiene joroba ni lentes. Al ver a su amigo, es su expresión la del amor más puro y profundo. Pedro, en su caminar, se acerca a él y se detiene, como pensando dónde estará la cajita que busca, y entonces JULIÁN le abraza, sin que PEDRO se dé cuenta, y cogiéndole por un hombro, como una niñera a un niño, con inmenso amor, se lo lleva delante de un mueble y allí le guía la mano hasta que da con un escondite o cajón, donde está la mosca alpina. PEDRO la mira con entusiasmo, y JULIÁN, cumplida su misión, se aleja lentamente y hace mutis después de una última mirada a su amigo del alma.)

Ya está aquí. La había guardado donde debía, y yo sin dar con ella.

(Entra ANGEL, chico guapo y simpático, que se le queda mirando.)

Ya estás otra vez en mis manos, mosquita. Nos hemos pasado media vida juntos, y ahora, al final, creí que te perdía...

ANGEL.—Buenos días.
 PEDRO.—Hola, joven.
 ANGEL.—¿Se acuerda usted de mí? Le conocí en un baile hace unos años. Soy Angel Estrella, amigo de su nieta.
 PEDRO.—Sí, señor; le recuerdo perfectamente, porque es usted exactamente igual a todos los muchachos...

(ANGEL se ríe.)

No se ofenda por eso.
 ANGEL.—No me ofendo y me parece muy bien. ¿Qué tiene usted ahí?
 PEDRO.—Una mosca. ¿Le gustan los bichos?
 ANGEL.—Prefiero la perdiz.
 PEDRO.—Esta es más pequeña. ¿A usted la perdiz no le sabe a trapo en salsa?
 ANGEL.—(Se ríe.) Sí; tiene carne de bacalao.
 PEDRO.—No parece que estemos muy graciosos hoy, ¿verdad?
 ANGEL.—Es al principio; luego ya nos pondremos mejor en los postres. ¿Y aquel amigo que fué con usted al baile?
 PEDRO.—Julián... Se fué... Se marchó de aquí... Aquella noche hizo muchos excesos.
 ANGEL.—Me quitó una medio novia que iba de corsario.

(Se ríe.)

PEDRO.—Sí; andaba muy alocado con el corsario.
 ANGEL.—La volvió loca contándole cuentos toda la noche.
 PEDRO.—Sí; se acaloró con una y con otra y luego cogió frío...
 (Entra ADELITA.)
 ANGEL.—Hola, preciosa. Espero no llegar con retraso.
 ADELITA.—Llegas a tiempo. Ya veo que sois viejos amigos. Bueno, viejo tú, porque el abuelo no lo es.
 PEDRO.—Yo voy a empezar ahora mi

nueva dentición. Esta será de plástico.
 ANGEL.—Como sé que te gusta, te he traído esto.

(Le da una caja redonda.)

ADELITA.—¿Qué es?
 ANGEL.—Caviar.
 ADELITA.—¿Por qué te has molestado?
 ANGEL.—Por egoísmo. Quedo bien y me das un poquito.
 PEDRO.—Voy a llevar a la mosca con sus amigas. Oye, Adelita: no quiero comer hoy. Luego tomaré un vaso de leche.

(Mutis.)

ADELITA.—Siéntate un momento. Tonito vendrá en seguida.
 ANGEL.—Cuánto tiempo sin verte. ¿Qué hace una mujer casada?

ADELITA.—Pues, aquí por lo menos, tiene la sensación de haber terminado la carrera. Es como a vosotros cuando os dan el título de ingeniero o de abogado.

ANGEL.—¿Esperas pleitos o te dedicas a la cría del niño y a su explotación por los saltimbanquis?...

ADELITA.—Ya no es negocio; hoy los gitanos que roban niños están arruinados y te los dejan a ti en cuanto te descuidas.

(Entra PEDRO sin ser visto y se sienta con una lupa y unas cajas, pero sin querer escuchar lo que dicen.)

ADELITA.—Ya tenía ganas de verte. ¿Qué ha sido de ti?

ANGEL.—He andado por el mundo.

ADELITA.—¿Negocios?

ANGEL.—En cierto modo, sí; estudiando cómo es eso de los negocios.

ADELITA.—¿Y cómo es?

ANGEL.—Pues muy sencillo: los negocios son unos asuntos en que ganan dinero los que tienen dinero y lo pierden los que no lo tienen.

ADELITA.—Y si tienes dinero, ¿para qué necesitas hacer negocios?

ANGEL.—Eso mismo me pregunto yo; es el resultado de mis viajes de estudios. Si tienes bastante para vivir, estate quieto y deja que los otros se ganen la vida.

ADELITA.—Claro, lo bueno es que los que te rodean sean felices y prósperos. ¡Es tan cómodo!

ANGEL.—Mi padre nos decía siempre: «Sed buenos con todo el mundo y generosos; pero sobre todo con los ricos, porque los pobres no os pueden probar su agradecimiento.»

(Se ríen. PEDRO interrumpe su labor y ya sigue el diálogo, dándose cuenta del peligro que representa para el hogar de ADELITA la presencia de este hombre, simpático y con ideas tan afines a las suyas.)

ADELITA.—Algo cínico el consejo de tu papá, ¿eh?

ANGEL.—Era un optimista; cuando le llegó su final, dijo: «¡Qué bien moriré ahora que ya iba a ponerme enfermo!»

ADELITA.—Bueno, y volviendo a tus viajes, se puede decir que tú eres un hombre retirado de los negocios.

ANGEL.—Completamente. Ya estoy dedicado profesionalmente a vivir, a gozar de todo lo que de maravilloso tiene la existencia.

ADELITA.—¿Ves? Todo esto es lo que no acaba de comprender mi banquero. No tiene el menor respeto por lo superfluo.

ANGEL.—Pero tendrá otras virtudes que no tenemos nosotros. Tampoco es cosa de que nos creamos superiores a los que son de otro modo.

ADELITA.—No; al revés: a ese tipo de personas hay que darles la sensación de que están por encima de nosotros.

ANGEL.—De que son ejemplares.

ADELITA.—De que tienen una misión. ¿No te has fijado en que hay mucha gente que cree tener una misión?

ANGEL.—La misión de darnos la lata.

ADELITA.—Esa es generalmente la misión.

(Se ríen los dos.)

ANGEL.—¿A qué hueles?
 ADELITA.—Adivina.
 ANGEL.—(Después de saborear el perfume.) ¿Arpege?
 ADELITA.—Arpege. Como siempre.
 ANGEL.—No; de soltera usabas otro.
 ADELITA.—Era colonia Bandit.
 ANGEL.—Es verdad; me acuerdo muy bien. Tu perfume me llegaba antes, como una escolta de motoristas.
 ADELITA.—Sólo tú te dabas cuenta.
 ANGEL.—Y te lo decía.
 ADELITA.—Pero me lo decías con una broma, con un chiste, y yo era tan tonta que creía que el decir bromas y chistes no era lo serio, y que lo serio era ser trascendental y hablar de cosas profundas y tener razón siempre, y esas cosas...

(Pausa.)

Cuando se es demasiado joven debería estar prohibido...

(No sabe cómo continuar y se calla. El viejo está cada vez más preocupado; el mismo ANGEL viene en su ayuda.)

ANGEL.—No creas; los de las bromas también nos ponemos a veces muy pesados.

ADELITA.—Pero sólo a veces.

ANGEL.—No te dejes llevar por un día de mal humor.

ADELITA.—Procuró no hacerlo. Pero no es fácil. Hay días en que todo nos parece malo y fallido, y empezamos a sentir piedad hacia nosotros mismos.

ANGEL.—Pero al día siguiente es fiesta y en la habitación parece que hay campanas y banderitas.

ADELITA.—Eso es lo que ocurre al optimista, al que tiene el temperamento alegre. Pero el serio, el afligido, pasa de lo malo a una realidad sin excesos; ni campanas ni banderas, y lo peor es que no permite que las gentes de su alrededor las vean o las sientan. Créeme, es injusto que la pelmacería no esté penada en el Código. A veces es un delito.

ANGEL.—(Cambiando de tono.) Pero tú eres feliz, ¿verdad?

(PEDRO se ha adormilado y tira sus cosas al suelo. Mutis de JULIÁN.)

ADELITA.—¡Abuelo! No te había visto. ¿Qué te ha ocurrido?

PEDRO.—Nada, que está uno torpencio. ¿No vais a almorzar?

ADELITA.—Sí, y tú, ¿por qué no quieres hacerlo?

PEDRO.—No. Ya te he dicho que hoy prefiero un vaso de leche. No conviene cargar el estómago cuando se ha pasado de los... cuarenta.

ADELITA.—A ver...

(Con una sospecha abre un cajón y saca una caja de dulces; la abre y está vacía.)

¡Niño! ¡Pedrito! ¿Qué has hecho? Si es lo que te ha prohibido el médico.

PEDRO.—Sólo quedaban dos.

ADELITA.—Dos encima de una maderita, y debajo, diez o doce... Por eso no tienes apetito, y además, te vas a poner malo... A ver la lengua.

(PEDRO saca la lengua.)

Sucia. Hoy todo el día a zumos. ¡Eres imposible!

PEDRO.—Esta noche estaré bien. Con no tomar nada entre horas, me repongo.

ADELITA.—No tomes nada de nada en todo el día. Ya sabes cómo se pone el médico. Mira, como te vea yo comer, te encierro en el cuarto oscuro. ¡Vamos, hombre! En seguida vuelvo. Voy a preparar unas copas.

ANGEL.—Pon el caviar en hielo.

ADELITA.—Es verdad.

(Lo coge y hace mutis.)

PEDRO.—(Después de un silencio.) Me parece que vamos a pasar un día estupeando usted y yo solitos.

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?

ANGEL.—¿No va usted a comer con nosotros?



PEDRO.—No; hoy me quedo a dieta; castigo a la diabetes.

ANGEL.—Está usted muy fuerte.

PEDRO.—Sí; tengo una agonía muy robusta.

ANGEL.—Tomando las enfermedades con su humor, se curan antes.

PEDRO.—Lo peligroso es ser viejo; pero cuando pasa esa edad y ya se es viejísimo, como se vive de propina, se muere uno de risa.

ANGEL.—No hay mejor consuelo para un hombre joven que un anciano alegre.

PEDRO.—¿Verdad? Y todo conspira contra esto. Nos amargan el fin de la vida, nos visten de negro, y, si intentamos hacer cosas de jóvenes, nos critican. Yo encuentro que es una ordinariéz esa denominación de viejo verde.

ANGEL.—Son cosas de otro tiempo, de cuando los viejos llevaban los negocios y la política.

PEDRO.—Me alegro que esté usted de acuerdo conmigo. Usted, ¿en qué trabaja?

ANGEL.—En nada. Y a veces cuesta mucho esfuerzo el lograrlo. Ya trabajaré de mayor.

PEDRO.—Muy bien, así se hace patria. En mis tiempos los Bancos, las empresas y los ministerios los regían señores con barba blanca.

ANGEL.—Yo no discuto la virtud de trabajar, sino la edad de dedicarse a ello. El trabajo encaja bien con el final, cuando el cuerpo le pide a uno sentarse ante una mesa de despacho.

PEDRO.—Claro; el trabajo es cosa de senadores.

ANGEL.—Hoy los bailes están llenos de jóvenes extenuados y de senadores pimpantes. A las chicas no les gusta eso.

PEDRO.—Tampoco hay que exagerar. Ese encuentro entre las chicas y el senador ha producido muchos collares de perlas.

ANGEL.—No; si los senadores están encantados con las chicas. Lo malo sería que tuviesen que bailar con las senadoras.

PEDRO.—Mi mujer tenía sobre esto ideas muy claras; decía que la propensión a hacer el bien o el mal se lleva dentro y que las circunstancias externas sólo fijan la hora de hacer una cosa o la otra.

ANGEL.—¿Creía también que la mujer debe ser independiente?

PEDRO.—Sí; decía que a la mujer hay que dejarla hacer lo que quiera.

ANGEL.—¿A todas?

PEDRO.—No; se refería a ella nada más; las otras le tenían sin cuidado. Era una época menos generosa, la gente se preocupaba menos de la salvación del prójimo.

ANGEL.—Una mujer siempre necesita un hombre.

PEDRO.—Lo que hay que desear es que le baste.

ANGEL.—Un hombre la protege.

PEDRO.—Claro, aunque no sea más que para llevarse el primer golpe.

(Llega TONITO.)

TONITO.—Hola, Angel. ¿Cómo estás, hombre? Después de tanto tiempo.

ANGEL.—Pues ya ves. Tenía ganas de veros. ¿Qué tal te prueba el matrimonio? Estás igual, y eso que dicen que los hombres engordan.

TONITO.—Cuando tenemos el primer hijo.

ANGEL.—¿Todavía nada?

TONITO.—Nada; ayer me sentí algo mareado, pero el balance trimestral...

(Se ríen los tres. Llega ADELITA.)

ADELITA.—Venid. Vamos a tomar unas copas.

(Coge a ANGEL por el brazo y hacen mutis los dos.)

PEDRO.—Escucha, Tonito.

TONITO.—¿Qué ocurre?

PEDRO.—Pues que estoy «gagá».

TONITO.—¿Cómo?

PEDRO.—Sí, hombre; «gagá» es eso que

están los viejos; aquí, en Castilla, se dice atontado. Y ahora me da por los consejos.

TONITO.—Ya sabe usted que siempre los escucho encantado.

PEDRO.—Pues mira, Tonito, Adelita es una mujer, nada menos que una mujer.

TONITO.—Ya lo sé.

PEDRO.—Tal vez no, porque has conocido a pocas y hay muchos seres que andan por ahí con faldas y que no son esto que yo entiendo por una mujer.

TONITO.—¿Se refiere usted a los escoceses?

PEDRO.—(Riendo.) Casi. No, Tonito; Adelita es lo que los hombres jóvenes llamamos una mujer... No es una madre, ni una abuela, ni un virago, ni una sargenta, ni una iluminada, ni una santa, ni una golfa; es solamente y nada menos que una mujer, o sea, como te dije antes, fronteriza entre la tierra y la luna.

TONITO.—Medio hadas, medio pájaros...

PEDRO.—Eso. Veo que te acuerdas. Pues mira, mientras tienen esa calidad es cuando hay que cuidarlas más, para que no pierdan esa magia sobrenatural. Algunos se creen muy listos, quitándoles, cortándoles esas facetas para ponerlas a su nivel, y no se dan cuenta de que han asesinado a un ángel y han adquirido a una señora que se sienta junto a ellos para toda la vida, dispuesta a tener sed donde no hay agua y pelearse con las criadas donde las haya.

TONITO.—Enterado.

PEDRO.—No destruyas a Adelita, no le quites el hálito divino que tenía su abuela.

TONITO.—A veces no se sabe qué hacer, no se acierta con la mejor manera de defender lo nuestro. ¿Qué se hace entonces, abuelo?

PEDRO.—Las cosas difíciles y de orden práctico sólo se resuelven con amor y con poesía. Y ahora vete a comer, sonríte y trata las cosas con gracia; no seas trascendental ni quieras tener siempre la razón, y, sobre todo, no pretendas hacer creer que la tabla de multiplicar ha significado nada en la historia de la humanidad.

(ADELITA vuelve.)

ADELITA.—Pero, Tonito, que te estamos esperando.

(TONITO hace mutis, corriendo.)

Tú tienes la culpa.

PEDRO.—¡Sí, yo! ¡Qué pasa! Como no me alimento, me aburro y hablo. ¿Tienes algo que objetar?

ADELITA.—A ver los bolsillos.

(Le registra y saca unas almendras.)

¡Muy bonito! ¿Quién te ha traído estas almendras, que te sientan como un tiro?

PEDRO.—No son para mí. Son para un mirlo que comé en mi balcón.

ADELITA.—Eso es mentira, pero es bonito.

PEDRO.—¿Verdad que es bonito?

ADELITA.—Bueno, hasta luego.

PEDRO.—Una pregunta: ¿tú crees en las matemáticas?

ADELITA.—Te diré...

PEDRO.—¿Sabes lo que son las Ciencias Exactas?

ADELITA.—¿El llegar tarde a la mesa?

PEDRO.—No.

ADELITA.—¿La fabricación del reloj?

PEDRO.—¿Llevas las cuentas de la casa?

ADELITA.—Sí; según Tonito, mal.

PEDRO.—¿Os habéis peleado por eso?

ADELITA.—Sí; todos los días.

PEDRO.—Y por cosas del cariño, por si te ha dado o no un beso, ¿os habéis peleado?

ADELITA.—No. ¿Por qué?

PEDRO.—Saca tú la consecuencia. Una poeta dijo que cuando encuentres un hueco en la vida lo llenes de amor.

ADELITA.—Tienes razón, abuelo. Pero es difícil con vosotros. ¡Sois tan brutos! Bueno; tú, no; los demás. Yo quisiera ser cariñosa y dar muchos besos.

PEDRO.—Oye, no me vayas a entender mal.

ADELITA.—Descuida; sé lo que quieres decir. Pero, créeme, nosotras queremos llenarlo todo de amor y los hombres lo estropeáis en seguida, porque en vosotros domina otro amor: el amor propio; tenéis demasiados sustantivos y adjetivos: «principio», «pundonor», «dignidad». Cuando menos se piensa os sentís «caballeros», «hidalgos», «estoicos», «héroes», «ascetas», y en seguida comenzáis a hacernos la vida imposible a las mujeres, que no somos apenas nada: un poquito de rosa, un poquito de azul, un trocito de gasa o una cintita verde, un algo de sonrisa, un perfume discreto, y mucho, mucho amor...

PEDRO.—Nunca dejes de ser todo eso. Cuando la mujer endurece el gesto, es peor que el hombre. No tiene su nobleza. Tú sonrís siempre.

ADELITA.—¿No ves de qué buen humor estoy?

(Le da un beso.)

El encontrarme a Angelito me ha divertido mucho. Es estupendo.

(Se oyen gritos de TONITO.)

VOZ DE TONITO.—¡Adelita!

VOZ DE LOS DOS.—¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre!

ADELITA.—¿Ves? Ya se han hecho amigos otra vez. ¿No te parece ideal?

(Pausa.)

PEDRO.—No.

ADELITA.—Pero vosotros supisteis llevar una amistad así toda la vida.

PEDRO.—No era así. Era muy diferente.

ADELITA.—¿Cuál es la diferencia?

PEDRO.—Pues ésta: a tu abuela la divertía mucho Julián, pero nunca le gustó nada como hombre; en ese aspecto me prefería a mí.

ADELITA.—¿Eso es todo?

PEDRO.—¿Te parece poco? Anda ve, ve.

(Mutis de ADELITA.)

PEDRO.—Julián, Julián, no seas pesado; no tardes, Julián.

(Por el fondo entra JULIÁN, que se queda en pie, junto a su amigo. Pedro le habla sin mirarle, pues sólo lo presiente en su imaginación.)

JULIÁN.—¿Qué quieres?

PEDRO.—¿Te das cuenta del peligro que corre Adelita?

JULIÁN.—Sí.

PEDRO.—¿No haces nada?

JULIÁN.—¿Qué quieres que haga desde aquí? ¿Darle sustos?

PEDRO.—Y ¿qué puedo hacer yo?

JULIÁN.—Poco, háblale.

PEDRO.—¿De qué?

JULIÁN.—Dile que eso que va a hacer está mal hecho.

PEDRO.—¿Tú crees que me hará caso?

JULIÁN.—Yo creo que no; pero tú debes decirselo.

(Pausa.)

PEDRO.—Oye.

JULIÁN.—Qué.

PEDRO.—¿Estás bien ahí?

JULIÁN.—Estaré mejor cuando vengas tú.

PEDRO.—¿Me echas de menos?

JULIÁN.—Sí; ¿y tú a mí?

PEDRO.—Yo también; pero no te preocupes, ya nos veremos pronto.

(Pausa.)

JULIÁN.—¿Te acuerdas de los bombones que te escondieron el otro día?

PEDRO.—¿Dónde están?

JULIÁN.—En el cuarto de baño, en el armario de las medicinas.

PEDRO.—(Levantándose.) Gracias, hombre.

(Echa a andar hacia su cuarto, y en ese momento se oye reír a ADELITA y a los dos muchachos. PEDRO detiene su marcha y se queda fijo, preocupado, mirando hacia el lugar de donde vienen las risas. JULIÁN también las escucha con el gesto sombrío, mientras cae lentamente el TELÓN.)



DE LUNA A LUNA

Por Edmundo MEOUCHI M.

RIQUEZA

Tertulia en Nueva Orleans

Si usted, estimado lector, es un hombre de negocios concienzudo y responsable, como tal y como honesto ciudadano de las Américas debió dirigirse hacia Nueva Orleans para discutir, en compañía de sus colegas, los gravísimos, tremendos problemas económicos del hemisferio occidental.

Creálo; las cosas marchan mal, muy mal, por aquellas tierras. Y tanto, que hasta la empresa periodística Time-Life International ha decidido intervenir generosa y cordialmente—como de costumbre—para ponerles remedio. Invitó para el día 28 de febrero a los «líderes del comercio y de la industria de veintiuna repúblicas» iberoamericanas a una especie de concentración de cuentas bancarias con objeto de que polemiquen sobre estadísticas, «curvas», alzas y bajas, tarifas y balanzas de nuestra imponderable «gallina de los huevos de oro».

¿No lo sabía usted? Pues lea en el diario mexicano «Excelsior» del día 3 de febrero una invitación a toda plana, concebida en un inglés «rotario» y traducida a un castellano deplorable. Léala y de paso sabrá cuán importante y altruista es la empresa editora Time-Life International...

«Cadillac» Vs «Caracolillo»

Claro está que usted no necesita ir a Nueva Orleans para enterarse de los problemas y altibajos económicos que preocupan a los «líderes del comercio y de la industria». En su calidad de infante honorable de la economía continental, usted sabe sus cosillas y tiene sus opiniones. Lee y estudia, confronta estadísticas, las enjuicia.

Usted leyó, por ejemplo, las recomendaciones de la Organización de Estados Americanos a la Conferencia de Río de Janeiro. Usted supo también que—unos más, otros menos—todos volvieron disgustadillos de dicha Conferencia. Este—según se dice—porque no dió lo que le pedían, y aquéllos, porque pedían, con las banderas al viento, el oro y el moro.

Pero suponiendo que usted, más sencillo y menos «líder», no haya leído tantos excesos, sabe que en Chile, verbigracia, por cobre o por nitrato, por angas o por mangas, la cosa está que arde; que en Bolivia hay cuestiones que no se arreglan con estaño; que del Río Bravo hasta la Patagonia se importa más y se exporta menos; que de arriba abajo de nuestro mundo hispánico se derrumban nuestros «pesos» y nuestros «córdobas»; que en Costa Rica, en Cuba, en la República Dominicana, en Colombia, en Guatemala, en El Salvador, en México, en Nicaragua, etc., la libra de café, que era tan feliz a 90 centavos de dólar, se tira de los cabellos a los 70-60, y, ¿quién sabe?...

Usted no necesita ser un economista titulado o un experto en altas finanzas para saber que lo que ganamos con nuestro petróleo, nuestro «caracolillo», nuestros metales y nuestros granos lo invertimos íntegramente en revoluciones, golpes de Estado, «cadillacs» y juegos florales.

No necesita usted tampoco constituirse en profeta para declarar formalmente que a grandes males grandes remedios, porque los comunistas son, sobre todas las cosas, «pescadores en río revuelto»...

Usted razona así y lo hace muy bien: «Iberoamérica exige grandes capitales y regímenes políticos estables y dignos para explotar hasta el máximo sus recursos naturales. Exige mercados para sus productos. Iberoamérica exige todo eso y puede conseguirlo, no sólo de los Estados Unidos, sino de Europa y de todo el mundo libre.»

«Queremos atraer a inversionistas norteamericanos y europeos que sepan acatar y respetar nuestros sistemas políticos y legales. De nuestros compradores necesitamos un trato justo y equitativo, una política aduanera decorosa y realista»...

La O. E. A. considera y recomienda

Sin saberlo, probablemente, usted seguirá rondando de tal guisa por el pozo de la sabiduría. Le asaltarán las mismas dudas que acojan a tantos economistas y a tantos cancilleres. Las mismas preocupaciones también. Pero ellos, los enterados con título, se expresan de otra manera. La Organización de los Estados Americanos considera y recomienda, por ejemplo:

Que es necesario acrecentar las inversiones extranjeras en los países latinoamericanos a fin de acelerar un desarrollo económico y mejorar progresivamente su coeficiente de ahorro, hasta lograr un nivel de capitalización nacional suficiente para asegurar el mantenimiento de un ritmo elevado de crecimiento;

que las necesidades de capital extranjero para complementar el ahorro nacional podrían establecerse en 1.000 millones de dólares anuales, de los cuales de 650 a 700 millones serían recursos públicos a invertirse por instituciones de crédito internacional, siempre que las inversiones privadas extranjeras no sean inferiores a 300 ó 350 millones de dólares anuales;

que estas necesidades de capital extranjero tienen que ser periódicamente revisadas a la luz de la experiencia.

Se recomienda:

1) Concertar medidas internacionales tendientes a elevar el volumen de inversiones extranjeras en los países latinoamericanos hasta un mínimo de 1.000 millones anuales y por un período no inferior a diez años, etc., etc.

«Que, además de las medidas tendientes a promover las inversiones básicas de capital social, es necesario facilitar el acceso de las empresas privadas de la América latina a las fuentes internacionales del capital y de la técnica.

Y ahora fijese usted muy bien:

''CHAMACO''

EL IDOLO DE BARCELONA

(Viene de la pág. 51.) pocos años auestas, se sabe el hermano mayor. Incluso el cabeza de familia, por la inutilidad física del padre. En el cerebro le habla «su amigo». Es insistente, como el fandango en Huelva. Aunque con un tema único: los toros. «Sí hay que ser torero.»

* * *

Antoñito vive en la barriada del Matadero, nombre que viene de aquel caserón cercano donde se realiza el sacrificio de las reses. Con mucha frecuencia, toros o vacas bravas, que, por cualquier circunstancia, han sido desechadas para la lidia, son llevadas al matadero a recibir muerte sin gloria a manos de cualquier matarife. En la espera de turno, el ganado bravo es aislado en un corral.

Por las tapias anda el «Chamaco» con mucha frecuencia. Merodea a menudo por allí, se fija en las reses con atención.

—¿Te atreverías, Antoñito?

—Sí.

—Vendremos a la noche. Habrá buena luna.

El «Chamaco» responde con un gesto, mientras el matarife se separa de aquel lugar.

Manuel Aguirre era entonces matarife. Antes había querido ser torero—como su padre lo había sido—, y a los ruedos salió, mas sin que la fortuna le acompañase. De la dura lucha con los toros sacó bastante daño y ningún beneficio, pero conservaba intacta la afición. El había visto varias veces a Antoñito rondar por el matadero, y llegó a pensar si no habría un torero dentro de aquel cuerpo de rostro triste. Aguirre se fué encariñando con la idea y llegó a decidirse. La conversación escueta queda relatada ya. Aguirre se convirtió en el mentor más entusiasta del Telémaco menos respondón que conoce la humanidad.

De noche se fueron, con la luz de la luna por testigo. Un toro había en el corral, previamente separado por el matarife, y Antoñito dió el salto desde el muro y con la capa citó a la res. A poco se muere el buen Aguirre: el toro, en uno de los viajes, cogió al torerillo y lo zarrandeó hasta que el matarife pudo hacer el quite y llevarse a rastras a su alumno. Cerca de media hora de masajes, de echarle agua a la cara, de suplicarle con voz angustiada que

volviera en sí. En sí volvió Antoñito:

—¿Dónde está el toro?

—¿Dónde quieres que esté? En el corral.

—Pues allá voy.

Y Aguirre, a quien no le había salido el susto del cuerpo, no pudo detenerle.

Después, los viajes por los pueblos, el toreo clandestino a veces, otras en capeas. El aprendizaje duro, durísimo, del que quiere ser torero; un aprendizaje que sólo puede soportar el que de veras quiere ser torero.

* * *

Estamos ya en 1953. Y en el mes de mayo, mes que en Huelva es hermoso como en parte alguna. Gran día para el «Chamaco» el día 3 de ese mes de mayo. Aguirre ha conseguido de la empresa de Huelva que incluya el nombre de su torerillo en una novillada muy modesta, de noveles, en la que seis diestros en ciernes se las verán con otros tantos novillos. Ya están los carteles adornando las esquinas de las calles. En ellos, «Antonio Borrero el «Chamaco»». Pero perdido el nombre en la larga lista de los otros nombres de toreros. El «Chamaco» tuvo éxito en el ruedo, y la empresa montó otra novillada para que en ella actuasen los tres torerillos que mejor habían quedado en el festejo anterior. Las letras del «Chamaco» aparecen ya un poco más visibles. Además, son dos novillos para cada uno de los diestros. Y el triunfo de Antoñito fué mayor. La gente decía al salir de la plaza:

—E'r «Chamaco». ¡Vaya niño!

El «Chamaco» sale de la plaza con Aguirre. El rostro de Aguirre está resplandeciente de alegría. El de Antoñito, como siempre: imperturbable, sumido en la melancolía. ¿Es un triunfador? Más parece que el signo haya sido el contrario. Aguirre se desespera al ver la cara de su alumno, el rostro inexpresivo, como el de Buster Keaton...

Aguirre prepara la campaña en los pueblos de la provincia. Ya no es el toreo clandestino ni el de capeas. Ahora, en los ruedos de las plazas. El muchacho levanta cada vez más interés, y un buen aficionado—don Miguel Moreno—le presta su protección. Sigue la temporada por los ruedos cercanos y comienza a perfilarse el estilo personal del torero.



Textil Vasca Belga

FABRICACIÓN TERCIOPELOS
LISOS Y LABRADOS PARA TAPICERÍAS Y DECORACIÓN

Tintes y acabado

*

HILARIÓN SAN VICENTE, 8 Y 10
TELÉFONO 1660

Vitoria

MUNDO
HISPÁNICO



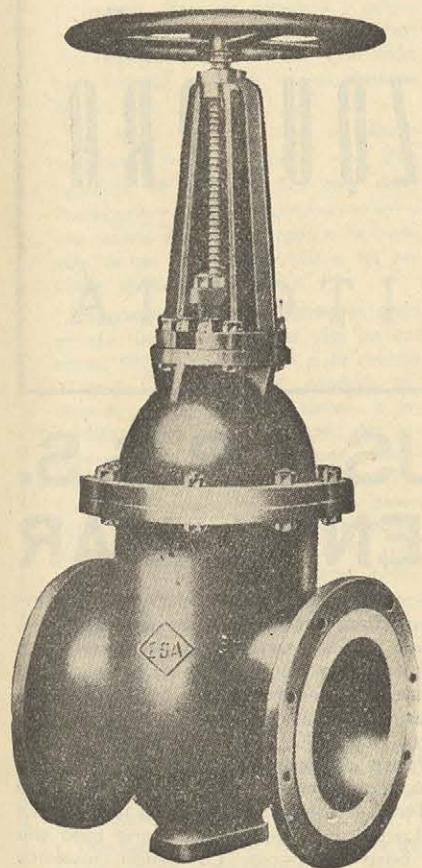
ECHAURI, S. A.

FUNDADA EN 1907

FABRICACION
DE GRIFERIA
EN GENERAL

GRIFERIA SANITARIA

Valvulería en bronce, hierro, etcétera, para agua, vapor, gas, etcétera. Accesorios para líneas de transporte de energía eléctrica, para tendidos aéreos de líneas de ferrocarril, tranvías y trolebuses, etc., etc.



SIRVANSE SOLICITAR PRE-
SUPUESTO PARA PIEZAS
DE HIERRO O METAL QUE
NECESITEN, ENVIANDONOS
PLANOS O MUESTRAS

SANTA MARIA, 2

Teléf. 2905

Apartado 66 - Telegramas Echaury

VITORIA

(ESPAÑA)

El «Chamaco» ya tiene mucho adelantado: posibilidades para torear, a don Miguel Moreno como apoderado y un mozo de espadas fiel e inseparable: Manuel Aguirre. El «Chamaco» se va haciendo torero, deja malas maneras con la capa, abandona feos modos con la muleta. Muchas cosas van desapareciendo del «Chamaco». Pero entre las que quedan está esa melancolía que hace su rostro tan inexpresivo, esa timidez que le hace fijar de continuo la vista en el suelo.

* * *

Si 1953 fué la temporada provincial del «Chamaco», en la de 1954 le era preciso rebasar estos límites y salir a la ancha área nacional. Un paso peligroso, pero imprescindible: abandonar el ambiente local, en el que el mero hecho del paisanaje favorece mucho los triunfos, y enfrentarse con públicos de otras provincias, que juzguen con imparcialidad, sin pasión. En 1954, el «Chamaco» sale de los límites de Huelva y va bien en los otros ruedos. Mejor: «va a más», como dicen los taurinos. Esto anima al apoderado:

—Antoñito, el domingo «toreamos» en Barcelona.

—Bueno.

A Barcelona fué. Y volvió. ¿Por qué aparece Barcelona exaltada, delirante, conmocionada, como si hubiera sido testigo de algo asombroso? La gente forma corrillos, habla a voces, gesticula. Una voz se repite, va de grupo en grupo, baja de Montjuich para subir al Tibidabo, por las Ramblas llega a los muelles: ¡«Chamaco»! El vocablo no cesa de repetirse como un interminable eco. Antoñito no puede salir a la calle. Cuando se aventura, sube las solapas de la chaqueta y procura pasar como una sombra. No le vale, pues surge en seguida «¡El "Chamaco"!», y ya está el corro. Antoñito vuelve rápido al hotel. Parece avergonzarse de su popularidad.

El público barcelonés mostró sorpresa el primer día que le vio torear y sentenció:

—Eso no lo repite.

A los pocos días lo repitió y se superó:

—Así no se puede torear.

Y otra vez en los ruedos, demostrando que así se puede torear.

—¡Pero... ese crío...!

Corridas y más corridas, hasta enardecer al público barcelonés, hasta convertirse en el ídolo que centra todas las conversaciones. De la plaza sale a hombros y se lo llevan por las calles.

Don Pedro Balañá, el empresario de Barcelona, está jubiloso. Un nuevo «astro» taurino ha surgido de su plaza. Si en las primeras corridas entregó al «Chamaco» unas pesetas, la cantidad pasó pronto a contarse por miles, y en seguida los contratos se suscribían por ciento veinticinco mil pesetas por corrida. Balañá le ofrece fechas y más fechas, semanas completas de actuación. Barcelona forma cola ante la plaza, y el coso taurino se abarrota, un día y otro, de un público entusiasta, enloquecido por el valor de Antoñito ante las reses.

* * *

Córdoba y mayo. Esta vez, un mayo aciago y que pudo ser funesto. El cuerno entra en las carnes de Antoñito. Los médicos están serios, y el pesimismo se refleja en el parte facultativo: «Herida por asta de toro en la fosa ilíaca izquierda, penetrante en la cavidad abdominal, con salida del epiplón, y otra herida en la

región escapular. "Shock" traumático.» Parece que Antoñito se va, y es requerido el famoso médico sevillano Leal Castaños. La lucha de la ciencia por salvarle la vida es denodada, pero Antoñito sale adelante.

—Dios lo ha querido.

—Ahora, ¿qué vas a hacer?

—Torear.

—Has estado a punto de morir.

—Dios lo ha querido.

—Los médicos te han salvado.

—Y la Virgen de la Cinta.

Pues a torear. A Barcelona otra vez, donde flota la interrogante: ¿Conservará el valor? No hay interrogante. El «Chamaco» sigue igual, con su valor y su arte. Y otra cornada, también grave. En la mesa de operaciones clama:

—¡Eter no!

Ha tomado repugnancia al anestésico. Cuando vuelve en sí, terminada la operación, le preguntan:

—¿Mucho daño?

—El éter es horroroso.

Se repone y vuelve a los ruedos con el mismo valor, igual arte y afición, pero sin facultades. Antoñito está agotado, se le han ido las energías físicas. Apenas se tiene en pie y quiere torear. Siente grandes molestias en el vientre, y él quita importancia; pero los médicos dictaminan:

—Hay que volver a operar en el sitio de la cogida de Córdoba.

El «Chamaco», de nuevo en la mesa de operaciones. Desaparecen las molestias y recobra energías, pero la temporada taurina se ha quedado atrás, y hay que esperar, tras el invierno, la primavera. En la calma, el apoderado rinde cuentas. Antoñito ha cobrado en la temporada cinco millones de pesetas, cifra que ningún otro novillero logró alcanzar. Antoñito improvisa con urgencia un viaje a Barcelona. No va a la plaza ni saluda a don Pedro Balañá. Se dirige directamente a las factorías de automóviles S. E. A. T. Entra en aquellas enormes edificaciones, de las que salen en serie coches nacionales. A Antoñito le baila más alegremente la idea que lleva dentro. El empleado le reconoce:

—¡«Chamaco»!

—Quiero un automóvil.

—¿Le gusta éste?

—Es para mi madre.

—Bien, «Chamaco».

—Quiero que ella pasee en coche.

* * *

Antoñito se pone al margen de los asuntos administrativos y no interviene en las diferencias de criterio que surgen con su apoderado. Se piensa que Antoñito ha llegado tan alto, que necesita un apoderado que al prestigio una experiencia. Se piensa en un hombre: en don José Flórez «Camará». «Camará» está entonces en su finca de Córdoba dirigiendo la siembra. «Camará» ha llevado una vida muy ajetreada en el mundillo taurino, y hace años que desea retirarse a su finca. En una ocasión dijo a su hijo, que apuntaba condiciones para los negocios taurinos:

—Pepito, yo me retiro. Tú puedes llevar estos asuntos, si quieres.

—Como te parezca, papá.

—Un solo consejo: nunca te comprometas a algo que no estés seguro que habrás de cumplir.

Pero «Camará» no se va. No le dejan irse. Después de «Manolete», las amistades le obligaron a llevar a Aparicio; presiones más tarde para el «Litri»; luego, con Pedrés. Pepito le ayuda, pero en el timón sigue él. Ahora, los que bien quieren a Antoñito insisten cerca de «Camará». Y «Camará» accede.

Así se le presenta al «Chamaco» esta temporada taurina que acaba de empezar.

MARINO RUBIERA LOCHE

DE LUNA A LUNA

La política de los Estados Unidos hacia la América Latina

Considerando:

Que la rebaja de los derechos aduaneros a los productos primarios en los Estados Unidos, al provocar el aumento de las exportaciones de los países latinoamericanos, trae consigo, directa o indirectamente, el crecimiento de las exportaciones de aquel país, y que en presencia de esta reciprocidad automática no es indispensable que los países latinoamericanos hagan a su vez reducciones arancelarias que pudieran afectar desfavorablemente a su desarrollo económico,

Se recomienda:

1) Destacar la especial significación del propósito, públicamente manifestado por el Gobierno de los Estados Unidos, de introducir reducciones en los derechos aduaneros, así como la decisión reciente de no elevar esos derechos en casos que habrían afectado adversamente a las exportaciones latinoamericanas.

2) Señalar la importancia que tiene para los países latinoamericanos el mantenimiento y ampliación de esta política.

3) Reconocer que, no obstante esas medidas favorables, hay razones notorias en los Estados Unidos que impiden dar a la rebaja de aranceles amplitud suficiente para que la economía latinoamericana encuentre en ella un fuerte estímulo a su desarrollo, por lo cual es de fundamental importancia adoptar otras vigorosas medidas de cooperación en el campo internacional...

(De la revista Comercio Exterior, tomo IV, núm. 10, octubre de 1954, México.)

HISTORIA

EXHUMACION Y AUTOPSIA

Sabido es que los pueblos hispanoamericanos nos permitimos confianzas excesivas con los héroes. Con buenas razones o sin ellas, les discutimos su «derecho a las estatuas». A don Benito Juárez, por ejemplo. lo llamamos «centreguista», «vendepatrias», «asesino», etc. A Sarmiento, «embustero», «megalómano», «papa-natas», «energúmeno», etc.

Sostuvimos desde las páginas de Cuadernos Hispanoamericanos (número 16) que los héroes de Iberoamérica en general, y los de México en particular, eran tan cordiales como agradecidos. Y que, por eso, nosotros dialogábamos y polemizábamos con ellos, les exigíamos cuentas claras y propósitos de enmienda. Pero, sobre todo, les exigíamos periódicamente un informe de las batallas que no ganaron, de las traiciones cometidas o de los «bienes que arrebataron de las manos muertas». Y que, pese a todo, nosotros manteníamos con nuestros héroes una estrecha y perdurable amistad, porque ellos sabían agradecer los esfuerzos que realizábamos para aliviar un poco la terrible soledad en que vivían y la inhumana rigidez a la que habían sido condenados por sus escultores.

Los héroes de Europa, sostenían-

MUNDO
HISPÁNICO

mos en cambio, vivían enclaus-trados dentro de su buena fama y nadie se atrevía a perturbarlos. Eran héroes de un sólido y bien cimentado prestigio, es decir, con una heroica conciencia profesio-nal, y que, por eso, no alterna-ban con los iconoclastas y con los escépticos como nosotros.

Eso creíamos, ¡ay!; pero el señor Richard Aldington ha deci-dido confundirnos. Con un cinis-mo y una audacia casi hispano-americanos, se le ha ocurrido ex-humar los prestigios de un into-cable británico, conocido en todo el mundo como el adalid más no-ble, más puro y más interesante de la primera guerra mundial: T. E. Lawrence, ¡exactamente, «el de Arabia»!...

¿El fin de una leyenda?

Resulta, según Aldington, que aquel romántico soldado del desierto, precursor y símbo-lo de la R. A. F., literato insig-ne e ilustre santurrón, autor de «Los siete pilares de la sabiduría» y «Rebelión en el desier-to», de quien dijo su majestad el rey Jorge V «que su nombre pasaría a la Historia» y a quien Churchill le garantizaba vida eterna «en las letras británi-cas, en las tradiciones de la Real Fuerza Aérea, en los ana-les de la guerra y en las leyen-das de Arabia»; que aquel, en fin, por quien suspiraban tan-tos cursis y tantos teósofos y tantos espiritistas y tantos mu-sulmanes de cuello duro, es, simple y llanamente, «un per-verso charlatán, un pretencio-so demagogo, posiblemente un homosexual, con toda certeza un exhibicionista, un embuste-ro y un absoluto simulador...» (Véase Time, Atlantic Edition, 14 febrero 1955, página 23).

Claro está que el señor AL-dington y sus editores toma-ron sus precauciones antes de lanzar para el gran público el libro que con el título «Lawren-ce de Arabia. Una investiga-ción histórica» está escandali-zando a los intelectuales y po-líticos de la Gran Bretaña. Du-rante dieciocho meses suspen-dieron la publicación, escucha-ron los consejos de varios abo-gados y las sugerencias de los enterados. Cuando se conven-cieron de que Lawrence era tan vulnerable, tan humano, tan de carne y hueso como cualquier otro y algo más, arrojaron su bomba bibliográfica. Y ahora, a sonreír con las consecuen-cias...

En Hispanoamérica, en cam-bio, somos menos delicados o menos precavidos, como se quiera. Y no nos conformamos con decir contra nuestros hé-roses toda suerte de excesos y palabrotas, sino que nos mete-mos con sus mármoles y con sus bronces. En México, por lo menos, éste parece ser un de-pORTE nacional, que digámoslo de paso, resulta estúpido y con-traproducente...

Si los ingleses, al parecer, empiezan a discutir a sus hé-roses, empecemos nosotros a res-petar nuestras estatuas. Des-pués de todo, es aquí dentro, en el corazón y en la memoria, donde se rinde culto a los gran-des hombres.

Vitoria, la artesana

(Viene de la pág. 31.) título oficial permite colocaciones espléndidas, y que se hallan en conexión con escue-las comarcales; a la creación de es-cuelas prácticas de agricultura y del Centro Investigador Ganadero, por parte de la Diputación; al Consejo de Cultura, que realiza actualmente excavaciones de la gran ciudad roma-na Iruña, enterrada hace veinte si-glos...

Aun, sin embargo, desde viejos tiempos, ciertas «pegas urbanísti-cas»: el cementerio, el hospital y la estación ferroviaria están demasia-do próximos, entorpecen el ensanche; hay que prolongar calles taponadas, evitar los «cinturones» que las apri-onian.

El plano del actual ensanche es muy loable. Lo confeccionaron los especialistas madrileños Bidagor y Mu-ñoz Monasterio, asesorados por los vitorianos Mieg y Miguel de Apraiz. Pero a la vez la ciudad necesita una cierta cirugía, y a su importancia general acaso deban ceder algunos intereses particulares.

Hay que venir a Vitoria ¡a ver tanta cosa! Y sin olvidar, por su-puesto, la casa del Portalón, edificio de tipo comercial del XVI, con remi-niscencias flamencas y curiosos deta-lles mudéjares de fábrica, que acaba de ser restaurada por la obra cultural de la Caja de Ahorros Municipal, a cuya deferencia y a la del excelentí-simo Ayuntamiento debemos la pu-blicación de las fotos que ilustran este trabajo.

Uno sueña con ver terminadas las obras de la nueva catedral, en mar-cha progresiva, e iniciado el peque-ño ramal que nos una ferroviaria-mente con Bilbao. Pero siempre res-petando la parte vieja, con su solera gótica, que a Víctor Hugo le recor-daba Nuremberg...

—Y usted, ¿por qué se va riendo solo?—le preguntaron a un recalci-trante vitoriano.

—De las cosas que pienso—res-pondió seráficamente.

Vitoria llega al corazón a las pri-meras de cambio.

SAENZ DE SAN PEDRO

ASI VUELA CANTACUZENO

(Viene de la pág. 35.) cretario, una comida frugal, interrumpida constan-temente por su atención. Se barajan fotografías. Cantacuzeno rechaza aquellas que pueden parecer más es-pectaculares, más enfáticas personal-mente. No posee una sola que se re-fiera a sus actuaciones en la guerra.

—Ah; lo importante era escapar, sin pensar en lo que podía abando-narse a la espalda.

Habla de su preocupación actual. Le están construyendo un avión especial para sus exhibiciones futuras. El, que lo mismo pilota transportes, que ca-zas, que aviones de reacción, deseaba siempre el tipo de aparato ideal que se acomodara a sus posibilidades en la acrobacia. En la actualidad, inge-nieros españoles de Aeronáutica In-dustrial (A. I. S. A.) están llevando a cabo el proyecto. En la construcción son preciosas las sugerencias del pro-pio Cantacuzeno, cuya experiencia es definitiva para determinados detalles. El avión tendrá una gran potencia en poquísimo peso. Y entonces las cali-dades de las pruebas mejorarán os-tensiblemente.

—Más flexibilidad y elasticidad en los movimientos. Mayor elegancia en las figuras. Ligazón en los ritmos.

El castellano del príncipe es per-fecto. A veces, una palabra que se re-siste y un gesto de la mano, en el aire, para preguntár a su secretario.

Unas fotografías entre sus trofeos, en este balcón sobre un Madrid ne-blinoso y extenso, cierran la entre-

vista. El ascensor nos hace bajar uno, dos..., diecisiete pisos. Aquí vendría bien un tonel lento. Pero no hemos aprendido. Es mejor terminar.

JOSÉ MARÍA LIZAR

Por donde Vicente pasó no tomó cuerpo la reforma

(Viene de la pág. 24.) obras de arte consagradas al taumaturgo valenciano. El altar en el templo de San Domingo, el templo parroquial a él dedicado en el barrio llamado de la Sanidad, el re-tablo de «Colantonio» en la iglesia de San Pedro Mártir, obra maestra de los primitivos napolitanos; el retablo que podéis admirar en la Sala de los Primi-tivos del Museo Nacional... Entre los bustos de plata de diversos santos que ilustran la capilla o tesoro de San Jena-ro, de la catedral napolitana; el más ga-llardo, rico y sobresaliente es el de San Vicente Ferrer. Amén de multitud de cuadros y grabados que podéis ver en casas particulares, incluso en tiendas y establecimientos populares.

Y es que la gloria de San Vicente Fe-rrer ilumina la conciencia de los espa-ñoles del Siglo de Oro. Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola le invo-can con especial fervor. Este último tie-ne la más sublime de sus visiones—la de la Beatísima Trinidad—en el altar de San Vicente Ferrer de los dominicos de Manresa. La poesía hispana, en los tres idiomas peninsulares—catalán-valencia-no, castellano y portugués—, recoge y exalta esa gloria. Federico García San-chiz, en la sesión que las ocho Reales Academias dedicaron al santo, abriendo así nacionalmente el quinto centenario de su canonización, inventariaba los ras-tros de esa gloria en las letras españolas, desde los versos del Cancionero de Baena hasta hipérboles con que lo ce-lebra el verbo de Fray Luis de Granada o los octosílabos de Lope en alguna de sus comedias.

San Vicente Ferrer fué el santo de los españoles del xv y el xvi. ¿Por qué no también de los de ahora, cuando su fi-gura recobra una viva actualidad ante estos dramas de una Europa de la que él fué apóstol de fuego y ángel de paz?

MARTÍN DOMINGUEZ

Chocolates

EZQUERRA
VITORIA

EE.UU. VERSUS U.R.S.S.
EN EL AIRE Y EN EL MAR

(Viene de la pág. 15.) plena de que se siente inferior a este respecto a sus pre-suntos rivales. En ningún otro caso lan-zaría, efectivamente, propuesta seme-jante.

LAS POSIBILIDADES NAVALES DE LA U. R. S. S., MERMADAS POR SU CONTINENTALIDAD Y PARCELACION MARITIMA

He aquí otra arma interesante a nuestros efectos: la marina. La posición de los dos colosos—América y la Unión Soviética—es también a este respecto muy distinta. Empecemos nuestro breve examen por la Unión Soviética. Es éste un inmenso país, dos veces más extenso que toda Europa y casi dos veces y media mayor que la propia Norte-américa. Un país, este ruso, con confi-nes forzosamente inmensos también; 8.400 kilómetros de fronteras terrestres y 24.000 de costas a lo largo de cinco mares: el Artico, el Pacífico, el Caspio, el Negro y el Báltico. Es precisamente esta parcelación marítima del litoral ruso y la propia «continentalidad» de la Unión Soviética lo que merma mate-rialmente las posibilidades navales de la U. R. S. S. Sin embargo, el régimen so-viético ha hecho cuanto es posible para constituir un gran poder marítimo, que sabe indispensable para secundar los planes de la III Internacional.

Actualmente la marina roja está ser-vida por 640.000 hombres. De esta ci-fra, algo más de la mitad—340.000—corresponden a las tripulaciones de los barcos; otros 100.000 pertenecen a la

aviación de la flota—naturalmente, in-dependiente de las fuerzas aéreas—, otros 50.000 son tropas de desembarco o infantería de marina, dicho sea a la española, generalmente adscrita a los departamentos marítimos, y el resto, otros 150.000, están encargados de la defensa de costas. (En la Unión Soviética, como en otros muchos países, la defensa litoral corresponde a la marina.)

La aviación naval rusa tiene toda ella su base en tierra. La Unión Soviética carece, en efecto, de portaviones. Dicha aviación—denominada «Fuerzas Aéreas de la Marina de Guerra»—está distri-buida en cuatro grandes agrupaciones, que se corresponden con los litorales marítimos del Artico, Blanco, Negro y Pacífico. Se organiza en divisiones, cada una de tres regimientos de 120 aparatos. En total, 3.500 aviones, de ellos 2.000 cazas, 1.000 bombarderos, 350 de exploración y 150 de transporte.

Los rusos tienen hoy en servicio una poderosísima flota. Una flota, añadamos, mal conocida, pero que se cifra autorizadamente en tres o cuatro acorazados y un guardacostas, 20 cruce-ros, más otros 10 en construcción ade-lantada; 80 destructores, de ellos la cuarta parte en armamento; 70 u 80 torpederos y un crecidísimo número de sumergibles—quizá 400—, aunque de ellos dos terceras partes antiguos, así como 450 dragaminas aproximadamen-te. Una potente flota, sin duda, que no hace mucho motivó una sesión angustio-sa en el Westminster, al afirmarse allí, por quien podía más autorizadamente hacerlo, que la escuadra rusa había des-

HOMENAJE A GOYA FUENTE DE TODOS

Su bisnieta, doña Purificación Sainz, será atendida merced a una bella iniciativa.

Don Francisco de Goya nació en Fuendetodos, provincia de Zaragoza, que es tanto como decir provincia de España y ya—por qué no—del mundo.

Goya es de todos, fuente de todos y espejo a la vez. Y Goya vive en nuestro mundo de hoy de una manera más, casi inadvertida, en la persona de doña Purificación Sainz de Goya, bisnieta del artista, en el pueblecito madrileño de Bustarviejo.

Pero doña Purificación carece de medios de fortuna, quiere morir donde nació, en ese rincón castellano, y por eso declinó el ofrecimiento de la Diputación Provincial de Zaragoza para que se trasladase a la capital aragonesa, donde sería resguardada de tristes contingencias.

Y he aquí que los artistas españoles, por la voz de uno de sus más esclarecidos representantes jóvenes, José Caballero, y por el tornavoz de la revista «Teresa», inquieta y activa como la santa que le da nombre, han sido llamados, y bien que han oído, para honrar a Goya en su descendiente.

Se trata de constituir un fondo con cuyos intereses pueda vivir dignamente el resto de sus días doña Purificación—dice la convocatoria—y que podría destinarse luego a la creación de un premio o ayuda a los artistas jóvenes necesitados.

¿Y cómo? Pues, sencillamente: cada artista hace donación de una de sus obras. Para ello se dirige a la revista «Teresa», Almagro, 36, Madrid, indicando: «Para el Fondo Goya», e inmediatamente será informado del lugar oportuno en que verificar su entrega. Se ha constituido un comité, que organizará en su día una exposición-homenaje con las obras recibidas, las cuales, finalmente, serán vendidas en pública subasta para obtener el fondo inicial. Y esto es todo.

De cómo ha conmovido esta llamada rápida y profundamente da una exacta idea el hecho de que sea ya copiosísima la relación de artistas tocados por ella y que han ofrecido sus obras. Ya se acercan al centenar, y el propio Dalí, desde Nueva York, se ha sumado a este homenaje con el correspondiente ofrecimiento.

Repasemos algunos nombres, entre las incontables adhesiones:

Las obras recibidas van firmadas, entre otros, por: Escassi, Enrique Segura, Serny, Zabaleta, Vázquez Díaz, Francisco Cossío, Alvarez de Sotomayor, Dapera, Alvaro Delgado, Carmen Vives, Rivero, Vargas Ruiz, Cumella, Fisac, Planes, Menchu Gal, Lorenzo Goñi, Guinovart, Fernando Higuera, Redondela, Gregorio Prieto, Paredes Jardiel, Peyrot, Picó, Lara, Molina Sánchez, Mateos, Ortega Muñoz, Soñfa Morales, Pichot, Prieto Nespereira, Villa, Vento, Benjamín Palencia, Oteyza, Munoa, Moreno Galván, etc.

La invitación se ha hecho extensiva a todos los artistas, sin distinguir filiaciones ideales o estéticas, ya que la herencia Goya es patrimonio común y extensiva también a cualesquiera integrantes de nuestros pueblos.

Ayudar a un descendiente de Goya es rendir homenaje a uno de los mayores genios que ha dado la raza.

plazado a la inglesa al tercer puesto entre las potencias marítimas del mundo. (Antes, al terminar la última gran guerra, los Estados Unidos, en efecto, ya habían arrebatado a Albión el tridente de Neptuno.)

El potencial, enorme, sin duda, del poder naval soviético merece, sin embargo, posterior análisis. En primer lugar, el material que lo integra es, en su mayor parte, heterogéneo. Parcialmente es antiguo también. Si realmente existe el «Sovietski Soiuz», al que se atribuye un desplazamiento de 35.000 toneladas, éste será el único buque de línea verdaderamente moderno (1945) soviético. El «Novorossisk» es el viejo «capital ship» italiano «Giulio Cesare», en servicio desde 1913. Los dos «Gangout» datan de 1914 y el guardacostas «Viborg» es un barco ex finlandés con un cuarto de siglo de servicio.

Moscú trabaja sobre todo para dotar a la escuadra roja de una buena flota de cruceros. A la serie moderna de los cinco «Tchkalov», de 12.000 toneladas, suceden ahora los de la clase «Sverdlov», de 15.000 toneladas, buque este aparecido sensacionalmente en la rada británica de Spithead con motivo de cierta revista naval. En cambio, los cruceros de tipo «Kirov» (seis unidades), si no modernos, no son tampoco ciertamente antiguos, como lo son decididamente el resto de los cruceros soviéticos, entre ellos varios de procedencia alemana e italiana.

Entre los destructores, los de la serie «Skory» — 2.000 toneladas — (30 buques) son modernos, e incluso lo son también los de la clase «Ognevoy» (12 barcos), poco menores, figurando en la lista soviética, además, diversos destructores antiguos ex japoneses o ex italianos. Entre los torpederos, sólo los 20 «Vassili Gromov» parecen modernos; el resto de los barcos soviéticos de esta clase proceden de las viejas marinas italiana y nipona y son lentos y de reducida eficacia. En cambio, causa preocupación a los almirantazgos occidentales el extraordinario potencial submarino de Rusia. Ninguna nación del mundo tiene semejante flota de esta clase, en la que predominan las unidades costeras, aunque no faltan, sin embargo, las de alta mar, construidas con el auxilio de la técnica alemana. Las posibilidades de los sumergibles soviéticos preocupan, naturalmente, porque se emplearán éstos, sin duda, en la guerra al tráfico y es notorio el peligro que ello significa para la navegación oceánica en el caso de una guerra futura.

La batalla al tráfico, en efecto, parecen imaginarla los rusos como algo consustancial a su estrategia. Los cruceros «Sverdlov», bien dotados de artillería antiaérea, serán coadyutores eficacísimos en esta lucha imaginada por el almirantazgo soviético. Proyecto éste formar agrupaciones integradas por un crucero y cuatro destructores de 2.000 toneladas y velocidad de 35 millas, que cooperarán a la guerra submarina.

Los rusos deben forzosamente distribuir su poder naval en aguas de sus cinco mares. En el Báltico parecen tener dos flotas, integradas por dos viejos acorazados, siete cruceros, 32 destructores, 14 ó 20 torpederos, 200 sumergibles y 200 ó 250 dragaminas, con una tripulación total de 150.000 hombres. En el Artico disponen de tres o cuatro cruceros, 18 destructores, nueve torpederos, 60 submarinos y 60 ó 70 dragaminas, con 60.000 tripulantes. En el Pacífico han destacado otras dos flotas, con tres o cuatro cruceros, 26 destructores, 28 torpederos, 100 sumergibles y ocho o diez dragaminas, y 60.000 tripulantes. Y en el Negro, dos acorazados, nueve cruceros, nueve destructores, 13 torpederos, 80 submarinos y 38 dragaminas, con 70.000 hombres. En resumen, los buques rusos de línea se concentran en los dos mares europeos, trasladándose el centro de gravedad de este despliegue naval a la vez al Báltico y al Pacífico.

He aquí un gran aparato de fuer-

zas, sin duda, pero también demasiada diseminación de elementos, lo que, naturalmente, debilita el conjunto del poder naval soviético. Los citados mares tienen efectivamente grandes dificultades para comunicar entre sí. En caso de guerra, toda relación entre ellos resultaría imposible. Sólo el Canal de Stalin, construido Dios sabe a costa de cuántas víctimas, que une el Báltico y el Blanco, permite el intercambio de pequeñas unidades de menos de 1.000 toneladas de desplazamiento. Mientras que a las marinas occidentales—la americana y la inglesa—les resultaría fácil, en caso de un conflicto, concentrar sus esfuerzos, a la Unión Soviética semejante posibilidad no le sería factible. La servidumbre geográfica le impone esta diseminación de su poder naval. A ello se une la propia condición geográfica de Rusia de ser este país consustancialmente continental. Por otra parte, esta nación carece de tradición marítima. Los esfuerzos para crearla de Pedro el Grande carecieron de continuidad y, paradójicamente, las soviets, que han pretendido continuarla, trasladaron de nuevo la capitalidad del Estado de San Petersburgo a Moscú. Esa falta de tradición naval rusa se ha manifestado claramente en las últimas contiendas; en la de 1854 los rusos perdieron la guerra porque sus enemigos a la sazón—ingleses y franceses—conquistaron, en

sólo ha sostenido, con el tráfico mercante siempre creciente de su bandera—importación, 10.874 millones de dólares, y exportación, 15.759—, sino que las ha asegurado siempre con una colosal flota militar. Ni aun en los instantes en que América ha desarmado sus ejércitos, tras los últimos grandes conflictos, ha descuidado su poder naval.

Más de un millón de hombres tiene esta flota americana a su servicio. De ellos, 781.000 forman las tripulaciones de los barcos y el resto constituyen las unidades de «Marines Corps», esto es, la infantería de marina, aunque bien entendido que estas unidades—tres divisiones de desembarco y tres «alas»—comprenden no sólo infantes, sino también artillería, carros de combate, tropas anfibas y aviación propia de bombardeo y transportes (aviones y helicópteros).

La gigantesca escuadra americana suma nada menos que 103 portaviones, 16 acorazados, 75 cruceros, 361 destructores, 253 torpederos, 189 submarinos y un extraordinario número de unidades especiales de otro tipo (dragaminas, minadores, transportes, tanques, buques-talleres y hospitales, etc.).

Treinta de sus portaviones son del tipo llamado de «ataque», todos ellos, salvo el «Enterprise», que data de 1936, modernos; otros siete barcos de esta cla-



*La marca de calidad
en géneros de punto*

Crimea, su gran base naval del mar Negro: Sebastopol. En 1905 los japoneses destruyeron la flota rusa de Port Arthur y se apoderaron igualmente de esta base naval del mar Amarillo. La escuadra del Báltico, predestinada por entonces a ser sacrificada en Tsushima, se integraba por «viejas carracas, pasadas de moda, reparadas a toda prisa», según el relato de uno de sus jefes, W. Semenoff, e iba tripulada por hombres inexpertos sacados apresuradamente de los arsenales: zapateros, sastres y oficinistas, sin el menor conocimiento de las cosas del mar.

LA MARINA AMERICANA, LA MAS IMPORTANTE, MODERNA Y VALIOSA DEL MUNDO

La marina americana, al revés, es no sólo la más importante del mundo, sino también la que dispone de material más moderno y valioso. Sus tripulaciones proceden igualmente de la flota mercante mayor del mundo (27.000.000 de toneladas, esto es, el 40 por 100 de la flota mundial). Los Estados Unidos, en fin, tienen tan vieja tradición marinera como historia propia. Como una «Gran Isla» que aquel país es, considerado desde el punto de vista geopolítico, desde los tiempos ya viejos de Mahan, Norteamérica ha pensado que su porvenir estaba en el mar. Como la principal potencia económica mundial, incluso las comunicaciones marítimas han sido para ella caminos esenciales, que no

se son portaviones «ligeros» y seis de los denominados de «escorta»; los anteriores, de 11.000 a 15.000 toneladas de desplazamiento, y estos últimos, de 7.000 a 12.000, todos modernos. De sus acorazados sólo los cinco de las clases «Tennessee» y «West Virginia» son antiguos; los demás, con un desplazamiento comprendido entre las 32.000 y 45.000 toneladas, son de construcción reciente. Toda la flota de cruceros es moderna y a ella pertenecen 14 del tipo antiaéreo, dos de gran desplazamiento, 26 de los llamados «pesados», 31 de los «ligeros» y dos especiales para mando. De los destructores, la serie de más edad la forman los de la clase «Benson Livermore» (48 unidades), que hicieron íntegramente la última guerra. Los torpederos, de 1.200 a 1.500 toneladas, son de construcción reciente, al igual que los submarinos. Entre éstos hay buques de muy distinta especialidad, pues no faltan los adscritos a la misión de transporte de material, de combustible y «comandos». La serie de los tres «Cusk», a su vez, está armada de V-1; otros sumergibles se emplean en la detección y, por último, el «Nautilus» está movido, como se sabe, atómicamente.

Los Estados Unidos dividen su poder naval entre dos mares: el Atlántico y el Pacífico, comunicados por un paso asegurado: el Canal de Panamá, que por ello sólo constituye el punto neurálgico de la estrategia yanqui. La flota del Atlántico es la más importante, in-

tegrándola 21 portaviones, tres acorazados, ocho cruceros pesados, dos cruceros ligeros, 105 destructores y 53 submarinos. La escuadra del Gran Océano se forma con 12 portaviones, un acorazado, seis cruceros pesados, dos ligeros, 109 destructores y 43 submarinos. Estas enormes escuadras constituyen a su vez diversas agrupaciones o destacamentos—«Task Force»—, encargados ocasionalmente de misiones especiales; por ejemplo, la VI Flota, en el Mediterráneo, y la VII, en aguas de China. La primera, que visita frecuentemente nuestras costas meridionales y levantinas, está constituida por dos o tres portaviones (en total unos 300 aparatos), tres o cuatro cruceros, de 15 a 18 destructores, cuatro submarinos y un gran cortejo de buques auxiliares, porque este escalón de servicios constituye, en realidad, una especie de base a flote. La VII Flota se integra normalmente por un acorazado, cinco portaviones, de tres a cinco cruceros, 30 destructores y un número considerable de dragaminas, minadores y barcos de desembarco y auxiliares.

El Pentágono parece confiar así a su escuadra una importante y capitalísima misión, aparte de las que le son consustanciales a la marina de modo tradicional: la protección del tráfico y la seguridad de las costas propias. Ahora se pide también a la marina del pabellón de las banderas y de las estrellas llevar, por medio de su propia aviación y del arma atómica, la guerra al corazón mismo del adversario, por adentrado que se encuentre el objetivo en tierra. Tal es la nueva posibilidad de las fuerzas a flote, hasta ahora totalmente insospechada. He aquí por qué la aviación naval—aviones, portaviones y buques auxiliares—consume casi la mitad del presupuesto de la Marina yanqui. Esta aviación naval está servida por 100.000 hombres y dispone de unos 14.000 aparatos, de los cuales 3.000 al menos son de combate. La aviación de la marina puede ir embarcada—formando escuadrillas de 18 aparatos normalmente—en los portaviones o bien puede estar circunscripta a la defensa de puertos militares y de la costa con base en tierra, formando en este caso escuadrillas de nueve aparatos. Los portaviones transportan de 100 a 120 aparatos, según su desplazamiento. La aviación naval—«Fleet Air Wings»—con base en tierra forma ocho «alas», de las cua-

les tres están de guarnición sobre la ribera atlántica y las otras cinco en el Pacífico. Pero aparte de esta aviación de la escuadra hay tres «alas» más de la «Marine Corps Aviation» y 29 de la «Naval Air Reserve», distribuidas éstas en 27 bases diferentes. A su vez, la marina dispone de la llamada «Fleet Logistic Air Wing», que constituye en realidad un suplemento de la «M. A. T. S.» («Military Air Transportation Service») y a manera de un singular y colosal tren de transporte aéreo capaz de llevar rápidamente, por lejos que sea, las tropas y material que urja desplazar.

ASOMBROSO ESFUERZO EN AVIACION NAVAL EMBARCADA

Pero lo típico, sin duda, de la aviación naval, es la embarcada, lo que se transporta en los grandes portaviones, que le sirven al mismo tiempo de aeródromo con sus inmensas cubiertas corridas. Es aquí en donde los Estados Unidos, fieles a la política apuntada, hacen su más asombroso esfuerzo. El «Forrestal», que navegará a finales de año, no es, a este respecto, más que el primero de una serie de cinco enormes portaviones de 60.000 toneladas, con una eslora equivalente a tres veces y media la longitud de un campo de fútbol y con un puntal más alto que la catarata del Niágara. En efecto, tras de este barco, cuyos indicativos de construcción han sido «C. V. A. 59», vendrá el 60, de este mismo tipo, que se botará este año y se denominará «Saratoga»; el 61, que será el «Ranger» y se lanzará al mar el año próximo, y, en fin, el 62 y el 63, aun sin nombres.

Los cinco buques gigantes de esta clase costarán en total mil millones de dólares, y, equipados con sus aviones correspondientes, otros 875.000 millones de dólares más. ¡Con razón esta clase de buques colosales parece reservada a la marina americana! Sólo que semejantes barcos tendrán una capacidad ofensiva inigualable. Embarcados y guardados en los «hangares» interiores, pero prontos para ser elevados por cuatro poderosos ascensores, irán los más modernos aviones de combate, que lanzarán al espacio las catapultas de vapor. Los «Skywarrior», por ejemplo, bombarderos de una velocidad muy próxima a la del so-

nido, tripulados por tres hombres, con techo de 13.500 metros y portadores de bombas atómicas o de hidrógeno; cazas ultrarrápidos, con alas en forma de delta y sin cola, como los «Skyray», que pueden volar a 752 millas por hora y lograr un techo igual al de los anteriores bombarderos, y, en fin, los «Fury», de la clase del «Sabre», también reactores, que tendrán como misión proteger a los bombarderos, con techo hasta de 15.000 metros y velocidad análoga a los «Skywarrior». He aquí la razón por la que este tipo de superportaviones se denomina «estratégico», dadas las singulares características de semejante colosal nave, que constituye una base aérea a flote, capaz de desplazarse por el mar a la velocidad de 800 millas diarias y susceptible de lanzar rapidísimos bombarderos, casi tan veloces como el sonido, que pueden recorrer miles de kilómetros portando como carga, terrorífica una bomba atómica, de hidrógeno, capaz de aniquilar cada una una ciudad entera.

Mientras tanto, la propia seguridad de este navío colosal aparece garantizada, de una parte, por su propia movilidad y su aviación de protección y caza, así como por las unidades flotantes que le acompañan, porque el portaviones no es sino la clave de un destacamento naval que integra también cierto número de cruceros y mayor cantidad de destructores e incluso submarinos. Valen y significan demasiado semejantes barcos para que pueda descuidarse, en efecto, su protección en el cielo, en la superficie del mar e incluso en su seno mismo. Por su parte, los modernos cruceros de la clase del «Northampton», que últimamente ha visitado nuestros puertos, están, sobre todo, dotados de un completísimo equipo detector, así como de un complejo sistema de transmisiones. Un aparato «Neptune», que hoy parece anticuado, lanzado desde la cubierta de vuelo del «Coral Sea», cargado con cuatro toneladas y media de explosivos, recorrió 3.150 kilómetros—la distancia de Madrid a Moscú exactamente—para lanzar sus bombas y recorrer a continuación nuevamente la misma distancia. Supuesto el portaviones situado en el centro del Mediterráneo, a aquella distancia de vuelo habría quedado comprendida toda la Rusia europea, hasta el mar de Aral. Supuesto el mismo buque en el Mar del Norte, el aparato podría haber alcan-

zado del mismo modo a cualquier punto de Rusia, hasta los Urales y el Caspio incluidos. Y si esto ocurrió hace ahora justamente seis años, ¿qué no podría realizarse hoy, y sobre todo mañana, en este orden de cosas? ¿A qué distancia y a qué velocidades no podrán transportarse en el futuro esas bombas atómicas o termonucleares, capaz cada una de destruir una gran ciudad?

RUSIA EMPIEZA A TEMER

Así, Rusia, la maciza y continental Unión Soviética, con su extensión infinita de tierras llanas y monótonas, que se sintió, por sus propias dimensiones geográficas, hasta aquí seguras frente a Carlos XII, Napoleón, el Kaiser y Hitler, comienza ahora a temer. Sus enormes urbes, sus centros vitales más recónditos, sus lejanas bases aéreas; sus minas de uranio, de hierro, de manganeso o de carbón; sus enormes instalaciones hidroeléctricas e industriales; su propia red de ferrocarriles, sus colosales «combinats» productores de carros y cañones, sus centrales térmicas, sus yacimientos petrolíferos, todos sus puntos vitales, en fin, están amenazados de cerca, pese a su situación, por ese potencial militar que forma el binomio «buques más aviones», en el que los Estados Unidos basan muy fundamentalmente la defensa del mundo libre. Ya no se trata de invadir una vez más la estepa rusa con ejércitos de infantes y de jinetes, como en 1700, 1812 o en 1914, o con carros de combate, como en 1940. Ahora se trata de que apenas unos cuantos hombres, partiendo en vuelo desde un aeródromo muy lejano o flotante, que nadie acertará dónde se encuentra, vayan y vuelvan, en servicio rápido y exterminador, para lanzar tan sólo una bomba sobre cierto número de objetivos. La estrategia clásica parece estar en crisis. De nada serviría ahora un nuevo Poltava, otro incendio de Moscú, la defensa del Vístula o del Duna o una reiteración de Stalingrado. ¿Quién se aventuraría hoy, en efecto, a repetir el estribillo histórico de la invulnerabilidad rusa? ¿No será aquí, lector, en donde radica la causa de que la Unión Soviética no se haya lanzado aún, pese a su abrumadora superioridad militar en tierra, a la loca aventura de asaltar el Occidente?

José DIAZ DE VILLEGAS

SEVILLA VISTA DE CERCA POR LOS LEJANOS

Por JOSÉ MONTERO ALONSO

(Viene de la pág. 46.) iglesia admirablemente iluminada, con un equilibrio de luz entre la claridad de las luminosas catedrales de los países del Norte, que tanto poder resta al misterio, y la cargada penumbra de los templos típicamente meridionales de Perpiñán y Barcelona, donde lo impresionante de la oscuridad reinante va en merma del vigor de los detalles. La media luz que predomina en este vasto recinto se forma de diversas luces repartidas, de intensidad graduada, de suerte que la atmósfera es parte en la sensación de armonía arquitectónica. Su variedad de efectos claros y oscuros, las luminicas perspectivas aéreas, se realizan por la sucesión de planos atmosféricos que parten de los ventanales velados o descubiertos, de distinta altura y ángulo, y cuyos colores llenan el aire con tal discreción, que las luminarias de los altares no se sienten ahogadas por ellos.

Waldo Frank escribe páginas muy bellas sobre la ciudad.

Su espíritu tiene un espíritu: la Giralda. Ver la Giralda desde la ciudad es ver la torre y Sevilla a la vez. En todas partes está el alminar, frío bajo el sol y resplandeciente con la humedad del invierno. (En las márgenes del río, donde las barcas se abastecen de carbón, ya no hay barcos de vela.) La apariencia sencilla del alminar es una fuerza que sobrepasa la complejidad de la vida. Es constante en su mutabilidad, soberano, reposado. Refleja las percep-

ciones de los hombres que ven sólo de él, en cada momento, un destello del tiempo. Es el símbolo de Sevilla, cuyas virtudes y proezas son las facetas de un cristal. Esta inmutabilidad, esta intrincada apariencia en la inmutabilidad, es el rasgo más característico de Sevilla, pues su genio, sus emociones, su religión, están fijos, porque están adheridos a ella fijamente. No mira ni a España ni al mundo. No camina ni se da a los hombres, como Venus; no está sedienta de sangre, como Astarté; ni como Isis está pendiente de la marcha del sol y de los planetas. Sevilla se ama a sí misma nada más, y la luna y las estrellas son brillantes para adornar su cabellera.

Otros muchos escritores modernos—André Gide, Montherlant, Carco, Mauclair, María Teresa Gadhala...—se han acercado también al tema sevillano. Recordemos entre ellos a Paul Morand en su pintoresco poema «Don Juan»:

Se sienta en las butacas del Círculo Conservador.
Usa calzado con tiras de crudillo gris.
Barba de cacique, sombrero cordobés.
Dos ojos de antracita con bolsos por debajo.
Por haber vendido sus mulos al Ejército americano,
guarda los billetes de mil pesetas en el mismo bolsillo que
guarda su revólver.

Hacia el lado del palacio de los duques de Montpensier
va a medianoche a oler los azahares de los naranjos.
Las caballerías resbalan y frecuentemente caen
porque las procesiones han llenado de cera las piedras del
[pavimento...]

ULTIMA HORA: UN PREMIO GONCOURT ANTE SEVILLA

Acaso el último texto extranjero publicado sobre Sevilla es el de un gran escritor francés, Joseph Peyré, premio Goncourt por una novela de tema español. El libro ha aparecido hace muy poco en París y se titula «La passion selon Séville». Es una guía bella, clara y expresiva, de la Semana Santa sevillana, día a día, cofradía a cofradía. He aquí una página de este hermoso libro:

Hasta en el tiempo en que el viaje a España no conocía la boga de hoy, ninguna fiesta de primavera tenía para el extranjero una atracción comparable a la de la Semana Santa de Sevilla. Para nosotros particularmente, habitantes de las tierras ingratas, la llamada de Sevilla se confunde con la llamada del sur: sol, vuelos de cigüeñas, perfume de naranjos, floraciones edénicas. Es el tiempo en que la capital andaluza se transfigura. Durante meses, sólo vivió para estos días milagrosos. Entre sus muros de cal cruda, sus jardines secretos, sus terrazas, florecen como florece su Monte de los Olivos del Aljarafe, como debe florecer en este tiempo Getsemani. El drama de la Pasión, desanudado por la alegría de Pascuas, es, en efecto, en la sensibilidad sevillana, inseparable del júbilo de la primavera. Los mismos Crucificados van hacia las cálidas luces de los crepúsculos sobre el Guadalquivir, y, en la noche, el viento de los jardines lleva al pie de sus cruces los aromas a miel de las acacias, de los naranjos en flor. Drama y éxtasis, uno y otro inefables.

EDICIONES CULTURA HISPANICA

UNA ORGANIZACION EDITORIAL
AL SERVICIO DE LA CULTURA
HISPANOAMERICANA



«Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada». La monumental obra del botánico Mutis en una edición extraordinaria con láminas a todo color.

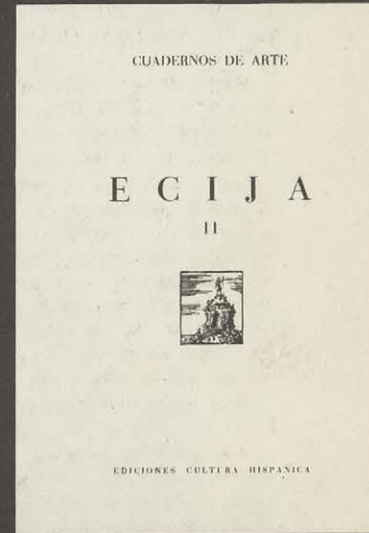
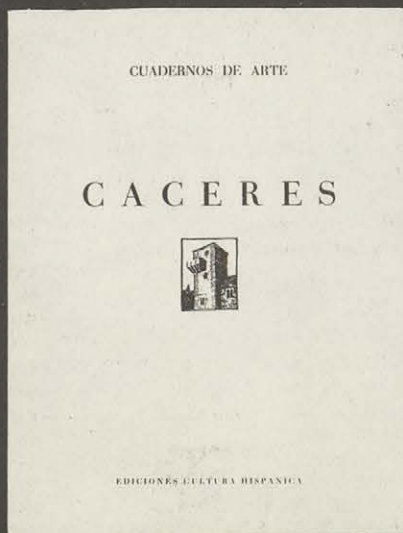


Ediciones Cultura Hispánica ofrece a todos los centros culturales de Hispanoamérica, así como también a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros, antiguos o modernos, a través de su Distribuidora exclusiva y siempre por cuenta de los solicitantes.

«Cáceres». Estudio histórico artístico por D. Miguel Muñoz de San Pedro. Fotografías inéditas de Gudiol, Javier y Martín Gil.

«Pintura española contemporánea. La nueva Escuela de Madrid» descrita por Manuel Sánchez Camargo.

«Ecija». Estudio histórico artístico por D. Antonio Sancho Corbacho. Fotografías de J. del Palacio.



DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
E. I. S. A.
EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A.
PIZARRO, 17 • MADRID • TELEF. 31 73 61
(ESPAÑA)

